

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. LAS REFORMAS DE HACIENDA, por *D. Rafael González.*
- II. CARAMILLO Y SISALLO, por *D. José Jordana y Morera.*
- III. HISTORIA QUE PARECE NOVELA, por *D. Adolfo de Sandoval.*
- IV. APLICACIÓN DEL ANÁLISIS MATEMÁTICO Á LAS DEMÁS CIENCIAS, por *D. Francisco Iñiguez é Iñiguez.*
- V. REVISTA CRÍTICA, por *D. R. Alvarez Sereix.*
- VI. VIAJE POR MARRUECOS, EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDÁN, AL SENEGAL (continuación), por *D. Cristóbal Benítez.*
- VII. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno.*
- VIII. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro.*
- IX. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- X. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- XI. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Monografías descriptivas y artísticas de las más famosas y monumentales ciudades del mundo.—Idilio lúgubre.—Les phénomènes affectifs et les lois de leur apparition, por A.—El Ausenteísmo en España.—Tesis doctoral.—Cancionero popular gallego.—Colección de escritores castellanos.—Bocetos de brocha gorda, por D. Ch.*
- XII. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^ª
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<u>Pts. Cs.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	38
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

Préstamos á largo plazo al 5 1/2 por 100 en metálico. — El Banco Hipotecario hace actualmente, y hasta nuevo aviso, sus préstamos al 5 1/2 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de cinco á cincuenta años, según la amortización que se estipule, con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, so-

bre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario, sin tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos reembolsables á corto plazo para la construcción de edificios.

CHOCOLATES

TÉS, CAFÉS Y TAPIOCA

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID - ESCORIAL

26 medallas de premio.

Tés en botes de la China, de 2 y 4 onzas.
Venta en el año 1885, 4.000.000 de paquetes de Chocolate.
Elegantes sorpresas en los botes de Café y Tapioca de 200 gramos.

Exigir la verdadera marca.

OFICINAS: PALMA ALTA, 8

COSAS DE MADRID

ISTORIA ÍNTIMA DE LA VILLA Y CORTE DESDE QUE FUE DECLARADA
CAPITAL DE ESPAÑA HASTA LA FECHA

ESCRITA COMO TESTIGO OCULAR DESDE 1820

POR

D. DIONISIO CHAULIÉ

Obra en que se describe la vida social del pueblo madrileño en sus diferentes épocas.

Se vende en las librerías de Guttenberg, Murillo y Fe, y en la administración de este periódico, Pizarro, 17, principal, á cinco pesetas ejemplar.

GUÍA

DE LA

VILLA Y ARCHIVO DE SIMANCAS

POR

D. FRANCISCO DÍAZ SÁNCHEZ

Se halla de venta en la Administración de esta REVISTA y principales librerías.

Su precio: 6 pesetas

GIMNÁSTICA CIVIL Y MILITAR

POR

DON FRANCISCO PEDREGAL Y PRIDA

CON UN PRÓLOGO DE

DON JOSÉ NAVARRETE

Obra ilustrada con 185 grabados intercalados en el texto

Declarada de texto en el colegio de Carabineros y premiada con *medalla de mérito* en la Exposición Literario-Artística de Madrid

Se halla de venta en la calle de la Libertad, 16 duplicado, imprenta, al precio de CINCO PESETAS.

DANIEL CORTEZO Y C.^a EDITORES, BARCELONA

ARTE Y LETRAS

SUSCRICIÓN PERMANENTE

Sección 1.^a—Biblioteca ARTE Y LETRAS. Un tomo lujosamente encuadernado é ilustrado, con su correspondiente volumen de la Biblioteca clásica Española: *16 reales*

Sección 2.^a—BIBLIOTECA DE MARAVILLAS: un tomo mensual, encuadernado en tela con relieves y profusamente ilustrado: *8 reales*.

Sección 3.^a—NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS. Se publica en tomos, á *10 reales* por suscripción.

ESPAÑA

SUS MONUMENTOS Y ARTES. — SU NATURALEZA É HISTORIA

UN CUADERNO SEMANAL DE 100 PÁGINAS, CON PROFUSA ILUSTRACIÓN

Se suscribe en los principales centros y librerías de España y Ultramar. —Representante en Madrid: Juan E. de Bona, Preciados, 33, bajo.

Han salido ya á luz en la biblioteca ARTE Y LETRAS más de 50 tomos de autores tan notables como Andersen, Schiller, Daudet, José M. de Pereda, Emilia Pardo Bazán, D. Ramón de la Cruz, Goethe, Campoamor, Víctor Hugo, Cherbuliez, Heine, Farina, etc., y en la CLASICA ESPAÑOLA otros tantos, escritos por Cervantes, Quevedo, Fray L. de León, Moratín, Feijóo, Jovellanos, Cadalso, Melo, Rojas, Rivadeneira y Zabaleta.

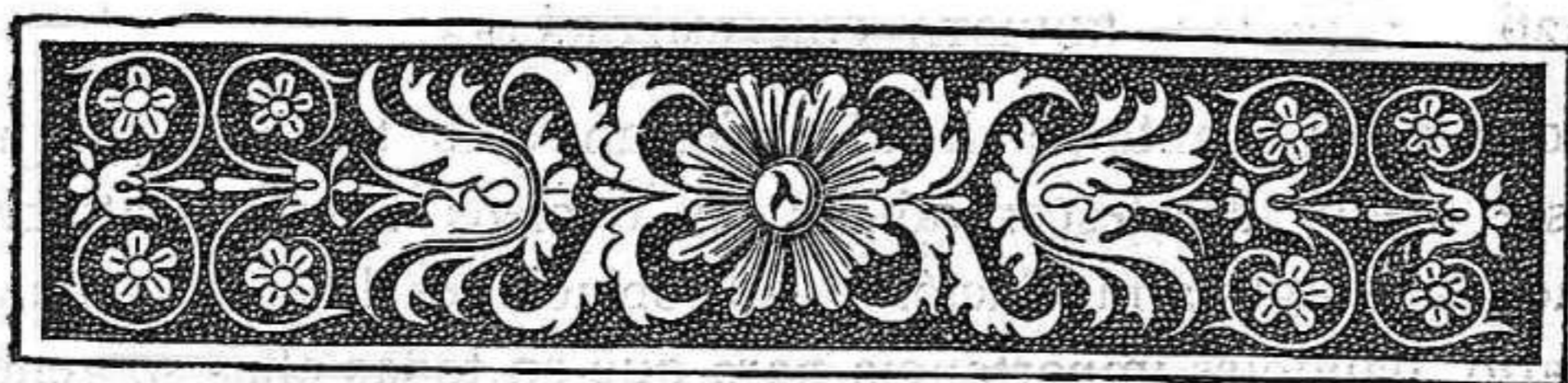
PÍLDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGÜENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Lóndres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.



LAS REFORMAS DE HACIENDA

EN los números correspondientes al 15 de Mayo y 15 de Junio últimos, publicó esta REVISTA nuestras *Reflexiones sobre la Hacienda pública*, sugeridas por los estudios prácticos que venimos haciendo en la materia. En ellas nos ocupábamos, entre otras cosas, de la necesidad de descentralizar de las capitales de provincia la administración de los pueblos, llevándola á las cabezas de partido ó regiones más adecuadas. Insistíamos en la necesidad de que se autoricen los cultivos de tabaco, que pueden enriquecer á varios territorios meridionales de la Península; y á vueltas entre las consideraciones sobre los impuestos, sistemas y detalles, creímos demostrar que el mecanismo administrativo, que la buena administración es una exigencia en nuestro país más importante aún que las bases en que se fundan los sistemas tributarios.

Al observar recientemente que el actual Ministro de Hacienda ha presentado los proyectos de reformas que están inspirados en los mismos pensamientos de nuestras *Reflexiones*, hemos sentido satisfacción profunda, y deseando contribuir á la realización de tan útiles ideas, volvemos á tomar la pluma para sostenerlas, no desconfiando en que la mayoría de los representantes de la nación aceptarán aquellos planes,

no sólo por cuanto de virtud encierran, sino también porque este medio de descentralizar los núcleos administrativos, facilitará alguna nivelación á las poblaciones de orden secundario, dándoles importancia para que en todas ellas se generalice una equidad de que tanto carecen.

No admite discusión el principio descentralizador, ni el convencimiento de las conveniencias que se siguen á que siendo inmediata y bien distribuída toda acción simultánea, son eficaces sus resultados; pero como puede existir alguna oposición interesada contra los nuevos indicados proyectos, debe encarecerse muy alto la necesidad que los impone. Los Ayuntamientos, que nunca han debido someterse á servir de agentes de la Hacienda, y que no ha debido constituirles en fiadores forzosos de los contribuyentes de su vecindario, vienen siendo por esta causa comprometidos á un cisma de injusticias y favoritismos que tiene convertidos á los pueblos en luchas caciquistas. Con estas atenciones en que se devoran sobre los arbitrios que les presta la Hacienda, tienen abandonados sus únicos y legítimos institutos de la instrucción pública, orden, higiene, obras y fomentos generales de su jurisdicción; ya se sabe que la riqueza oculta es inmensa, pero que en poder de ellos los amillaramientos, son inútiles los clamores generales para nivelar los tributos de este ramo territorial y las medidas fiscales de todo género que hayan de estrellarse con las corporaciones políticas que rigen á los pueblos. Se sabe que la contribución industrial es otra arma, ni más ni menos, para que en los pueblos se incluyan ó se gradúen en las tarifas á los favorecidos y los adversarios. Se conoce también lo que es impuesto de consumos y aun el de cédulas, que se presta á manejos cuya descripción fuera interminable y que dan poderes á la injusticia para llevar más allá de todo escándalo su historia manchada de sangre y de iniquidades.

Todo esto apuntado ligeramente es lo que viene á reformar el proyecto del Sr. Puigcerver, y el que no lo comprenda así necesita observar prácticamente aquellos defectos, ó tendrá interés en que permanezcan y se dilaten sin término los males que han dado lugar al general abatimiento, al abando-

no de las poblaciones rurales por las familias que huyen constantemente á refugiarse en las capitales de provincia, ocasionando la decadencia general de la agricultura y de los demás gérmenes de vida que constituyen la mayor parte de la riqueza del país.

Las administraciones de Hacienda que se proyectan en los partidos, y que no debieran ceñirse á la antigua división judicial en que vienen designados desde épocas en que las vías de comunicación eran distintas, así como otras muchas condiciones, por lo cual hoy debieran dividirse en regiones adecuadas á sus circunstancias más fáciles y propias, están llamadas por la responsabilidad, neutralidad y provecho de funcionarios públicos, á recoger los antiguos catastros, amillaramientos y padrones, y á formar el verdadero plano de la riqueza inmueble; bajo una ley de expropiación ó comiso contra los ocultadores y bajo un premio á la administración por el aumento de valores y de recaudación. Estas administraciones no podrán ocultar á la ligera, como viene sucediendo en los pueblos, los edictos y relaciones que se mandan fijar por las leyes para admitir reclamaciones en sus justos plazos; y aparte de que tendrán otra independencia para hacer justicia en todos los ramos, podrán ser vigilados y visitados por las inspecciones, más independientes todavía, ante el respeto de las cuales no podrán aquéllos apartarse de su deber. No se dará el caso seguramente de que el propietario forastero y el adversario del alcalde sean los únicos recargados en la contribución, como hoy es tan común, ni podrá continuar el exceso de que un arrendatario de consumos, testaferro del alcalde, goce la facultad ilimitada de cobrar cuanto quiera por las especies que se introducen, ó que en el repartimiento de este impuesto se grave á una familia compuesta de tres personas con unos cuantos miles de pesetas, en tanto que otras compuestas de muchos más consumidores tenga sólo por cargo una cantidad insignificante.

Ya hemos dicho que en la descripción y ejemplo de ese caos administrativo-municipal, sería interminable la relación de su cruel realismo, y tenemos que renunciar forzosamente á su narración, convencidos de que está en la conciencia de

los que de esto entienden. Sólo si deseamos hacer algunas observaciones para la mayor eficacia de los enunciados proyectos, y llamamos la atención de los peritos en la materia, suplicándoles alguna detención en los detalles de la ley y minuciosos reglamentos, para que la obra sea lo más perfecta posible y no aparezca, como otras muchas, con omisiones ó deficiencias que parezcan intencionales por lo que revelan de oscuras y erróneas.

Será oportuno que los nuevos administradores de regiones ó partidos sean letrados; pero como los intereses adquiridos no pueden destruirse, postergando á un oficial ó jefe que no sea letrado, para que ya no pueda ocupar esos cargos; y por otra parte es bien sabido que el título de abogado no constituye de por sí la ciencia, la integridad ni las buenas disposiciones, vendría esto á constituir una injusticia, á ser un inconveniente y un defecto de la ley.

Si se dijera que esos cargos y los demás habían de concederse en oposición rigurosa, nada se objetaría á ese pensamiento; pero el título significa poco para la eficacia que se desea.

Las administraciones regionales deberán ser completas de sus tres elementos directivo, interventor y tesorero. Las tesorerías provinciales no satisfacen ninguna otra necesidad especial, y, antes al contrario, la centralización de fondos es una rémora para los intereses públicos y una complicación innecesaria para el servicio. Las inspecciones que pretendía crearse en cada partido para atender á la vigilancia y fiscalización de todos los ramos de la Hacienda en cada comarca, son cargos muy especiales y de más importancia que en lo que se pueden suponer proyectados; y sólo diremos, en resumen de este particular, que si se quiere procurar su eficacia, se atienda á lo mucho que importan, no sometiéndolos á las administraciones, porque de este modo *nacerán muertos*. Las inspecciones, para que no sean cargos de regalía, sólo deben depender de un centro directivo que las designe cada año, ó en plazos más cortos, á los puntos donde se juzguen más convenientes; y cuando menos, que las dirigidas por la Inspección general de Hacienda y destinadas á las órdenes de los dele-

gados de las provincias, preste sus servicios en la forma más independiente posible; sin olvidarse que estos cargos constituyen el elemento más interesante de la Administración.

Puesto que hay necesidad de organizar los centros provinciales con un jefe ó delegado que rija las Administraciones de la provincia en lo gubernativo, propia es la ocasión de que se piense en la forma que deben resolverse los asuntos contenciosos, que no puede ser otra que un tribunal compuesto de ese mismo delegado y otros dos jefes con un abogado del Estado, asesor sin voto, pero mediante su dictamen previo; y que la vista de dichos asuntos sea un juicio formalizado en los mismos términos de los procedimientos judiciales: no en la antigua, ligera, inimitable forma en que han venido siempre resolviéndose objetos de tanto interés por el empirismo de las añejas pautas oficinescas, mediante notas consecutivas sin fundar, puestas unas á continuación de otras, y en que la última tiene más valor que la suma de todas las razones y dictámenes antes emitidos, aunque no se delibere, se funde ni se discuta la sentencia. Y esos jefes que compongan el tribunal, no tienen para qué afectar el presupuesto; pueden ser los mismos que tengan á su cargo la dirección de los ramos administrativos de cada provincia.

Son inapreciables las ventajas que han de seguir á la descentralización indicada, especialmente para la recaudación equitativa de las contribuciones é impuestos.

Nuestros repetidos consejos para el desestanco del tabaco, no tienen un efecto inmediato en los proyectos de arriendo últimamente presentados; pero lo preparan, sin duda, toda vez que el Estado deje de ser fabricante. Los resultados del nuevo sistema facilitarán pronto una franca resolución, vista con indiferencia la suma de los productos que han de ofrecer, ya sea por la prima del contratista, ya por lo que en su lugar pueden devengar los derechos de introducción ó consumo del tabaco, mas el guarismo de la contribución de cultivo territorial é industrial que pueden aportar sus franquicias.

Por lo pronto, cualquier contratista que procure explotar la renta del tabaco, optará por mejorar las clases, convencido de que el mejor carabinero es el mérito del género pues-

to á la venta. Comprenderá que la manía de usar papel grueso y malo en los cigarrillos es una tenacidad protectora de los de contrabando; porque con igual picadura tendrían buena aceptación.

Que las clases de cigarros (vulgarmente puros), elaborados como actualmente, en cada fábrica con distinta marca, calidad y forma, son la contradicción del buen surtido y rémora de su fácil consumo. Que tanto las picaduras liadas en cigarrillos, como las que se venden en cajetillas, valdrían más, tendrían mejor salida con sólo despalillarles y darles un picado más menudo. Y organizando un método adecuado, uniforme en todas las fábricas, no necesitará tanta vigilancia como hoy exigen los estancos para que no vendan tabaco de procedencia ilegítima; le bastará con tener en cada provincia á un hombre entendido y de actividad, sin clase alguna de fuerza armada, para que los estanqueros, no procediendo de la tutela caciquista, eleven sus recaudaciones considerablemente, porque se les exigirá capital para el surtido, sin dispensarles ningún otro defecto.

Si el contratista tuviese el cálculo contrario de empeorar las clases actuales y sostener los precios, bien pronto cambiará de opinión, porque el contrabando se fomenta y generaliza en estos casos apesar de las persecuciones.

Mediante el nuevo sistema, se podrán encontrar á la venta tabacos de la Habana en los estancos, de variadas marcas y calidades, y se estudiará la mejor aplicación de estas y de las otras clases, remitiendo á la venta de cada punto el género más conveniente y aceptable á sus costumbres ó circunstancias. Todo esto y mucho más se promueve en el interés particular que es tan difícil en ese otro interés de la entidad Hacienda.

Y teniendo en cuenta que la renta ó prima que el contratista ha de satisfacer á la Hacienda por hacerse dueño de su explotación, está calculado en el producto obtenido por aquella, está fuera de duda lo pingüe del resultado que debe obtenerse con las mejoras y eficacias de que es susceptible este gran negocio.

Está comprobado con el fácil ejemplo de que durante los

meses en que una administración está surtida de tabaco de mala calidad, como es frecuente, la venta disminuye apesar de la necesidad de sostener el vicio y de que se estorbe el contrabando; sucediendo por el contrario que cuando llegan remesas de clases buenas de otras fábricas acreditadas con razón, desaparecen las existencias en venta rápida.

Para terminar, diremos que lo más interesante en esta reforma ó sistema, consiste en destruir el contrabando, y con él una historia terrible de contiendas y de desgracias; de víctimas ó de insolencias; de prevaricaciones y de escándalos. A este resultado conducirá prontamente la buena dirección que puede imprimir en particular á sus intereses, dando la batalla al contrabando desde su escritorio.

RAFAEL GONZÁLEZ.

Granada.—Enero de 1887.





CARAMILLO Y SISALLO

PASATIEMPO VERNÁCULO Y ENTREVERADO SOBRE EL USO
DE ESTAS VOCES



EN la zacapela que contra el virulento crítico de la última edición del Diccionario de la Lengua publicado por la Real Academia Española, *Miguel de Escalada*, como él da en llamarse, por más que no oculte su verdadero nombre de Valbuena; en la zacapela y greguería, digo, que han dado de muy poco tiempo acá en levantar, defendiendo por ende la obra por aquél combatida, algunos escritores de notoria erudición, ha tomado cartas en *El Correo* un señor Z, cuyas opiniones ha apadrinado á su vez en la Revista en que este articulejo viene al mundo, el Sr. Alvarez Sereix, nombre que aparece con frecuencia en los periódicos diarios y revistas de Madrid, autorizando muchos artículos científicos y literarios. Proveedor oficioso también de la Academia—y esto lo digo sin ninguna clase de malicia—de vocablos españoles no incluidos en el Diccionario último, no son para echadas en saco roto sus noticias ni para despreciadas sus observaciones en lo relativo al léxico de nuestra lengua. Así pensando, y no por pujos filológicos—que aún me falta mucho para tener mi piedra en el rollo de los literatos de buena ley,—sino por razón de mis aficio-

nes, siquiera sean livianas, á todo lo que versa sobre asuntos concernientes al glosario botánico-vulgar de nuestro país, me ha llamado la atención lo que dice el Sr. Z. combatiendo á Escalada respecto á las voces *Caramillo* y *Carambillo*, y aun cuando yo no quiero, ni aunque quisiera podría ir á una con dichos señores, porque estoy muy á la zaga de su pugnacidad en el pelear y de su riqueza en el saber, no por eso me ha de ser vedado decir cuatro palabras sobre la materia á salga lo que saliere, por gusto de ahondar un poco más en el asunto, sin que por esto se entienda que se trata aquí de enderezar á nadie paulina de ninguna clase, cuanto más que ni yo valgo para maestrillo ni quiero exponerme tampoco á tener que echarme una piedra en la manga.

Trátase de saber, en primer lugar, si la palabra *Caramillo* es ó no de raza española, como significación de planta ó vegetal, y si, de este modo tomada en cuenta, es sinónima de *Carambillo*, deduciendo de aquí el acierto ó el desacierto con que la Academia de la lengua ha obrado al incluir las dos en la edición corriente de su Diccionario.

Tenemos, pues, que se debate pura y simplemente sobre el nombre vulgar de una planta montés ó silvestre, y aunque en ello se empeñen todos los sabios del mundo, el voto de los campesinos ó rústicos que andan de ordinario por los descampados y montes, tendrá siempre más valor que el suyo, *magüer* carezcan estos de toda clase de instrucción y sean más duros de mollera que alcornoque bravío. Por eso dijo precisamente el P. Merino, apropósito de la autoridad del vulgo, aquello de que «muchos le nombran con vilipendio la vil plebe, el ignorante vulgo; pero bien le pueden tratar como quieran, que al cabo el vulgo ha de ser el que forme la lengua y el que arrastre á los doctos y los envuelva en su lenguaje.»

Esto está fuera de duda, mucho más tratándose de nombres vulgares de plantas. Los sabios en este caso no tienen más que hacer que recoger con cuidado y aquilatar con acierto los nombres que la plebe usa, dándoles después el pase para que queden admitidos en nuestro idioma como vocablos de ley. Por eso, cuando oigo decir y veo escribir *asfodelo*, por

gamon, españolizando el nombre científico de *Asphodelus*; *antirrino* (*Antirrhinum*), por *boca de dragón*; *meliloto* (*Melilotus*), por *trébol*, y tantos y tantos otros vocablos como algunos botánicos de quiero y no puedo, y muchos jardineros in-tonsos introducen en sus libros y catálogos, á despecho del buen sentido y de la pureza del idioma, no puedo menos de renegar de tanta osadía, dando al diablo á los innovadores pedantes que así piensan las más de las veces que se expresan con mayor finura, haciendo alarde del culteranismo más insoportable y empalagoso que conozco.

Decía, pues—dejando á un lado esta pequeña digresión,—que los nombres vulgares de las plantas deben recogerse de quien más los usa en el lugar donde aquéllas se crían, y como los de *caramillo* y *carambillo* figuran en varios libros como correspondientes al vegetal estepario, común en los terrenos salados de nuestra península (*Salsola vermiculata*, L., de los botánicos), fuerza es esclarecer, ante todo si, en efecto, así se llama por el vulgo en las localidades donde se cría, y si recibe el mismo nombre en todas partes. De esto último, poco hay que decir. Ni en el reino de Aragón, ni en los de Valencia, Murcia y Granada, en cuyas estepas vive esta *Salsola*, se conoce semejante nombre vulgar. En dichas comarcas recibe nombres distintos, tales como el de *sisall*, en Elche; *barrelleta*, en Alicante y su comarca; *sosa*, en Orihuela y Murcia; *salado*, en Baza y otros pueblos de la provincia de Granada, y *sisallo*, en Aragón. Así lo atestiguan los estudios hechos por los botánicos Lagasca y Laguna principalmente, que, á mi juicio, son los que con más detenimiento, más pulso y más escrupulosidad han escrito de las plantas barrilleras, y han fijado mejor su atención en la pureza de la glosología vulgar de las plantas españolas. Pero á la vez que dichos autores han reproducido aquella serie de nombres provinciales, han consignado también los de *carambillo* ó *caramillo* para la misma planta, con advertencia de ser nombre usado en Aranjuez, y el de *tarrico*, como peculiar de Madrid, Vallecas y otros lugares próximos, donde vive silvestre, asimismo, dicha barrillera.

¿Y sucede así realmente? ¿Es común ó vulgar en Aranjuez el nombre de *caramillo* ó *carambillo*, aplicado á la *Salsola ver-*

miculata? Para averiguar esto, no hay más medio que el de la indagación en la misma localidad, y de las diligencias que con ayuda de personas muy entendidas he practicado recientemente, resulta que, en efecto, los campesinos, sin diferencia de clases, los pastores y los guardas, que son los que más conocen la vegetación espontánea, distinguen allí con aquellos nombres vulgares la planta en cuestión; de modo que por este lado y desde luego, las voces cuestionadas tienen á su favor uso local indubitable, para ser consideradas como de legítima raza española. Ahora, que si en realidad son dos los vocablos, ó sólo es uno, el de *caramillo*, naciendo la voz *carambillo* de una modificación imperfecta en la estructura ortográfica del primero, eso ya es otra cuestión. Parece que la palabra más corriente en aquella comarca es la de *caramillo*, y aun me inclino á creer que es la genuina, habiendo nacido quizás la de *carambillo*, por la comisión de una epéntesis—villana ó bastarda, vamos al decir,—por la que *caram-illo*, se haya convertido en *caram-b-illo*, por la añadidura de una *b*, bien así, como por igual metaplasmo se dice, malamente, *carambelo*, por *caramelo*.

Ahora—pasando esto ya como por autoridad de cosa juzgada,—lo que conviene saber, para no andar á cada triquete con dudas y vacilaciones, es cómo y cuándo los botánicos y filólogos, han adoptado la palabra *carambillo* ó *caramillo*, para referirse á la *Salsola vermiculata*. Bernardo de Cienfuegos (*Historia de las plantas* (inérita) 1627), nada dice sobre el particular. Barrclier, que floreció también en el siglo XVII, y que herborizó mucho por España (*Plan. per Gall. Hisp. et It. observ.*, etcétera; obra póstuma publicada el año 1714), y á cuyo autor cita como autoridad para el nombre científico de la planta el conocido botánico Sr. Colmeiro (D. Miguel), menciona sólo en la pág. 49 de aquella obra un *Kali fruticosum. Hispanicum Capillaceo folio villosa*, que llama *Soude d'Espagne velue*, y ya no dice más de nombres vulgares de ninguna barrillera. Más abundante estuvo Fernández de Navarrete (*Ens. de la Hist. méd. de Esp.* (inérita) 1742), puesto que menciona el *almarjo*, las *barrillas delgada*, *peluda*, *florida blanca* y *florida encarnada*, la *sosa blanca* que refiere á la *Kali vermiculata Hispa*

nicum albo globoso floræ, la *sosa legítima* y el *salicuernio*, pero sin decir tampoco una palabra del *carambillo*, que parece ser la planta que menciona con el dictado de *sosa blanca*. Pasando de aquí al año 1771, se da, como autor de cuyos trabajos se pueda sacar algún provecho para el caso, con D. Juan Gamez, secretario de la Academia de Medicina de Madrid y catedrático de la misma facultad, el cual publicó un libro titulado: *Ensayo sobre las aguas medicinales de Aranjuez*, en cuyas páginas 26-31 se inserta una lista de 34 especies vegetales que entonces vivían silvestres en los alrededores de la Fuente Amarga de los cerros de la *Salinilla* de *Alpagés*, y entre las cuales figura como única planta barrillera, que pueda ser ó asemejarse al *carambillo*, el mismo *Kali* mencionado por Barrelier, pero sin que se diga nada de su nombre vulgar, y eso que Gamez no los omitió en las demás plantas, cuando le fueron conocidos, como se ve al leer, al lado de la indicación botánica correspondiente, los de *gamon*, *bulas*, *cañaheja*, *cardo corredor*, *albardin*, *pico de cigüeña*, *gamarza*, *zamarrilla*, *salvia fina*, *esparto*, *retama*, *tomillo salsero* y *taray*. Esta omisión del nombre *carambillo* ó *caramillo*, en autor tan instruído, tratándose precisamente de la localidad *especial* en que parece estar en uso dicho vocablo, y mencionándose botánicamente la planta á la cual se aplica, es en verdad bastante significativa, y no carece de virtud para hacer sospechar si realmente el nombre cuestionado podrá estar falto al menos de aquella generalidad de uso que es necesaria para considerarle con derecho á ser introducido en el léxico español.

Tampoco se encuentra rastro de la voz *carambillo* en la *Contin. de la Fl. esp.* que Gómez Ortega publicó en Madrid el año 1784, ni en los *Icon. et descrip. plant. etc.*, que Cavanilles dió á luz, en Madrid también, desde 1791 á 1801. En la página 45 del tomo III de esta obra se mencionan las *Salsola microphylla* y *S. flarescens* consideradas hoy como variedades de la *S. vermiculata*, pero no se dice nada de sus nombres vulgares.

Pero, en fin, si Gamez, Gómez Ortega y Cavanilles no mencionaron los vocablos *carambillo* ó *caramillo*, en cambio Lagasca, el primer botánico de nuestro siglo, como le llama

el Sr. Colmeiro, los estampó bien claramente en su *Mem. sob. las plant. barrill. de Esp.*, que apareció en Madrid el año 1817, y que en 1818 se incluyó como adición al tomo I de la *Agricultura general* de Gabriel Alonso de Herrera, en la edición que de esta obra hizo la Real Sociedad económica matritense. En este lugar y en la pág. 263, describiendo la *Salsola vermiculata*, dice: «NOMBRES VULGARES: *carambillo* y *caramillo*, en Aranjuez. *Tarrico*, en Madrid, Vallecas, etc. *Sisallo*, en Aragón...» De modo que para Lagasca, botánico sesudo y de los que más herborizaron por España, la voz *carambillo* ó *caramillo*, sólo se usa en Aranjuez, apareciendo ser él el primero que le dió publicidad recogiéndola directamente en la misma localidad ó de oídas, que esto no está averiguado, por más que sea muy importante para el caso.

Siguió á Lagasca D. Miguel Colmeiro (*Apunt. para la Fl. de las dos Cast.*—Madrid, 1849) aplicando indistintamente los nombres de *caramillo*, *carambillo* y *tarrico*, á la misma planta, pág. 128, lo mismo para los individuos silvestres de las cercañas de Madrid (Cerros de Ribas, San Blas y otros), que para los de Aranjuez y Toledo, es decir, que sin explicación que sirva para esclarecer las dudas, generalizó los dos nombres haciéndolos extensivos, casi, casi, á toda la estepa castellana.

Sin duda por esto—y no hago mención de lo que dicen los Sres. Collantes y Alfaro (*Dicc. de agric. práct. y econ. rur.*—Madrid 1853. Tomo II, pág. 92) porque no da luz alguna para el fin propuesto—sin duda, por lo que consignó el señor Colmeiro, digo, Willkomm y Lange (*Prodromus Floræ hispanicæ.*—Stuttgart 1861—1880. Tomo I, pág. 258) señalaron también con vaguedad los nombres vulgares de la *Salsola vermiculata*, indicando como propios de Castilla, sin distinguir localidades, los de *caramillo*, *carambillo* y *tarrico*.

D. Vicente Cutanda, en 1861 (*Fl. compend. de Mad. y su prov.*, págs. 575 y 576) fué seguramente más cauto, limitando la indicación de las localidades á las cercanías de Madrid y Aranjuez, pero involucró también las denominaciones comunes, sin distinguir los nombres de *tarrico* y *caramillo*, en su aplicación local. Más vagas son aun las referencias que se

sacan del *Dicc. de los nomb. vulg. de much. plant. usual.*, que D. Miguel Colmeiro publicó en Madrid el año 1871, y del *Trat. práct. de la determ. de las plant.*, dado á luz por D. Gabriel de la Puerta en 1876, porque en entrambas obras, páginas 31 y 38 y pág. 325 respectivamente, sólo se dice que los nombres *caramillo*, *carambillo* y *tarrico*, corresponden á la *Salsola vermiculata*.

Y ya desde aquí puede pasarse sin temor de incurrir en ninguna omisión de bulto al año 1883, en que D. Máximo Laguna, el discretísimo botánico de nuestros días, dió á la estampa su notable *Flora forestal española*. En esta obra, página 305, se aplican á la *Salsola vermiculata* los mismos, exactamente los mismos nombres vulgares usados por Lagasca, y se indican también iguales localidades, sobre que parece tratarse así de restablecer la claridad que resplandece en las acotaciones de Lagasca y de volver á la limitación local del uso de aquellos vocablos, por no estar probada aun la mayor generalización de los mismos, ni aun dentro de la provincia de Madrid.

Con esto creo dejar saldada la cuenta con los naturalistas y paso á enténdermelas con los filólogos, entre los que puede decirse que en esto anda la de mazagatos, por la disconformidad de pareceres y resoluciones. Por de pronto, pasemos de un salto por encima de Aldrete, Cobarrubias, Rosal, Terreros y Cabrera, sin olvidar á la Real Academia española en todas las ediciones de su Diccionario, exclusión hecha de la corriente. Ninguno de estos señores se acuerda de mentar el *caramillo* ó *carambillo*, como planta. Estos nombres los aprendió Velázquez de la Cadena (*A pronouncing dictionary of the Spanish and English languages*.—New York. 1852) diciendo en el tomo *Español-Ingles* esto: «*Caramillo* (Bot.), v. *Barrilla*» y mencionando en este artículo, como una de las plantas distinguidas con dicho nombre vulgar, la *Barrilla carambillo* ó *caramillo*.—*Semoll leaved salt-wort*.—*Salsola vermiculata*, L.» Ignoro de quién tomaría Velázquez de la Cadena el nombre vulgar en cuestión, pero es probable que lo hiciera de alguna obra botánica, puesto que expresa con claridad el nombre científico de la planta.

Poco tiempo después, en 1853, dió á luz en Barcelona don Santiago Angel Saura su *Dicc. ó Vocab. comp. de las leng. castell.-catal.*, sin citar la planta *caramillo*; pero esta omisión la corrigió en la tercera edición de dicha obra que dió á la estampa el año 1862 en la misma ciudad, diciendo en la página 137: «*Caramillo*.—*Mata*. V. *Sosa*,» y en la pág. 533, como contrarreferencia «*Sosa*—*Mata*. *Barrelleta*,» aludiendo, sin duda alguna, á la *Salsola vermiculata*; pero sin distinguir, como tampoco lo hizo Velázquez de la Cadena, la condición provincial ó local del vocablo.

Más raro es aún lo que se encuentra en la pág. 117, de la décima edición, 1865, del famoso *Dicc. nacion. ó Gran dicc. de la leng. españ.* de D. Ramón Joaquín Domínguez, donde dice, relegando el artículo al *Suplemento* que está en el tomo II: «*Caramillar*, s. m. Terreno poblado de las matas llamadas *caramillos*,» y lo bueno es que ni en el texto de la obra ni en el mencionado suplemento aparece la voz *caramillo* como planta.

Bensley, en 1876, copió puntualmente á Velázquez de la Cadena en su diccionario de las lenguas española é inglesa; y Barcia, nada dice de la voz cuestionada en su diccionario etimológico, publicado en 1880.

Y ya con esto terminan todos los datos que en unos breves días he podido recoger andando al estriquete con aquellos vocablos que, por fin, le han parecido cristianos viejos á la Academia, habiéndoles concedido carta de amparo en la edición última, que es la causante de estas observaciones. Pero ¿ha obrado cuerdamente dicha corporación adoptando las mencionadas voces botánicas? Y—dado el hecho—¿se han estampado con las indicaciones que exigía su naturaleza para andar al uso corriente? Veámoslo.

De la monótona y fastidiosa investigación que acabo de exponer, resulta que los pocos lexicógrafos que han adoptado las voces *carambillo* ó *caramillo*, se han atendido probablemente á la autoridad de los naturalistas. A su vez éstos no andan muy de acuerdo en cuanto á la extensión del uso de aquellas palabras, pareciendo más bien haberse copiado unos á otros sin bastante escrupulosidad ó detenimiento en lo relativo al alcance local de los vocablos. Por otro lado, tenemos que,

si bien la aparición de los mismos en las obras de botánica data sólo de principios de siglo, en cambio llevan la autoridad de un autor tan respetable y respetado como el insigne Lagasca, á cuyas afirmaciones hay que atenerse,—apesar de las ligeras discrepancias de los autores modernos,—por aquello de «diestro á diestro el más presto,» cuanto más que el uso vulgar hoy en ejercicio, como antes hemos visto, confirma también el aserto, no siendo de creer que Lagasca recogiese mal los susodichos vocablos; y eso que á veces «donde menos se piensa salta la liebre,» porque, ¿qué decir ó creer de estas cosas cuando—según se lee en la pág. 179 del tomo II del *Dic. de etimol. de la leng. cast.*, de Cabrera—los mismos Quer y Palau, tan célebres en nuestros fastos botánicos, preguntando como acostumbraban, «con las plantas en la mano, por sus nombres vulgares á los naturales de los pueblos donde herborizaban» averiguaron que el *codeso* (*Cytisus*) tiene, además de otros nombres, el de *sisallo*, con lo cual,—si esto es cierto—incurrieron en una notoria inexactitud, como más adelante se verá?

Pero, en fin, como no se debe pensar que Lagasca incurriese en el mismo engaño, resulta que el vocablo *caramillo*, si no también el de *carambillo*, está bien incluido como significación de planta esteparia, en el Diccionario de la Lengua porque tiene á su favor el uso vulgar y el de los doctos; pero le falta la indicación de su exclusivo carácter *local*, puesto que ni aun á provincial llega; y este es el defectillo que puede y debe achacarse á la Academia; pues justo es que «el que lleva obladas que taña campanas,» como reza el dicho.

Conque, quede así sentado y pasemos al *sisallo*, que es el vocablo más propincuo, ó que tiene mayor conexión con el de *caramillo*, en cuanto al nombre vulgar de la tantas veces repetida *Salsola*. Comenzaré, para ello, recordando que en Aragón es tan común el nombre de *sisallo*, y está tan generalizado el uso de esta voz en toda la dilatada comarca esteparia, que corre desde las Bardenas reales de Navarra hasta el desierto de Calanda, en el bajo Aragón, que basta salir al campo una sola vez para convencerse de ello. Estoy por decir que dicho nombre es tan popular en los saladares aragone-

ses, como lo son en Castilla los [de *tomillo, cantueso y jara*.

Y así es por esto, como por la autoridad de escritores más antiguos á lo que pienso, que los sabios é ilustres aragoneses D. Ignacio de Asso y D. Jerónimo Borao, consagraron el uso de esta voz en el léxico de aquel reino: el primero en su *Synopsis stirpium indigenarum Aragoniæ*, impresa en Marsella el año 1779, en cuya pág. 32 se lee esto que sigue: «*Salsola vermiculata*, Loeffling.—Vernacule, *Sisallo*;» y el segundo, en su *Diccionario de voces aragonesas*, publicado el año 1859, en Zaragoza, según reza el artículo correspondiente de la página 239 de tan erudito libro.

Con posterioridad á Asso, y siguiendo probablemente su ejemplo, han aceptado la voz *sisallo* con el mismo carácter botánico y filológico, Lagasca (1817), Collantes y Alfaro (1853), Willkomm y Lange (1861), Loscos y Pardo (1866-67), Colmeiro (1871), Laguna (1883), y probablemente algunos naturalistas más, cuyas obras no he tenido ocasión de repasar.

Los lexicógrafos parece que han andado más reacios, no sé si por tener ventana al cierzo en su calidad de cultiparlistas. Ello es que, á excepción del ya citado trabajo de Borao, en ninguno de los diccionarios ni estudios etimológicos de nuestra lengua, que, impresos ó manuscritos, han caído en mis manos, á partir del siglo XVII, con Cobarrubias, Aldrete y Rosal, hasta llegar al *Primer diccionario general etimológico de la lengua castellana*, publicado en Madrid, por D. Roque Barcia, el año 1880, he encontrado trazas de dicho vocablo, apesar de su genuina estirpe aragonesa, de su remota antigüedad, de su adopción por los botánicos y de su uso tan extendido entre las gentes del campo principalmente.

Sólo D. Mariano Velázquez de la Cadena pisó con valentía en esta cuestión, admitiendo la voz antes que Borao publicase su Diccionario, en su obra más atrás citada, *A pronouncing dictionary of the Spanish and English languages* que vió la luz pública en Nueva York el año 1852, en la cual, tirando por el camino de los naturalistas, sin duda por aquello de que «cada uno conoce la uva de su majuelo,» adoptó el vo-

cable en concepto botánico refiriéndolo al de *barrilla*, si bien omitió el indicar el carácter *provincial* de la palabra, y lo que es más raro aún, el estampar en el artículo *barrilla* la contrarreferencia á *sisallo*, falta no muy disculpable en literato de mérito tan precipuo, por más que este género de pecadillos sean hartamente frecuente, por desgracia, en los autores de esta clase de obras.

Veinticuatro años más tarde, esto es, en 1876, copió puntualmente á Velázquez de la Cadena, incurriendo también en la omisión de la contrarreferencia á *sisallo* en el artículo *barrilla*, Bensley (Eduard, R.), en su *New Dictionary of the Spanish and English languages* que apareció en París por aquel tiempo, y ya desde aquí parece que se quiebra, y no por sutil, el hilo de esta reproducción vernácula, puesto que de un salto se pasa—salvo mejor proceso indagatorio—al último diccionario de la Academia de la lengua, la cual ha adoptado en él la voz *sisallo*, que no había prohijado en las ediciones anteriores. Pero lo bueno del caso es que lo ha hecho sin distinguir el carácter notoriamente *provincial* de la palabra, de modo y manera que ahora resulta ser el vocablo castellano viejo corriente y moliente á todo ruedo. Y á fe que no será porque la indicada corporación desconozca el vocabulario aragonés de pura raza, porque con la precisa advertencia de ser voces *provinciales de Aragón*, ha aceptado las de *arañon*, *bisalto*, *correntia*, *docen*, *eraje*, *fila*, *garba*, *hecha*, *jeto*, *luello*, *meseguero*, *niéspola*, *oleaza*, *pardina*, *riba*, *secen*, *tozal* y tantas y tantas otras como pudiera citar. Hase ido de rienda en esto, sin sentirlo, habiéndole faltado aquella prudente y justa medida, que respecto al uso del vino recomendaba nuestro geopónico Herrera, al reconocer que le era muy fácil á cualquiera pasar del pie á la mano en bodas, misas nuevas, fiestas ú otros convites, *dejándose tomar*, como él dice, del mencionado licor.

En cuanto á la antigüedad y origen de la voz *sisallo*, si va á decir verdad, confieso que he andado hecho un mazorril, porque han sido inútiles todas las diligencias que he practicado para llevar á feliz término la indagación. Buscando de aquí y de allá no he dado más que con las palabras *xixallo* y

jijallo, probablemente sinónimas, y sin más diferencia que el cambio de la *x* en *j*, caso muy frecuente en la transformación eufónica, que con el trascurso del tiempo suelen sufrir muchas voces en todos los idiomas. Covarrubias, Aldrete y Rosal nada dicen que sirva para el caso, porque no mencionan estas voces. La cita más antigua que hallo es la de la Real Academia Española, que en su diccionario, llamado vulgarmente de autoridades, publicado en 1726, dice así: «XIXALLO, m. arbusto de poco menos de una vara de altura, cuyas hojas son muy angostas, cenicientas y blandas. Es excelente para pasto de ganados, y muy sabroso, pues no necesitan sal los que se apacientan dél. Créase en los yermos y páramos que no están en montaña. Es voz de Aragón. Lat. *Arbustum quoddam sic dictum specie cytisi.*» En el artículo *xixallar*, indica ser este «el monte poblado de xixallos. Lat. *Locus cytisi specie abundans.*» Y así parece que ha continuado diciendo en las ediciones sucesivas, hasta que en alguna de ellas (no sé cuál, porque no me ha sido dado recorrerlas todas), cambió la ortografía de la voz, diciendo ya *jijallo* por *xixallo*, pero definiéndolo del mismo modo, salvo las supresiones, muy esenciales por cierto, de que luego hablaré.

Xixallo, escribía también en 1742 el doctor Francisco Fernández de Navarrete, en la página 100 de su obra inédita *Ensayo de la Historia natural y médica de España*, definiendo la voz, como correspondiente á un *Cytissus*, de la sierra de Guadarrama (nótese bien esto), arbóreo y de hojas oblongas, angostas y blandas (*cytissus arboreum molli, angusti oblongofolio*), debiendo advertir de pasada que á D. Miguel Colmeiro, gran inquiridor en estas cosas concernientes á la bibliografía botánica española, no le merece mucha confianza Navarrete, porque hablando de las plantas por éste descritas, le endilga en la página CXVIII del tomo I, de su última y aún no terminada obra, *Enum y rev. de las pl. de la penin. hisp.-lusit. é isl. Bal.*, la siguiente fraterna: «Lo relativo á plantas, consiste en una serie de listas donde aquellas están designadas con nombres castellanos, unos verdaderamente vulgares y otros formados por el autor con excesiva arbitrariedad y no siempre justificados, originándose de ello bastante confusión, porque

es difícil á veces reconocer cuáles sean las denominaciones populares y cuáles las inventadas.»

Ya desde aquí, como quien se está muy arregladito en la yema del fraile, escriben *jijallar* y *jijallo*, con j, Terreros (*Dicc. cast. con la voc. de cienc.*, etc., 1781-93, tomo II, página 389); Cabrera, á principios de siglo (*Dicc. de etimol. de la leng. cast.*, tomo II, pág. 179), Álvarez Guerra (*Nuevo Dicc. de Agric. teor. prác. y econ.*, etc., 1842, tomo III, página 133); y también Barcia (*Prim. Dicc. gen. etim. de la leng. esp.*, 1880;) pero no ningún naturalista de buen seso, de entre los que han tenido ó tienen ahora en la uña la verdadera glosología de los vegetales españoles.

Y volviendo á la Academia, que en la primera edición de su Diccionario, ó sea en la de 1726, definió á las mil maravillas el *xixallo* como «voz de Aragón»—seguramente el *sisallo* de hoy—añadiendo lo de ser planta de hojas cenizas, apetecible para el ganado por no necesitar éste de sal si la come, y por fin, por encontrarse en los yermos y páramos que no están en montaña, circunstancias y caracteres todos que encajan de lleno al *sisallo*, ó sea á la *Salsola vermiculata*, de nuestras estepas, que son terrenos salados y no montañosos, cátrate que después—si no en todas, por lo menos en las últimas ediciones de su léxico—ha mutilado la definición, suprimiendo precisamente lo que más caracteriza y distingue al *sisallo*, esto es, su naturaleza esteparia, y al ser la voz de uso provincial tan sólo, de modo que después de mucho pulir y alambicar le ha venido á suceder lo que al habar de Cabra, que se secó lloviendo.

Y es de ver cómo cunden estos malos ejemplos, y la riza que hacen en las definiciones poco meditadas, cuando, á fuerza de mermar la expresión de los conceptos, se llega hasta el punto de definir el *jijallo* de un modo tan vago é indeterminado como este: «arbusto bajo que sirve de pasto al ganado» (*Dicc. pop. de la leng. cast.*, por D. Felipe Picatoste, Madrid, 1882, pág. 629), es decir, uno de los varios cientos y aun miles de arbustos de corta talla, que come el ganado, y que la pródiga naturaleza hace que se críen por esos andurriales, campos y huertas, en fuerza de su virtud creadora

tan sólo, ó con la ayuda del cultivo. Y..... busque V. á Marica por Rávena.

Pero la cosa no termina aquí, que aún falta el rabo por desollar, y el rabo es el entender los autores citados, á excepción de los dos últimos, que el *xixallo* ó *jijallo* es una especie de *citiso* (*species cytisi*), llegando Navarrete hasta decir que se cría en la Sierra de Guadarrama, y recordando Cabrera y Álvarez Guerra, dándolo igualmente por *citiso*, que se llama también *codeso*, *ervellada* y *escobón*. En todo esto no habría exceso que cercenar, si ya no fuera aquello de confundir el *jijallo* con el *codeso* ó *citiso*, por lo cual no puede pasarse. Que este último, con algunos de los nombres vulgares de *retama*, *escobón*, *piorno* ó *cambroño*, adjuntos á algunas especies de los géneros *Genista*, *Adpocarpus* ó *Sarothamnus* de los botánicos modernos, pueda ser un arbusto del grupo antiguo de los *Cytisus* (1), no tiene nada de particular; pero que en la ventregada de sus nombres vulgares, deba figurar el de *jijallo*, eso no lo creo si me lo juran frailes descalzos. Ninguno de los botánicos españoles de nuestro tiempo, ni aun los que más han herborizado por la Sierra de Guadarrama, como los seres Cutanda, Graells, Willkomm, Laguna y algunos otros, todos diligentísimos en escudriñar y recoger los nombres populares de las plantas, han oído allí, que yo sepa, tal vocablo, y como conozco además la bien merecida fama que gozan de doctos y sensatos, me voy con ellos muy persuadido de que este proceder es honestísimo por el cabo.

En conclusión, que para andar al uso, pues que «lo que se usa no se excusa», como dice el dicho, lo más acertado es hoy decir *sisallo*, como voz aragonesa correspondiente á la planta halofila que los botánicos llaman *Salsola vermiculata*, y que aun «cuando uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla,» yo estoy por lo de suponer que se han equivocado cuantos han tomado por sinónimas las voces *codeso* ó *citiso* y *jijallo*, como

(1) *Cytisus* parece provenir de *Cythus*, isla del mar Egeo, donde se dice que fué recogida la primera especie de este género, ó sea el *C. nubigenus*, Link. (*C. fragans*, Lamk. *Spartium nubigenum*, Ait. — *Sp. supranubium*, Linn. fil.)

que aquéllas corresponden á una planta de la familia de las *leguminosas* y ésta á otra de la de las *salsoláceas*, grupos bien diferentes por cierto en las condiciones orgánicas y biológicas de los muchos vegetales que comprenden.

No deben existir, por lo tanto, en ningún Diccionario de nuestra lengua las voces *jijallar*, *jijallo*, ni *xixallo*, como equivalentes de *citiso* (*Cytisus*), cuanto más, que la diferencia con la legítima de *sisallo*, es sólo de muy escaso interés ortográfico, bien así como tantas otras palabras de nuestro idioma, que, con el tiempo, han cambiado la *x* en *j* y en *s*; y dado caso que apesar de todo se quieran incluir, es necesario referirlas simplemente á *sisallo*, como voces aragonesas precisamente, y con referencia á la planta barrilera de que antes se habló, so pena de incurrir en crimen de badomía, que es el más censurable de cuantos pueden cometer los hombres de letras, cuando, por importuna repetición de desaciertos, dan lugar y motivo para solfearles con una repasata, aplicándoles aquello de «otra al dicho Juan de Coca.»

Y ahora, dando de mano á esta disquisición picotera que, seguramente, tiene más tachas que el caballo de Gonela, debo prevenir que nada de lo dicho debe entenderse como sentado en absoluta conclusión, puesto que depende en gran parte del mayor ó menor acierto y fortuna en eso de rebuscar libros y consultar autores, en cuya tarea sucede á veces que, cuando menos se espera, «do cazar pensamos, cazados quedamos,» por traerse á colación por alguno más diestro, textos ignorados ó citas no conocidas; sobre que la materia da vado además á la diversidad de opiniones y á la gentileza de los ingenios para que éstos puedan lucir su agudeza.

El que más sepa, pues, «que lo declare aquí—digo, por conclusión, con uno de nuestros clásicos, — y asimismo ponga su nombre, que en ello hará á Dios servicio y á mí merced y á muchos buena obra, y de Dios habrá parte de su trabajo.»

JOSÉ JORDANA Y MORERA.



HISTORIA QUE PARECE NOVELA

Á MI RESPETABLE AMIGO EL EXCMO. Sr. D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

ALTÍSIMO POETA

CAPÍTULO II. (1)

Madrid 13 de Julio de 18...

DE FERNANDO DE VALDESANTO Á LUIS ELORZA
EN EL *Castañar*, URBONA

QUERIDÍSIMO LUIS: Te escribo hoy cumpliendo la promesa que te hice al despedirnos, y para llenar también mis deseos de que esta carta llegue ahí, al inolvidable *Castañar*, el día de la romería del Carmen. ¡La romería del Carmen!... Tú no sabes, Luis, lo que es acordarse de la tierra ausente, envuelto por los horribles calores que en la corte nos consumen. Lejos, muy lejos de las últimas montañas que diviso todas las tardes desde la Estación del Norte, pongo yo, tras el horizonte sensible, el horizonte de mis sueños, y ante mi vista se aparece, en el

(1) Publicamos hoy otro de los más salientes capítulos de la novela que, con el título de *Amparo*, está para concluir nuestro querido amigo y colaborador el Sr. Sandoval (D. Adolfo).

espejismo del deseo, la inolvidable tierra, húmeda, fresca, verde, sencilla como un idilio, grata como una mañana de primavera; con su aroma de frutas y de flores; con sus cadencias campestres repetidas por el tamboril y por la gaita; con sus rías transparentes y tranquilas; con sus montes parduzcos y sus colinas perfumadas; con su cielo brumoso y triste; con sus casas blanquísimas festoneadas por la graciosa parra, ó protegidas por la sombra de patriarcal higuera; con su mar rugiente y espumoso, cubierto de vistosas voladoras navecillas; con sus fiestas y sus romerías populares, en torno del santuario congregadas; con sus iglesias de blanco campanario, llenas con el murmullo de las oraciones, y por los ex-votos de la fe cristiana: y oigo resonar en mis oídos, y más que en mis oídos en mi cerebro ardentísimo, los cantares que llegan con el viento de mis montañas, entre las emanaciones salinas del Cantábrico y el olor de toda suerte de silvestres florecillas, y sobre los que percibo por amante, por espiritual, por delicado, aquel que dice:

*«Quiérote, vida mía, quiérote tanto
que si tú fueras cielo, yo sería santo...»*

mil veces oído por mí en el pasado verano, á la orilla del mar turbulento, por las veredas que conducen á la Rectoral del Valle, ahí, contigo, en el *Castañar*, cuando en íntima inacabable conversación nos detenía la campana del *Angelus*, bajo los vetustos pórticos de la iglesia, al caer sobre la tierra las primeras sombras de la noche, y al brillar las primeras estrellas en la inaccesible altura de los cielos...

¡Cómo te envidio el día que pasarás ahí, el domingo, con tus padres y tus bellísimas hermanas, asistiendo á la romería del Carmen! Yo no sabré decirte, Luis, cuánto daría por visitar contigo ese altar de la Virgen, rociado de aceite y de plegarias, y cuyo humilde retablo cubren los exvotos de todos los que próximos á naufragar en los oceanos de la tribulación, han sentido disiparse, á la invocación del nombre de María, los dolores horribles de su cuerpo, y las tempestades

pavorosas de su alma... Recuerdo todavía, como si se reprodujera al escribirlo, el vuelco de la sangre, la excitación vivísima que sentí cuando, desde lo alto de la *Peñona*, ya medio envuelta por las brumas del crepúsculo, columbré al *Castañar*, cuya hermosura incomparable realzaban entonces, con la pureza del horizonte azul y los encantos de apacible tarde, los últimos resplandores del sol reverberante sobre las cimas de las montañas, y en la cruz de la olvidada iglesia, erguida sobre las pobres casas de los campesinos, como espiritual para-rayos levantado hacia las nubes para detener las tormentas amenazadoras de los cielos.

Estaban en aquella sazón, cuando llegamos al *Castañar*, concluyendo *vísperas*; y el tamborilero alborotaba al valle con sus redobles, á punto en que la gaita comenzaba á preludiar los dulcísimos aires de nuestra tierra, tan queridos é inolvidables, que ¡ah! yo creo que nos despertarán en las tristezas de nuestras tumbas silenciosas, si hasta su fría ceniza penetraran aquellas lánguidas melancólicas cadencias... ¡Cuánto os agradecí la cariñosa hospitalidad con que me acogisteis en vuestra noble y envidiable casa! Por la noche, y después de entretenernos un poco con el piano, que tan á maravilla tañen tus hermanas, fuimos todos, agonizante farolillo en mano, á gozarnos con la tradicional hoguera, que ardía, con fantásticos resplandores, en el Campo de la Iglesia. ¡Cómo se solazaban aquellas buenas gentes!... Recuerdo que dormí muy poco, y que á la mañana me despertaron los estrepitosos ruidos de la *música de Bellamar*, venida para amenizar la solemne fiesta, al reclamo del banquete que se celebraba en casa del señor cura, y de los alegres esparcimientos que habían de exaltar cuerpos y almas, hasta las primeras horas de la noche. Después, bullicioso repique de las campanas, volteando alegremente como en la luminosa mañana de la Resurrección de Cristo; la procesión fervorosísima por aquellos campos estivales, tapizados de bien olientes florecillas; la misa solemne realzada por los prodigios de la gaita, y por las voces de bien apitanzado sochantre; los voladores cohetes atravesando el firmamento azul, para estallar con horrísono estampido entre la algazara de los chicuelos y de los creci-

dos; la interminable comida en la limpia y bien provista heredad del mayordomo ó del párroco, con su cortejo de honestas chanzonetas y de festivos brándis; la clásica y esperada romería alrededor de la concurrida iglesia; los pintorescos bailes, amenizados por el violín de errante ciego, y por el ruido de estrepitoso bombo; las alegres parejas, consagradas por entero á los deleites del amor, que enciende sus palabras y sus ojos con irradiaciones sublimes; las cadencias monótonas y eternas de la tradicional *Danza Prima*, en cuyas notas palpita toda el alma inmortal de nuestra tierra; las improvisadas tiendas de codiciadas rosquillas y de sabrosas mantecadas, que, con las indispensables avellanas, han de constituir los simbólicos *perdones* de la fiesta; los grupos vistosísimos, ya de los curas venidos de la próxima parroquia para abrillantar la religiosa ceremonia, ya de elegantes damiselas y de encopetados ricachos llegados de las villas inmediatas, con su séquito de galanes y de espolistas; gritos, ecos, suspiros, carcajadas desvanecidas entre los cantares de la gaita, y entre el clamor de las campanas, hasta que las sombras comienzan á poblar el valle, y las primeras estrellas resplandecen en la soledad del firmamento, por donde vuelan de mundo á mundo los ángeles; y la iglesia se llena de nuevo con el vivo aleteo de sencillas ardientes oraciones; y las enamoradas parejas van desfilando por la estrecha vereda, sintiendo la pasión hasta en la médula de sus huesos; y los forasteros retornan bien acompañados á sus hogares, para proseguir al día siguiente la monotonía de la existencia; y se apagan en los aires, con el último repique de las campanas, el último poderoso *ijujú*, que parece evocar los recuerdos más ilustres de nuestra historia; y queda ahí, desierta y sola, la pobre iglesia, henchida de tantos cuerpos muertos y de tantas ideas vivas; con sus santos, que parecen contarse unos á otros los secretos de ultratumba; y sus ex-votos, rociados de besos y de lágrimas; y sus lámparas atizadas por la fe cristiana, y como la fe cristiana inextinguibles; y sus altares, agrandados por las medrosas oscuridades del crepúsculo, y ante los que hanse postrado, en busca de bendición y de consuelo, los míseros nautas, ya apercebidos para sepultarse

entre el hervor de las procelosidades del Oceano ó de las tormentas bramadoras del espíritu...

¡Y decir, Luis, que todo esto se ha quedado atrás, en lo pasado, como las reminiscencias de un goce, como el eco de un cántico, como la poesía del primer inocentísimo amor! ¡Y pensar que todo ello permanecerá perenne, inmóvil, mientras nosotros, inmortales, superiores á todo el universo, eternos como las almas, cada día daremos hacia las playas de la muerte un paso, y dejaremos en las tortuosidades del camino alguna ilusión ó alguna esperanza! Déjame que lo recuerde. La primera vez que asistí á la romería del Carmen, ahí contigo, ¡cuánto me entristeció el sonido de la gaita, á cuyo compás saltaban en baile interminable tantas felicísimas parejas! Quizás aquel pobre gaitero, que tocaba en el campo de la iglesia, era el inmortal gaitero de Gijón, esculpido en las *doloras* de nuestro gran poeta.....

Indefinible voluptuoso sentimiento se había apoderado de mi espíritu, haciéndome ver en todos aquellos bailadores grupos, como los coros de la *Danza Macabra*, bajados á la fosa á la voz de implacable traicionera muerte..... ¡Qué sé yo, qué sé yo!.... ¡Qué antítesis entre el ruido vertiginoso, entre la expansión franca, entre el cuasi frenético movimiento de aquellas turbas, olvidadas de las profundas cotidianas amarguras de la vida, y la quietud y el sosiego de aquel poético *campo-santo*, unido á la iglesia, cubierto de hierbas y de flores, sobre las que pasan piando las voladorasavecillas; con sus cruces y sus losas sepulcrales, y sus tapias adornadas por trepadoras plantas, y entre cuyas piedras fosforecen al caer la noche las amarillas calaveras allí incrustadas, como emblema y representación adecuada de lo que son, al arribar á las riberas de la eternidad, todos los prestigios y todos los encumbramientos de la mísera, fatigosísima existencia! ¡Ah! Si los ecos del tambor y de la gaita, si el rumor de los cantares excitando al amor, á la juventud, á la vida, llegaban hasta el silencio de esas tumbas cuasi olvidadas, ¡qué les dirían á los pobres muertos, dormidos sobre el estercolero de su propia carne, en polvo que arrebatada el viento convertida!.... Cuando nos retirábamos del campo de la iglesia, ya próxima á termi-

narse la favorecida romería, recuerdo haber oído estos dos cantares, que llegaban á nosotros como murmullo, lamento, gemido de aspiración nunca sobre la tierra saciada:

*Villaviciosa hermosa, ¡qué tienes dentro,
que me robas el alma y el pensamiento!...*

*Con este mandilín blanco
vas publicando la guerra,
y yo como buen soldado
me alistaré en tu bandera...*

Por la noche, empujando á mi fantasía por los mundos de mis locas inspiraciones, toqué *amorosamente* en vuestro piano, después de la sonata *Clair de lune* y de la *Danza Macabra*, todos esos rumores vaporosos é indefinibles que llevaba con gravitación abrumadora sobre mi espíritu..... A los pocos días dejaba el *Castañar*, y á la siguiente semana me iba para Madrid..... Hace cuatro años que no he vuelto á la hermosa romería del Carmen. Me habéis invitado á que vaya á visitaros este año en cuanto deje la corte. Gracias, gracias; iré. Necesito solaz y sosiego, á continuación de las seguidas agitaciones de esta mi vida de sociedad y de estudio, agujoneada por el estímulo de mis esperanzas y por las instancias de mis buenos y bien probados amigos. Necesito, además, verte, pare decirte muchas cosas.

¡Hace un mes que no nos vemos! Y en ese mes, ¡qué transformaciones en mi pacífica, y siempre uniforme vida!..... Tú ya la conoces..... La has visto dos veces; en la Anunciación, leyendo por su devocionario, y la última, la tarde en que fuimos á despedir á nuestro amigo Enrique para *Urbona*. La has visto y la has juzgado. ¡Oh Luis! Lo que tú no sabes es que Amparo me ha escrito varias cartas desde *Montebello*, correspondiendo con entusiasmo á mi adoración por ella..... Ya todo es día en mi alma..... ¡Ser amado! ¡Y ser amado por *Ella!* Yo de mí sé decirte que nunca he comprendido ni sentido esta soberana apoteosis del amor, como abismado en la contemplación de esas estatuas orantes, erguidas sobre los

gastados sepulcros de nuestras maravillosas catedrales góticas, iluminadas, como suave crepúsculo, por el resplandor de siglos muertos..... ¿Recuerdas lo que decíamos, pensando en estos idealismos, por las naves de la catedral de Toledo, que tantas veces hemos visitado juntos?..... Así, para mí, Amparo. Su dulce languidez; ese infinito de la tristeza humana que cruza por su frente; la aureola de melancolía que la envuelve; el elegantísimo vestido que siempre la ciñe; la mirada que llega como el reflejo de las estrellas, de muy lejos; ese su olímpico reposo, contraste del calor, del fuego, de la exaltación que atravesarán por sus nervios, vibrantes como las cuerdas del arpa; esa soñadora expresión que tanto la distingue y ennoblece; todo me hace gravitar en derredor de ella, deseando seguirla aun en las soledades de la muerte, para encontrarme su alma, su alma purísima, entre las estrellas y los ángeles, en la clara mansión del alto cielo..... Todo en ella atrae y fascina, como si en torno suyo, como en el de los grandes soles, gravitasen almas, mundos y cielos..... Su santa madre subió á la gloria, cuando contaba Amparo apenas nueve años. Después la llevaron al colegio de ****, dirigido por virtuosísimas é inteligentes religiosas. Ellas formaron su espíritu, su espíritu inmenso y adorable. La poesía romancesca de esa ciudad, inmortalizada por la leyenda y por la historia, y cuyas piedras aún repiten en la callada noche la oriental serenata, lánguida y voluptuosa; la poesía de ****, con sus recuerdos árabes y sus grandezas cristianas, ha influído por modo eminente en su carácter profundo y concentrado, sólo expansivo para con aquellos bien halagados de la ventura, y en quienes Amparo pueda llegar á descubrir sus *almas gemelas*.

Esta educación cuasi conventual, solicitada por el recuerdo de su buena madre, y por la arraigada convicción de que desde los cielos la protege y dirige—piadoso ángel de la guarda,—motivaron en Amparo bien definida simpatía por el espiritualismo, que resalta, para sublimarla aún más, en todas las cartas que me ha escrito, y en las pocas conversaciones que con ella en Madrid he cruzado..... Cuando salió del colegio de ****, se fué para su pueblo, *Tierra seca*, donde vivió tres

años con su papá y sus hermanos, á quienes tú conoces. Aborrece *Tierra seca*, pues me ha dicho muchas veces que la entristecen aquellos sus inmensos arenales desiertos, ayunos de la espléndida vegetación con que se solazaba en su retiro de la ciudad morisca. Este año es el segundo que ha pasado en Madrid con sus tías. Su papá ha permanecido todo el invierno en *Tierra seca*, porque los vaivenes atmosféricos de la corte influyen perniciosamente en sus crónicas tenacísimas dolencias..... A la sazón veranean en las favorecidas playas de *Ficóbriga*, y no me desampara la esperanza de que ella con sus hermanos venga en los últimos días de Julio á *Urbona*, para saludar á sus amigas las de *Vallehermoso*, y compartir con ellas las delicias del retiro campestre, en las encantadoras posesiones del *Robledal* ó de *Valmarino*.....

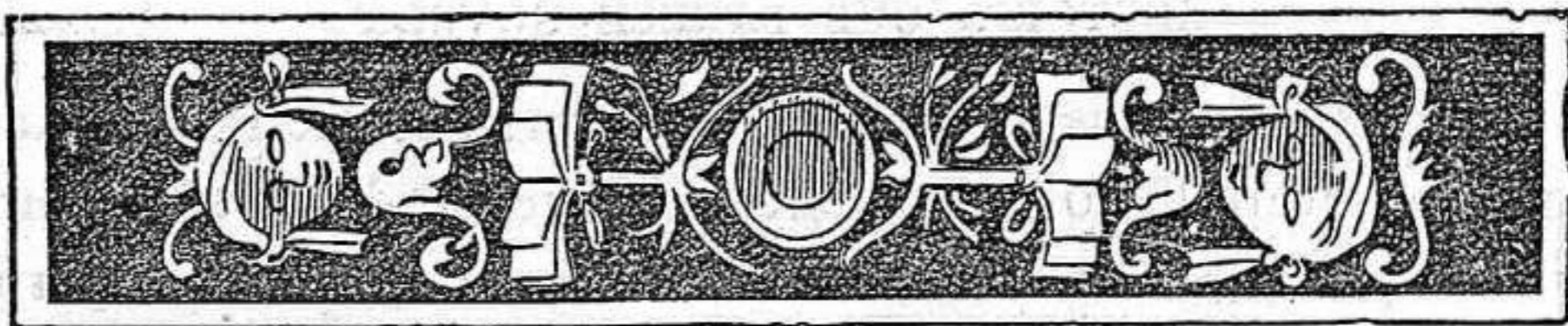
Yo también, quizás el víspera de Santiago, saldré para *Urbona*, donde ya me reclama el cariño de mi familia... ¡Oh Luis! ¿Merezco yo esta embriaguez de felicidad, de que me veo poseído? ¡Ah!... El hombre lleva tan implacables desencantos encerrados en el sepulcro de su espíritu, que cuasi mira con horror la buena ventura, como si presintiera que ha de dejar tras de su paso larga estela de lágrimas y de sangre... Yo de mí sé decirte, Luis, que el desolador vacío de mi alma, se ha llenado con esta inefable adoración de Amparo, excesiva ella sola, para llenar de luz toda una vida... Amigo querido; cuando llegue á mi tierra idolatrada y me pierda en las soledades de mis valles, ó cruce como los antiguos peregrinos por las naves de nuestra catedral grandiosa, á la orilla del mar ó en la cresta de las montañas, el primer misterioso lucero de la tarde, la brisa del crepúsculo, cargada de aromas, los cantares que el viento lleva, el rumor de las olas, ya tempestuoso, ya apacible; el rayo de luz que se cierne por los vidrios de la alta ojiva; la nube de incienso que se eleva como el perfume de las almas á lo infinito; el tañido de las campanas que saludan con el rumor del *Angelus* á la Virgen Madre; el horizonte que corona con sus brumas la cruz de nuestra gótica incomparable torre; las fiestas patriarcales celebradas en el bien oliente campo de la iglesia; mi hogar, mi cuarto, mis libros, mi piano, ahora mudo, como

el arpa de las rimas *becquerianas*; yo mismo, tierra y cielos, todo lo miraré lleno por el perdurable recuerdo de *ella*; como si esta pródiga fecunda naturaleza se exhalara toda en perfumes, en himnos, en rumores, en suspiros, en efusiones de amor para celebrar la apoteosis de Amparo y la luminosa resurrección de mi alma... Adiós. Que te diviertas y ames, y me recuerdes mucho en la romería del Carmen. Dile á la milagrosa Virgen de esa pobre iglesia, que no la olvido, y que he de poner en su altar, como ex-voto, un corazón de plata... Mis sinceros afectos á tus padres, á Soledad, á Blanca, á Bonifacio, y al señor cura, y tú recibe el fraternal cariño de tu amigo, FERNANDO.

ADOLFO DE SANDOVAL.

Oviedo, Octubre 86.





APLICACIÓN

DEL

ANÁLISIS MATEMÁTICO Á LAS DEMÁS CIENCIAS ⁽¹⁾



SEÑORES: La ciencia, en el presente siglo, por sus numerosos descubrimientos y por la utilidad de sus aplicaciones prácticas, se ha conquistado una autoridad tan sólida como universal. Pero la importancia de la ciencia no consiste tan sólo en los problemas que le pertenecen cuyas soluciones ha encontrado, ni en las necesidades de la vida que ha aliviado ó satisfecho: consiste principalmente en la luz vivísima con que ilumina cuestiones, antes oscuras y embrolladas, hoy claras y accesibles para toda inteligencia que no se halle debilitada por la preocupación. Aunque cada una con jurisdicción propia y bien deslindada, la ciencia y la filosofía se compenetran en parte; no es posible á la ciencia, como creen algunos, prescindir de la filosofía; ésta tiene por objeto las primeras nociones de la razón humana, el pensamiento mismo y sus leyes, la esencia de las cosas, los principios supremos del conocimiento y de

(1) Memoria leída en el Ateneo de Madrid por D. Francisco Iñiguez é Iñiguez, secretario de la Sección de ciencias exactas, físicas y naturales en el curso de 1886 á 1887.

la existencia; y como el punto de partida de toda ciencia es un principio del pensamiento puro, anterior y superior á toda experiencia, á la filosofía pertenece señalar la solidez del principio adoptado. Y luego, en el desarrollo sucesivo de las cuestiones que la ciencia estudia, á la filosofía corresponde también apreciar la legitimidad de las inducciones y deducciones, de los razonamientos, en una palabra, que sirven para establecer las verdades sucesivamente eslabonadas. Vemos, pues, que ni en sus comienzos, ni en sus desarrollos, es posible á la ciencia prescindir de las enseñanzas de la filosofía.

A su vez la filosofía no puede separarse de la ciencia, no puede olvidar las afirmaciones de ésta sobre muchos puntos que se relacionan muy estrechamente, ya con la extensión del campo de la metafísica, al cual abre nuevos horizontes, ya con la solución misma de los problemas que ésta estudia, vedándole ciertos caminos, que seguramente la conducirían al absurdo, señalándole otros de resultado cierto más probable. Indicaré muy á la ligera algunos de estos puntos de contacto entre una y otra rama del saber humano.

Penetrando la ciencia en el mundo físico, ha descubierto las leyes mecánicas que rigen los movimientos de las grandes masas y las acciones y reacciones de los elementos atómicos. Analizando detenidamente los fenómenos del mundo material é inorgánico, refiriendo unos como efectos á otros como causas, ha llegado, por síntesis sucesivas, á afirmar que los mencionados fenómenos se reducen todos en definitiva á simples movimientos de un cierto número de elementos materiales, llamados átomos, ponderables unos, regidos por leyes de atracción mutua, imponderables los otros y en continuo estado de recíproca repulsión. Los movimientos de estos átomos, ya de traslación en conjunto, ya de vibración tan sólo, y sus recíprocas influencias, bastan para explicar todos los fenómenos, aun aquellos en los cuales el movimiento es menos perceptible, como el sonido y la luz, la electricidad y el magnetismo, el calor y las acciones químicas. Investigando después cómo se agrupan los átomos para formar los cuerpos y cuál es su naturaleza íntima, ha descu-

bierto que los cuerpos no son masas continuas, que su extensión no está ocupada totalmente por los átomos, sino que éstos se hallan separados unos de otros, mantenidos á distancia por sus acciones mutuas; y en cuanto á la naturaleza de estos elementos materiales, la ciencia afirma, tal es al menos la opinión que reúne hoy mayor suma de autoridad, que los átomos no son otra cosa que simples puntos geométricos, sin extensión, que sirven cada uno de asiento á una fuerza cuyos puntos de aplicación se hallan en los demás. Pero, sea lo que quiera de la extensión de los átomos, lo que importa aquí consignar es que la ciencia enseña que el universo no es una masa continua, sino que se halla formado por la reunión de elementos distintos, resultado que se impone á la filosofía, obligándola á considerar el mundo como limitado en el espacio, puesto que, siendo una suma de elementos, no puede ser infinito en extensión.

Estudiando detenidamente las leyes á que obedecen la propagación y sucesivas transformaciones de la energía, ha descubierto la ciencia que tales transformaciones no se verifican circularmente, restableciéndose en períodos sucesivos el estado inicial, sino que tienen lugar siempre en un mismo sentido, transformándose paulatinamente la energía dinámica en energía calorífica. Y como se demuestra, por procedimientos y métodos cuya exactitud se halla á cubierto de toda crítica, que las leyes físicas son, por todas partes, idénticas, el resultado anterior, aplicado al sistema del mundo, manifiesta de un modo terminante que el universo tiene fin; que del mismo modo que se halla limitado en el espacio lo está también en el tiempo; afirmación que condena al absurdo y á la nada á todo sistema filosófico, cuya base sea la eternidad del universo.

Pero no es la limitación, por decirlo así, de la filosofía la única consecuencia que se deduce de los ejemplos citados: la existencia de los átomos lleva consigo la necesidad de que sean estudiadas su esencia y sus influencias mutuas; la limitación del universo en el tiempo hace surgir los problemas de la creación y del destino futuro de los seres que en ella se comprenden: cuestiones todas que, si por su naturaleza per-

tenecen á la metafísica, no es menos cierto que se plantean como consecuencia de las últimas afirmaciones científicas.

Los fenómenos materiales, como queda dicho, se reducen todos á movimientos regidos por las leyes de la dinámica. Pero la conciencia propia nos revela con evidencia que en nuestros movimientos y aun en nuestras sensaciones hay algo que depende de nosotros mismos; algo que nos coloca sobre el mundo físico, donde todo sucede de un modo necesario; algo, en fin, que nos permite modificar en parte los movimientos atómicos y disponer de ellos convenientemente para lograr fines elegidos de antemano. Tal resultado nos conduce á afirmar que en nuestras acciones existe un principio distinto de los átomos, un principio que goza de espontaneidad y libertad. La existencia de este principio, del espíritu, da origen á una multitud de cuestiones de todas conocidas, que no he de enunciar ahora; sí he de haceros notar cómo surge aquí también una nueva conjunción entre la filosofía, á quien corresponde estudiar la naturaleza del espíritu, y la ciencia, á cuya jurisdicción pertenecen los fenómenos materiales donde el espíritu interviene.

Podría extenderme más en este asunto, tratado con erudición suma por el reverendo P. Carbonelle (1); pero bastan los ejemplos citados para dejar probada suficientemente la afirmación hecha antes, y para que se comprenda también la razón que guía hoy á los filósofos más notables, al buscar en los conocimientos científicos la base para sus teorías. Tan generalmente sentida es actualmente la autoridad de la ciencia, que todos quieren ampararse á su sombra: y se da el caso, por todo extremo curioso, de que los defensores de los mayores absurdos se presentan como los legítimos representantes del progreso científico.

Es, por consiguiente, de importancia suma investigar á qué debe la ciencia la perfección de que procede su autoridad; y á poco que, con tal objeto, se examine su historia, se ve que la fama, justamente conquistada, es consecuencia de la exactitud de los métodos, y principalmente del empleo del

(1) *Les confins de la science et de la philosophie.*—Bruxelas.

cálculo. Es tal la confianza que inspiran las matemáticas como medio de análisis, que se quiere hacer aplicación de ellas á todo género de estudios: ya no se utilizan tan sólo en la astronomía, en la física, en aquellas ciencias, en fin, donde los fenómenos estudiados son completamente mecánicos; aplícanse también á la fisiología, á la psicología, á las ciencias sociales. La consideración de tal universalidad me inclinó á proponer el tema que, aprobado por la Mesa de la sección, he de desarrollar en esta noche, por obligación del cargo con que me honrasteis, y que versa sobre *la aplicación del análisis matemático á las demás ciencias*. Mi principal objeto es dar ocasión para que aquellos que se dedican á estudios relacionados con tema tan importante, nos ilustren con sus conocimientos. Tened, pues, indulgencia para mi trabajo; corregid sus errores y llenad sus vacíos; así el resultado será perfecto en lo posible, y por mi parte quedaré una vez más obligado á rendiros el tributo de gratitud y reconocimiento de que por tantos motivos os soy ya deudor.

*
* *

Todo el valor de las matemáticas, como medio de investigación científica, consiste principalmente en la seguridad de su razonamiento y en su poder analítico. Por complicadas que sean las relaciones que existen entre las variables diversas que intervienen en un fenómeno, las matemáticas conducen á la inteligencia, con seguridad, hasta las conclusiones más extremas y dan la manera de señalar á cada elemento la parte que en el fenómeno le corresponde. Las matemáticas son además un lenguaje cuya claridad y concisión supera á las de cualquier otro. «No hay expresión retórica, ha dicho un sabio eminente, que pueda compararse en elegancia con una fórmula matemática.» Pero en esta propiedad, á que las matemáticas deben tanta parte de su importancia, consiste también la mayor dificultad de su empleo; porque en las verdades matemáticas no caben aproximaciones, son todo lo que son ó no son nada. Si pierden precisión los términos usados, las proposiciones enunciadas dejan de

ser ciertas; no siendo posible, por lo tanto, variar en lo más mínimo el significado de las palabras y modos de expresión adoptados por los matemáticos: el olvidar esto conduce frecuentemente á resultados absurdos, ó cuando menos inútiles, á los que, engañados por la significación que en el lenguaje ordinario tienen los términos mencionados, no los emplean en su verdadero sentido.

Compréndese ya con lo dicho lo que son las matemáticas como medio de investigación y demostración científicas: un lenguaje claro y preciso, un modo de razonar breve y seguro y un medio poderoso de análisis. Pero la base que les sirve de punto de partida les es extraña por completo, consistiendo ya en una ley experimental, ya en una hipótesis muy probable; y nada darán las matemáticas que no esté contenido en esa ley ó esa hipótesis, deduciéndose de aquí con cuánto cuidado debe procederse en la elección del principio fundamental que en una ciencia cualquiera ha de dar entrada al cálculo.

El análisis matemático, dice Moutier (1), es como un buen molino; si ponemos en él buen trigo, obtendremos excelente harina. Por otra parte, el depósito más abundante del mejor trigo valdría bien poco si no dispusiéramos de molinos que lo trasformasen. Lo propio sucede con los resultados de la experiencia, que son aquí el grano; mucho valen de por sí, pero sin el cálculo sería imposible conocer todo lo que en ellos se encierra.

Tratemos ya de comprender de qué manera penetran las matemáticas en las demás ciencias. Un examen, siquiera sea muy rápido, de aquellas que por su precisión y por sus procedimientos parecen á primera vista una rama de las matemáticas puras, será muy provechoso para nuestro objeto, pues á la vez que nos permitirá apreciar en su justo valor la importancia y la índole del procedimiento matemático, nos proporcionará el criterio seguro para juzgar otras ramas del conocimiento á las que tal método pretende aplicarse. La astronomía es el mejor ejemplo que podemos elegir; la física tam-

(1) Moutier — *La Thermodynamique*. París, 1885, pág. 189.

bién nos dará alguna enseñanza; examinemos á grandes rasgos la historia de la primera.

**

El espectáculo que los cielos nos ofrecen ha sido siempre demasiado magnífico para sustraerse á la atención de los hombres. La idea primitiva acerca del universo no podía, sin embargo, ser más rudimentaria: una inmensa cúpula sobre un plano horizontal. Los viajes hicieron comprender bien pronto que la base de tal cúpula no está tan cerca como acusan las apariencias: el cambio de aspecto del cielo, al trasladarse el observador de un punto á otro bastante distante sobre la superficie de la tierra, manifestó claramente que la bóveda estrellada no se limita á cubrir el horizonte, sino que envuelve por completo á nuestro globo. El paso de un concepto á otro debió ser rápido, verificándose tan pronto como la especie humana ocupó una extensión ya considerable sobre la superficie terrestre, pues basta la contemplación del cielo para hacer tal descubrimiento.

Las necesidades de la agricultura y de la navegación transformaron á los astrónomos de contempladores en observadores: pronto descubrieron que hay astros aparentemente fijos y astros que ocupan sucesivamente posiciones distintas; observaron los eclipses de sol y de luna y registraron sus fechas; y comparando éstas, al cabo de algún tiempo notaron que tales fenómenos se suceden con sujeción á un orden determinado.

Hasta llegar aquí, no era posible una astronomía con carácter científico; pero una vez conocidos los movimientos del sol y de la luna, la causa de sus eclipses y de las fases de la última, los planetas y sus revoluciones, la esfericidad de la tierra y su tamaño, fué ya llegado el momento de pensar en las leyes de los movimientos celestes.

Pocas noticias nos quedan de los astrónomos primitivos, pero bastan para comprender cómo unos observadores privados de todo medio auxiliar, llegaron con sólo su ingenio á hacer descubrimientos tan importantes. Para observar con

cierta facilidad habían dividido la esfera celeste en constelaciones, mereciendo atención preferente las doce del Zodiaco, dentro de las cuales se verifican siempre los movimientos del sol, la luna y los planetas entonces conocidos.

Los primeros datos numéricos que encontramos en la astronomía antigua son los relativos á la duración del año, corregida sucesivamente hasta llegar casi á la exactitud; la del mes, acomodada al movimiento lunar, y los períodos de larga duración, al cabo de los cuales, restablecidas las posiciones relativas del sol y de la luna, los eclipses se repiten en el mismo orden, y es posible anunciarlos con seguridad suficiente. La semana, período el más antiguo y sin duda el más universal, puesto que en todos los pueblos, desde la China hasta el Atlántico, era la misma, tuvo un origen á la vez astronómico y religioso.

No habían pasado de aquí los conocimientos astronómicos entre los chinos y los caldeos, los indios y los egipcios.

Los griegos consideraron la astronomía como ciencia puramente especulativa: no eran observadores, y sus teorías en general, lejos de ser provechosas, han sido más bien una rémora para el progreso científico.

Hasta la escuela de Alejandría, la astronomía práctica no gozaba de mayor prosperidad que la teórica; el gnomon, varilla ó columna vertical, que servía para medir la extensión de la sombra proyectada por el sol al mediodía, era el aparato, único casi, empleado por los astrónomos: los de la mencionada escuela, fundada 300 años antes de Jesucristo, observaban ya sistemáticamente: empleaban aparatos ideados con un fin matemático; fijaban la posición de las estrellas por longitudes y latitudes, y análogamente los puntos de la tierra, y en fin, poseían una geometría bastante adelantada, y una trigonometría, si no tan perfecta como la actual, lo suficiente para las necesidades de sus cálculos. Con tales medios, pudieron apreciar mejor los detalles de los movimientos celestes, y hacer mediciones que, aun distando mucho de la realidad, permitieron comprender que la distancia que separa á la tierra de las estrellas es inmensamente grande con relación á la que media entre ella y los planetas. Estos nue-

vos conocimientos hicieron que se modificase el concepto primitivo del universo, pues no era posible ya considerar á los astros todos como fijos sobre una esfera cristalina; los datos adquiridos acerca del movimiento de los planetas permitieron idear un sistema astronómico, el primero que en la historia de la ciencia merece nombre de tal.

La única rama de las matemáticas que entonces tenía algún desarrollo era la geometría, y ella sola intervino en el sistema que lleva, como es sabido, el nombre de Ptolemeo, y data del siglo II de nuestra era. Muy imperfecto ciertamente, lo que era debido en parte á las escuelas filosóficas griegas, según las cuales, el único movimiento posible para los astros es el circular y uniforme, realizaba, sin embargo, un fin científico, en cuanto, por combinaciones de círculos, permitía representar y someter al cálculo los movimientos celestes.

Lo dicho hasta aquí nos permite ya ver cómo por el empleo de las matemáticas, hechos observados aisladamente se agrupan constituyendo teoría y adquieren carácter científico. Para lograrlo no bastó observar, medir y comparar magnitudes, distancias y tiempos; se necesitó, además, una doble hipótesis, á saber: que la tierra se halla inmóvil en el centro del universo, y que los movimientos de los astros son uniformes y circulares. Ambas eran falsas, pero, así y todo, fueron base de progreso. Porque las hipótesis, cuando están bien establecidas, no olvidando su carácter, son uno de los auxiliares más poderosos de la ciencia. El espíritu humano, dice Laplace (1), necesita de hipótesis para relacionar entre sí los fenómenos y determinar sus leyes; limitando las hipótesis á este uso, evitando el atribuirles realidad y verificándolas sin cesar por nuevas observaciones, se llega por fin á las verdaderas causas, ó á lo menos es posible suplirlas y deducir de los fenómenos observados, los que circunstancias dadas deben ocasionar.

Los árabes extendieron por Occidente los conocimientos de la escuela de Alejandría; perfeccionaron con sus trabajos los datos de la observación; pero no modificaron absolutamente

(1) *Œuvres complètes de Laplace*.—París, 1884. Tomo VI, pág. 420.

nada de los principios. Con aparatos más delicadamente contruídos, y con el trascurso del tiempo, único elemento de que los astrónomos no disponen á su arbitrio, fueron descubriéndose nuevas particularidades de los movimientos planetarios; pero cada nuevo detalle que la observación hacía percibir en el movimiento de un planeta, obligaba generalmente á añadir un círculo más á los muchos que desde el principio se necesitaron para hacer concordar la observación con la teoría. Así sucedió que la acumulación de círculos, y de círculos sobre círculos, llegó á ser tal, que la inteligencia se abrumaba al contemplarlos. Cuéntase que, con tal motivo, dijo en una ocasión nuestro Rey sabio ante su consejo de astrónomos: «Si Dios me hubiese consultado al hacer el mundo, las cosas habrían resultado mejor hechas;» frase notable que revela cuánto desconfiaban los astrónomos de su propia obra, al comparar tanta complicación con la sencillez que caracteriza todas las de la naturaleza.

Dos causas se oponían al progreso científico en la Edad Media: consistía la una en que no preocupaba á los hombres de ciencia la idea de causa, y la otra en el aislamiento en que vivían. Satisfacíanse con poder explicar las particularidades de los fenómenos y no trataban de elevarse al conocimiento de las causas que los engendran; no había comercio de ideas entre los sabios y cada uno se veía en la necesidad de serlo todo, geómetra, físico, astrónomo. Uno y otro obstáculo desaparecen en los comienzos de la edad moderna; ya la inteligencia no se satisface con hechos y quiere conocer sus causas, y por otra parte, la división del trabajo, tan necesaria para todo progreso, queda perfectamente lograda con el establecimiento de las sociedades científicas. Con razón se ha llamado del *renacimiento* á aquel período notable de la historia; parece que nueva vida anima á la humanidad; los genios se suceden sin interrupción, créanse ciencias hasta entoces ignoradas, ó se perfeccionan rápidamente las ya conocidas: el progreso es general.

La astronomía participó también de aquella universal transformación. Ya el cardenal Cusa había resucitado las ideas de los pitagóricos sobre el movimiento de la tierra; pero

la gloria de haber perfeccionado el sistema astronómico se debe á Copérnico. Gracias al talento y á la energía del sabio canónigo de Thorn, la tierra ocupó en el sistema planetario el lugar que le corresponde; su movimiento de rotación explicó con toda sencillez el movimiento diurno de los astros; su traslación en torno del sol, unida á la de los otros planetas explicó las particularidades más raras que éstos ofrecen, las estaciones y retrogradaciones; en fin, la nueva hipótesis, y digo hipótesis, porque nada más era aún la idea del movimiento de la tierra, ofreció una base segura para calcular la relación numérica que existe entre las distancias de los cuerpos del sistema solar, cosa no lograda hasta entonces. El sistema de Copérnico corrigió así una de las inexactitudes fundamentales del sistema de Ptolemeo, la relativa á la inmovilidad de la tierra, pero dejó subsistir la que se refiere al movimiento circular, siendo notable que una inteligencia tan independiente como la de Copérnico, no supiera sustraerse á la influencia, aún dominante, de la filosofía griega, defecto que se nota en muchas partes de su obra.

Comparando ahora los dos sistemas, el de Ptolemeo y el de Copérnico, bajo el punto de vista que se refiere á nuestro tema, podéis ver claramente una de las particularidades que, al principio señalé sobre el poder analítico de las matemáticas. La parte de éstas que interviene en uno y otro sistema, es la misma, la geometría tan sólo; la diferencia de resultados consiste únicamente en la de los puntos de partida. Supuesta la tierra inmóvil, era necesario explicar las particularidades todas del movimiento como fenómenos propios exclusivamente de los planetas; en cuanto á distancias relativas de éstos, las hipótesis admitidas nada encerraban, y las matemáticas nada podían deducir. Admitiendo, al contrario, con Copérnico el doble movimiento de la tierra, se hacía preciso considerar los fenómenos de los movimientos planetarios como reales en parte, y en parte como aparentes, por reflejarse en ellos, en cierto modo, el movimiento de la tierra; además, trasladándose ésta de un extremo á otro de su órbita, daba una línea de apoyo para referir á ella las distancias planetarias. No se conocía aún la extensión de dicha

línea; pero sí podían calcularse las relaciones numéricas que existen entre ella y todas sus análogas, y más tarde, sería posible, por una sencilla operación de aritmética, pasar de magnitudes relativas á magnitudes absolutas, tan pronto como el valor del diámetro de la órbita terrestre fuese conocido.

Posteriormente á Copérnico aparece la figura de Tico-Brahe. Su sistema astronómico fué seguramente un retroceso, pues, creyendo establecer otro distinto, no hizo en realidad más que resucitar el mismo de Ptolemeo. Pero en cambio, observador infatigable y mimado de los poderosos, tuvo cuanto se necesitaba para dejar á sus sucesores una preciosa colección de observaciones astronómicas de notable exactitud.

Le heredó Keplero, hombre de ingenio sutil y de constancia imperturbable, aunque de ideas algún tanto extraviadas por ilusiones metafísicas, que le perjudicaron bastante, ocupándole mucho tiempo en trabajos estériles y retrasando sus descubrimientos. Al fin, de una parte el conocimiento de la elipse hipérbola y parábola, de las secciones cónicas, en una palabra, estudiadas ya por los geómetras griegos, y de otra el estudio minucioso de las observaciones de Tico-Brahe, le condujeron á afirmar que la curva realmente descrita por los planetas en sus revoluciones no es el círculo, sino la elipse, y que el sol no se halla en el centro, sino en uno de los focos de dicha elipse.

Diez y ocho siglos, nada menos, fueron necesarios para que así quedase corregido el segundo error fundamental de los astrónomos de Alejandría, hijo de las ideas dominantes en la filosofía griega. Esto indica cuánto perjudican, cuánto pueden retrasar el adelanto de las ciencias, las preocupaciones de los que á su estudio se dedican.

Para que un filósofo—dice Laplace (1)—sea útil al progreso científico, es necesario que reúna una imaginación profunda, una gran severidad en el razonamiento y en las experiencias, y que se vea atormentado á la vez por el deseo de elevarse á las causas de los fenómenos y por el temor de en-

(1) Lugar citado, pág. 441.

gañarse al aceptar las que él mismo les asigna, regla muy sabia, cuyo desconocimiento ú olvido ha hecho que mueran en el descrédito multitud de especulaciones, que teniendo apariencias de realidad, se ha encontrado, al someterlas al análisis, no ser más que parto de la imaginación.

Abandonados ya los cielos sólidos de los antiguos, preocupaba á los astrónomos el conocimiento de la causa que retiene á los planetas en sus órbitas. Copérnico vislumbró ya la fuerza de la gravitación, Keplero llegó á formularla con suficiente claridad, pero su establecimiento definitivo pertenece á Newton.

Anteriormente á él, Descartes había tratado de explicar la causa del movimiento de los planetas, ideando, con tal motivo, su sistema de los torbellinos, obra por mil conceptos extravagante é impropia de la inteligencia de su autor.

Cuando Newton se entregaba á sus trabajos más importantes, las matemáticas habían alcanzado ya gran desarrollo. El álgebra estaba formada, se había descubierto la trigonometría de senos; Descartes había ideado la geometría analítica; eran conocidos los principios del cálculo infinitesimal; Galileo había descubierto las leyes de la caída de los cuerpos y echado los cimientos de la mecánica; Huygens había encontrado las leyes de la transmisión del movimiento, había estudiado la fuerza centrífuga y dado á conocer la teoría del movimiento sobre las curvas; Hoocke había hecho ver que el movimiento de los planetas es el resultado de una fuerza de proyección tangencial respecto de la órbita y otra atractiva dirigida hacia el Sol; Picard, en fin, había medido un arco de meridiano, que permitía calcular con suficiente aproximación el radio terrestre.

Newton imaginó que la fuerza atractiva del sol respecto de los planetas, y de éstos sobre sus satélites, debe ser análoga á la que hace descender los cuerpos en la superficie de la tierra: el cálculo confirmó su teoría, permitiéndole establecer que los cuerpos celestes se hallan dotados de fuerza de atracción recíproca, proporcionales á las masas, y que varían en razón inversa de los cuadrados de las distancias, único principio sobre que descansa desde entonces toda la mecánica celeste.

Considerando luego las fuerzas de los astros como resultantes de las acciones de sus moléculas, extendió á éstas la ley, por él descubierta, que ha sido después constantemente confirmada, y que es la más general que se conoce.

Descubierta esta ley, las matemáticas se enseñorearon por completo de los espacios celestes: su sola aplicación ha permitido explicar todos los fenómenos del movimiento planetario; hacer descubrimientos notables como el del planeta Neptuno, y dar la demostración experimental del movimiento de rotación de la tierra, que dejó así de ser hipótesis, como sucedió más tarde con el movimiento de traslación, cuando teniendo bastante alcance el anteojo y precisión suficiente la aplicación del mismo á medir ángulos, se descubrió el fenómeno de la *aberración*.

Los adelantos de la física moderna y el perfeccionamiento de los telescopios han permitido á los astrónomos extender sus investigaciones hasta las estrellas llamadas fijas: el resultado ha sido encontrar en todas partes las mismas leyes, no sólo mecánicas, sino físicas y químicas. Entre los servicios prestados por la física á la astronomía es notable por su trascendencia la explicación dada por la termodinámica de la pérdida de velocidad de la rotación terrestre, debida al choque sobre las costas del agua elevada en las mareas, descubrimiento importante, por cuanto fijando un límite á la antigüedad de la tierra, lo señala también á los partidarios de ciertas teorías, que exigen como indispensable base un tiempo indefinido.

Aunque el principio único de la gravitación universal permite explicar racionalmente los movimientos celestes, sin embargo, su aplicación es penosa, á causa de que cada astro tiene ciertos elementos numéricos, constantes, que es preciso determinar para introducirlos en las fórmulas generales. Las leyes de Kepler establecen relaciones entre algunos de estos elementos, pero las que ligan á la mayoría de ellos son desconocidas. Las teorías cosmogónicas modernas tienden á llenar este vacío, pero la de Laplace fué estéril bajo este punto de vista, circunstancia nada extraña, puesto que recientemente se ha demostrado la falsedad de una de las hipótesis

fundamentales. A la teoría de Laplace ha sucedido la de Faye, tan reciente, que los astrónomos no han tenido tiempo aún de deducir de ella consecuencias útiles, limitándose á demostrar que satisface plenamente á las exigencias de la observación.

La teoría de los errores es un descubrimiento importantísimo, que no es posible omitir, cuando se trata de la aplicación de las matemáticas á las ciencias de observación.

Los observadores antiguos ponían todo el esmero posible en la construcción é instalación de sus aparatos, y tomaban luego como exactas sus indicaciones; los modernos no descuidan nada de lo que tanto atendían sus antecesores, pero saben que, apesar de los adelantos de las artes, todo aparato, por perfecto que sea, tiene ligeros defectos, que influyen sobre el resultado de las observaciones con él ejecutadas. Averiguan, pues, qué errores encierra el aparato, determinan la magnitud de los mismos con cuidado escrupuloso, y así pueden siempre corregir la influencia de tales errores en los resultados de la observación. Pero, además de estos errores, llamados constantes, cuya causa es conocida, existen otros debidos á una porción de concausas imposibles de determinar, debiéndose á ellos que una misma operación, ejecutada varias veces, dé resultados distintos; pues bien; los matemáticos han encontrado medios para deducir de un cierto número de resultados afectados de algún error, los valores más probables de los elementos buscados, señalando á la vez el límite del error cometido. Y como en la práctica no se necesitan resultados exactos, sino aproximados, según los casos, se comprende la importancia de una teoría, que, no sólo hace lo que acabo de decir, sino que, señalada de antemano una cantidad como límite del error aceptable en un resultado, indica qué número de observaciones deben hacerse, qué exactitud deben tener los aparatos y en qué orden se deben suceder los trabajos. Todo esto da de sí el método moderno de observación, hijo de la teoría famosa de las probabilidades, que habiendo comenzado por ser nada más que pasatiempo de geómetras, ha llegado á convertirse en una de las ramas más fecundas de las matemáticas.

No son hasta ahora muchas las relaciones descubiertas entre nuestro pequeño mundo solar y el inmenso de las estrellas llamadas fijas; ha podido, sí, saberse que sus elementos químicos son los mismos y que la ley de gravitación existe del mismo modo en todo el universo. Observando los diversos grupos ó aglomeraciones de materiales cósmicos que en forma nebulosa aparecen diseminados en el espacio, se ha encontrado que todos ellos pertenecen al sistema de la vía láctea, que no hay, como se creía, varios universos, varias acumulaciones de estrellas análogas á la que encierra nuestro mundo, y que esas nebulosas de luz blanquecina, donde el telescopio no revela astro alguno, son y serán siempre lo mismo que ahora, gases tan sólo, si otro cuerpo celeste no las arrastra y las condensa sobre sí mismo; desengaño grande, para los que en todo quieren ver una serie de evoluciones constantemente renovadas.

Analizando, en fin, las condiciones de habitabilidad de los mundos, y no olvidando que las leyes naturales son las mismas en todo el universo, la ciencia enseña que, entre el conjunto de soles que pueblan la inmensidad, los que son dentro de un sistema planetario análogo al nuestro, constituyen la excepción, y que, aun dentro de nuestro mismo sistema, si hay planetas habitados además de la tierra, lo son el menor número. Como se ve, la ciencia ni afirma ni niega la posibilidad de que los cuerpos celestes se hallen habitados; lo que sí establece es que la inmensa mayoría de ellos ni han tenido ni tienen, ni tendrán habitantes, reduciendo así á otros tantos sueños de la imaginación ciertos trabajos, por otra parte muy apreciables, en los cuales sus autores llegan hasta dibujar la forma de los seres organizados que pueblan los astros, y aun á detallar el carácter y las costumbres de las *humanidades*, según las llaman, que en ellos habitan.

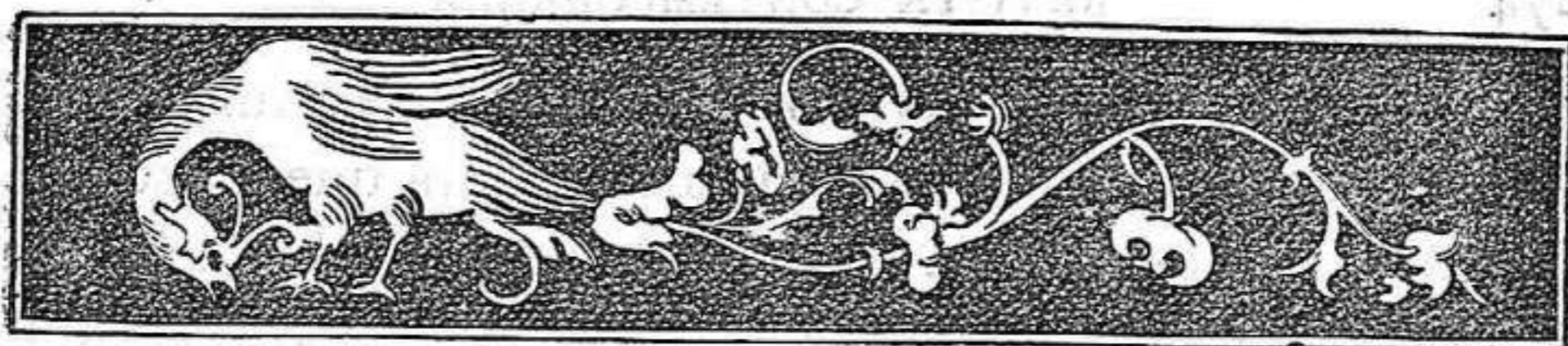
Volviendo ahora la vista al cuadro rápidamente bosquejado del progreso astronómico, encontraremos importantes consecuencias, con relación al tema que nos ocupa. Los astrónomos primitivos recogen multitud de hechos; los de Alejandría imaginan el primer sistema del mundo asentado sobre dos hipótesis falsas, y como conocimientos auxiliares

emplean la geometría y una trigonometría de cuerdas: el sistema, como deductivo, resulta infecundo, á causa de la falsedad de sus principios fundamentales, y lejos de ceñirse los descubrimientos nuevos á las previsiones de los astrónomos, son éstos los que trabajan para hacer al sistema acomodarse á la realidad. Hemos visto á Copérnico corregir uno de los errores de Ptolemeo, dejando subsistir el otro; con esto el sistema se simplifica, pero su fecundidad habría sido bien escasa; hasta Keplero toda ley astronómica es desconocida. Keplero revela al mundo las leyes por él descubiertas, y el sistema planetario llega así á su mayor sencillez geométrica: la base que ofrece es ya real, y la aplicación de las matemáticas puede dar resultados positivos. Los astrónomos, partiendo de las leyes de Keplero, comprenden que se hallan ante un problema mecánico, y Newton les da la ley de la fuerza única que deben considerar. Ocúpanse desde entonces en formular el problema bajo todos sus aspectos y en idear medios teóricos y prácticos para resolverlo; las Matemáticas manifiestan su poder como medio de análisis; en Astronomía geométrica se llega á un grado de perfección ideal, como lo prueban fenómenos con tanta frecuencia predichos y que jamás dejan de presentarse en la hora, minuto y segundo anunciados; en Astronomía mecánica la perfección de los resultados no es menor, pero los procedimientos son penosísimos por el relativo atraso de los medios teóricos.

Resulta, pues, que hasta tanto que, por una observación minuciosa, donde toda causa de error haya sido prevista y separada su influencia, se hayan valuado las cantidades que intervienen en una clase de fenómenos y después se hayan encontrado relaciones constantes entre los diversos elementos que intervienen, y, en fin, se hayan establecido afirmaciones definitivas ó hipotéticas, pero de carácter fundamental, la aplicación de las matemáticas resulta casi estéril, y la mayor parte de las veces conduce al absurdo.

Tal es, convertida en regla general, la enseñanza que se saca de la ciencia de observación que se halla á mayor altura. Esto mismo se desprende del estudio histórico de la Física.

(Se continuará.)



REVISTA CRÍTICA

EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.—LECCIONES DE FÍSICA TERRESTRE
POR EL P. A. SECCHI



OS nuevos artículos ha publicado el Sr. X en el periódico *El Día*, los cuales dicen así:

«Habíamos creído á Escalada capaz de convencerse de la poca fortuna con que critica el Diccionario de la Academia, y por esto nos despedimos del lector. Pero no podemos resistir al deseo de señalar algunos de los errores en que últimamente incurre.

Pasaremos por alto la pesadilla de Escalada sobre si se venden más ó menos ejemplares del mencionado léxico, cosa que no se nos alcanza por qué le tiene con tanto cuidado; no nos fijaremos en que dice que el 30 de Diciembre es «el día después del de los Santos Inocentes;» ni haremos caso de su anuncio de estar imprimiéndose un libro por un bachiller más ó menos gracioso, lo cual confirma «que todo se pega, menos la hermosura,» y empezaremos copiando este párrafo: «... el verbo CARPIRSE significa quejarse, lamentarse, dolerse, y no *veñir*, *pelear* ni *avañar*, como ellos (los académicos) dicen. Sobre lo cual no vale salir citando alguna autoridad más ó menos oscura y discutible, sino preguntar en León, Asturias y Santander, que es donde más se usa.»

Quien, para probar que el vocablo *mimbre* es femenino, dió más importancia á un cantar de su cocinera que á escritores insignes, no nos extraña que considere autoridad «más ó menos oscura y discutible» á Cervantes, el cual dice en la primera parte del *Quijote*, capítulo 52:

«Mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo... En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se *carpían*...»

Y Gómez Manrique, en su *Composición á la muerte del Marqués de Santillana* (Cancionero general. Amberes, 1573), se expresa así:

«Ví por orden assentadas
siete donzellas cuytadas
del mismo paño vestidas,
sus lindas caras *carpidas*
y las cabeças messadas.

.....

Y con sus manos rompían
sus caras que relucían
y messauan sus cabeças
sobre las quales en pieças
las ricas tarjas frañían.»

Y Rivadeneyra en la vida de Santa Bárbara (*Flos Sanctorum*):

«Mandó á dos verdugos, hombres valientes y de grandes fuerzas, que con peines de hierro rasgassen los costados de la santa doncella, y después de rotos y *carpidos* poner hachas encendidas.»

Además Terreros define el verbo *carpir* diciendo que significa «rasgar, arañar,» y Covarrubias que equivale á «rasgar, hender, arañar.» La Academia advierte que es verbo anticuado. ¿Será más exacto lo *oído* por Escalada que lo *escrito* por Cervantes, Gómez Manrique, Rivadeneyra, Terreros y Covarrubias?

Afirma luego que no se emplea la voz *CARQUEXIA* para designar una planta, y se sorprende de que se indique en el Diccionario que hay varias especies de aquella leguminosa. Pues bien; D. José Celestino Mutis dice en su «Relación del viaje de Madrid á Cádiz en el año 1760,» manuscrito que se conserva en el Jardín Botánico de Madrid, que en Castilla se llama *carquexia* á un vegetal denominado técnicamente *Pterospartum sagittale*. También lo citan con el mismo nombre vulgar: Cienfuegos; D. Pedro Bassagaña (*Flora médico-farmacéutica abreviada*. Barcelona, 1859); Colmeiro (*Diccionario de los diversos nombres vulgares de plantas*. Madrid, 1871); Orio (*Elementos de Botánica*. Madrid, 1874); Cutanda (*Manual de botánica descriptiva*); G. de la Puerta (*Tratado práctico de determinación de plantas*), etc.

Igual nombre da al *Pterospartum tridentatum*, D. Bernardo Cienfuegos en la «Historia de las plantas,» manuscrito del año 1627, que existe en la Biblioteca Nacional, y asegura que así se la designa «en las montañas de León,» esto es, en la parte de España á donde tan frecuentemente acude Escalada en confirmación de sus asertos. Sostiene lo mismo D. Francisco M. Nipho (*Correo general de España y noticias importantes de Agricultura, Artes, etc.* Madrid, 1769 á 71). Y la citan el célebre D. Simón de Rojas Clemente, D. José Planelles (*Ensayo de una flora fanerogámica gallega*. Santiago, 1852), y D. Vicente Cutanda (*Flora de Madrid y su provincia*. Madrid, 1861). Existe, pues, la planta *carquexia* y hay más de una especie.

Hace después Escalada una porción de aspavientos porque se dan en el Diccionario como sinónimas las voces *carraca* y *matraca*.

El padre Terreros, que debía conocer bien este instrumento, hace también sinónimas ambas voces en la acepción de instrumento que se usa en las iglesias.

En portugués, *matraca* significa lo mismo que *carraca* en esta acepción, y *carraca* sólo significa buque.

Clairac (*Dicc. de Arq*) dice: «*Carraca*.—Instrumento de madera que en Semana Santa se toca en las iglesias en vez de campanas. Son de formas muy variadas, consistiendo por

lo regular en tablones que baten martillos movidos por algún aparato. También se llaman *matracas*.»

Precisamente porque el vocablo *carraca* tiene, entre otras, las acepciones relativas al instrumento que en las iglesias se usa en vez de campanas, y al que los muchachos tocan al concluirse las tinieblas, se incluyen dos definiciones en el Diccionario, lo cual censura Escalada, porque no entiende lo que lee ó no quiere entenderlo.

Lo que dice respecto al artículo *carral*, no vale la pena de detenerse á refutarlo, ni tampoco hay para qué cuidarse de que asegure que «el *barril* es de barro» y no más que de barro, porque bien saben todos, sin ir á preguntarlo á León, que con aquella voz se designan más á menudo vasijas de madera, y menos comúnmente, otras de barro.

¡Qué ingenioso es Escalada, y de qué manera tan hábil entretiene á los lectores de *El Imparcial* con sus *concienzudas* críticas!»



«Dos columnas de *El Progreso* ha ocupado Escalada, no para defender sus desdichadísimos ataques al Diccionario, sino para revolveirse iracundo contra el autor de estos artículos, hilvanando inexactitudes y falsedades sin número. ¿Hay prueba más elocuente de que sus biliosas censuras no resisten á la luz de la razón? ¿Importa algo para demostrar el acierto ó desacierto de estos artículos que su autor sea ó no ingeniero?

A lo que Escalada dice en su artículo de 30 del mes último, contestaré sencillamente que:

No es cierto que en *El Correo* ni en ningún otro periódico, haya escrito yo nunca en contra de la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico. Dígalo el Sr. Ferreras, amigo del Sr. Escalada y mío.

No es cierto que se me haya concedido sueldo alguno en el mencionado Instituto. Sirvo en éste como geodesta y con el mismo haber que disfrutaba ya bastantes años antes de ser trasladado á aquel centro.

No es cierto que el periódico *El Resumen* haya recibido cien pesetas por publicar un artículo mío en contra de Escalada. Dicho diario es sobrado independiente y digno para no prestarse á trato tan miserable, que tampoco le había de proponer la Academia Española. Si *El Resumen* hubiese advertido la falsa imputación de Escalada, la habría rechazado con energía.

No es cierto que el Diccionario no se venda. Ahí está el comunicado de la respetable viuda de Hernando, en el cual se asegura que en poco más de dos años se han despachado diez mil ciento ochenta ejemplares de la duodécima edición.

No es cierto que haya pactado yo ninguna remuneración con la Academia por redactar unos artículos que de *mutu proprio* he escrito, por molestarme la osadía con que Escalada ha querido censurar definiciones de palabras de las que no tiene la menor idea. Tocante á eso de la remuneración, podría recordársele á Escalada que «quien las hace las imagina.»

Por lo demás, aun concediendo que en un periódico haya firmado yo con una inicial y en otro con otra, he estado en mi derecho, como lo está Miguel de Escalada valiéndose unas veces de este seudónimo, firmando otras Venancio González, otras Raimundo Fernández, etc., etc.

¿Que mis artículos son malos? Pues malos y todo, no ha tenido una palabra que replicar á ellos el virulento censor, á quien con justicia compara á Cataclismo el sabio catedrático Quintilius. ¿Que mis artículos los reproduce la REVISTA CONTEMPORÁNEA? Hace perfectamente y se lo agradezco.

Si yo procediese con la ligereza que Escalada, podría atribuirle el suelto del *Rigoletto*, en que se truena contra *El Imparcial* suponiéndole «accesible á los asaltos de la opulenta corporación (la Academia),» y no me faltaría motivo, porque en aquel semanario escribe muy aménudo dicho periodista.

Y á todo esto, ¿qué tienen que ver estas cosas con el Diccionario? ¿Por qué acude Escalada al pueril recurso de inventar compras y ventas, burlarse de *El Correo*, periódico al que debiera estar agradecido, publicar chismes y ensartar majaderías? ¿Por qué no se ocupa en demostrarnos que no ha dicho que todos los carbonatos de cobre son azules; que el caramillo

no es una planta; que el *abedul* no tiene las hojas dentadas; que definir un vegetal diciendo que sus hojas son aovado-agudas es un disparate?

¿Por qué no demuestra que no se llama *cardenillo* al carbonato de cobre; que «hacerse agua de cerrajas» no es frase castellana; que *cabellera* no significa nunca pelo postizo; que *abigotado* no es el que tiene bigote; que *acivilar* no es envilecer; que *albañilería* no es el arte de construir edificios; que *azogar* no es apagar la cal rociándola con agua? ¿Por qué no prueba que el *acial* se compone siempre de dos palos y nunca de uno; que *acogollar* no es cubrir las plantas con esteras, tablas ó vidrios para defenderlas de los hielos ó lluvias; que *aladrar* no significa arar, y sí sólo corromperse la carne; que el *álamo negro* es otra especie de álamo llamado olmo y negrillo; que *judía* no es un nombre, sino un apodo burlesco de la alubia; que la *lila* no es arbusto sino árbol? ¿Por qué no se detiene á explicarnos el motivo de haberse burlado de que la Academia diga que el *abadejo* abunda en el banco de Terranova; de que niegue la existencia del pájaro denominado *aguzanieve*; de que asegure que la *baldosa* es siempre basta? ¿Por qué no insiste en afirmar que el *adobe* no es un ladrillo crudo; que la *cabra montés* no tiene los cuernos más grandes que la común; que *baluma* no significa nada; que *canaliega* no es lo mismo que canal; que se dice *barazón* y no *barzón*, *camba* y no *cama*; que el bermellón no puede ser cinabrio reducido á polvo, ni el *calidoscopio* encerrar dos espejos, ni *canal* vale tanto como teja delgada, ni *carpir*, reñir, pelear ó arañar; ni *carquexia* ser el nombre genérico de varias plantas leguminosas, ni la voz *carraca* sinónima de *matraca*?

Cuide, si puede, de defender estas y muchas otras cosas peregrinas que ha dicho, y no trate de escaparse por la tangente llevando la cuestión al terreno de las personalidades. Se lo indico, no porque tema nada en este ni en ningún otro, sino porque creo inoportuno el momento. Después que Escalada pruebe la verdad de sus aseveraciones, no me importa que se dedique á descubrir defectos en el autor de estos artículos, siquiera se exponga con ello á que alguien le aplique la fábula de Iriarte titulada *El cuervo y el pavo*, la cual

parece compuesta para el crítico de *El Imparcial*, si no lo hubiera sido ya para otros escritores no menos singulares y estrambóticos.»

*
* *

Hace poco tiempo hablamos de la magnífica obra titulada *Autores dramáticos contemporáneos*, que se publicó merced á la firme voluntad de un marino ilustre, D. Pedro de Novo y Colson. Ahora nos toca hacer algunas indicaciones acerca de un libro también notable, vertido al castellano por otro inteligente marino, el Sr. D. Patricio Montojo y Pasarón (1). Dice éste en el prólogo, con plausible modestia, que no cree que su trabajo esté exento de errores, á causa de las dificultades que nacen de la difícil interpretación de muchas palabras técnicas. Pero la verdad es que el Sr. Montojo ha tenido el acierto de vencerlas y de ser fiel intérprete de las *Lecciones* escritas por el famoso director del Observatorio de Roma.

Comienza el P. Secchi reseñando el aspecto general del globo, su figura y dimensiones, los grandes viajes realizados en distintas épocas, utilidad de los mares y su hondura, masa y pendientes de las montañas y figura del litoral.

Describe luego cómo modifica el agua la superficie de la tierra; la acción del agua corriente, horadando los terrenos, trasportando y depositando detritos, y formando los glaciares ó heleros.

La circulación del agua en el aire, en los mares y en el interior de la tierra; los volcanes y el volcanismo; los terrenos sedimentarios, azoicos y protozoicos; la era paleozoica con las épocas cambriana, siluriana, devoniana, carbonífera y pérmica; la mesozoica ó secundaria, con las épocas triásica,

(1) *Lecciones elementales de física terrestre*, adicionadas con dos discursos sobre la grandeza de la creación. Escritos póstumos del célebre P. Angel Secchi, traducido por primera vez directamente al castellano por el capitán de navío D. Patricio Montojo y Pasarón. Madrid, establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra,» 1887. Un tomo en 4.º de 236 páginas con numerosos grabados y mapas de colores. Precio, 10 pesetas.

jurásica y cretácea; la neozoica ó terciaria, con las épocas eocénica, miocénica y pliocénica; y finalmente, las épocas glacial y antrópica ó humana, dan motivo al insigne P. Secchi para trazar cuadros de singular hermosura, hacer consideraciones profundas y embelesar el ánimo del lector con los encantos de un estilo sencillo á la par que elocuente.

Termina el libro con dos excelentes discursos. Trata en el primero el P. Secchi de *la grandeza de la creación en el espacio y en el tiempo*. Indica que la ciencia de los cielos es la única que puede evitar que la razón humana interprete torcidamente lo que ve. Recuerda el concepto que los antiguos tenían del espacio, describiendo Homero la tierra como una vasta llanura ceñida por el océano y preguntándose todos por dónde andaba el sol durante la noche y cómo podía sostenerse la tierra *sin caer*; hasta que alguien se atrevió á concebirla suspendida en el espacio, teniendo en sí propia sus fundamentos, y al océano equilibrado alrededor de su mole.

Narra la formación de los mundos con simplicidad que enamora; dice que los primitivos astrónomos consideraban á la tierra como centro del universo, porque sólo así acertaban á darse cuenta de su estabilidad, hasta que más tarde Copérnico aseguró que el ser la tierra redonda no obligaba á que fuese el centro del sistema celeste, estableciendo que la tierra giraba alrededor del sol. Kepler, Bradley y Newton acababan por explicar el oscuro enigma. «Nos hallamos, dice el P. Secchi, colocados entre dos infinitos: el uno, grande en extremo, que nos es revelado por el telescopio; el otro, pequeño hasta no más, que nos da á conocer el microscopio; y así como no podemos contar las estrellas de una nebulosa, tampoco podemos contar los átomos de una molécula ni los órganos de un vibrión.»

Se han medido los átomos de hidrógeno y oxígeno necesarios para formar un pequeño volumen de agua, y la intensidad de las ondas lumínicas; pero los resultados obtenidos los representamos por cifras, de cuyo valor no nos formamos idea, porque el verdadero infinito está fuera de nuestra comprensión. Indica que el movimiento se trasforma en calor y luz ó viceversa, el calor en electricidad y magnetismo y los

fenómenos químicos producen calor, movimiento, electricidad, magnetismo y luz simultáneamente. Advierte que los descubrimientos más importantes demuestran que el mundo existe desde un tiempo definido y tiene una vida también limitada. Estudia los fenómenos geológicos que «sirven como cronómetro de la naturaleza,» y añade que la idea de las sucesivas transformaciones, *acogida con la prudencia conveniente*, no es en modo alguno inconciliable con la razón humana y con la religión, siempre que no se pretenda que cuanto existe deriva de las exclusivas fuerzas innatas de la materia bruta. Y concluye su discurso con este párrafo:

«En el espacio no vemos límite ni en lo máximo ni en lo mínimo.

»En el tiempo descubrimos el vestigio del principio de todas las cosas; pero nada sabemos acerca de su fin. Las especulaciones de lo grande y de lo pequeño, del pasado y de lo futuro, superan á nuestro entendimiento. El origen de lo creado, según indica la ciencia, es y será un misterio; lo es su desenvolvimiento, lo será su fin.»

La grandeza de la creación en las combinaciones constitutivas del universo, es el título del segundo discurso. Traza á grandes rasgos el progreso que el hombre ha conseguido en su afán por explicarse los fenómenos naturales; se fija en la inmensa variedad de los seres orgánicos, y sostiene que no hay ningún hecho que pruebe que la materia bruta dé origen por sí sola á la materia orgánica; y sostiene que el hombre se distingue en sumo grado de los demás animales, porque, aun cuando se prescindiera de la moral y de la religión, hay hechos físicos, como la *palabra*, que denotan el alto puesto que aquél ocupa.

Resume el padre Secchi su brillante discurso diciendo que la creación que contempla el astrónomo no es un sencillo conjunto de materia luminosa, sino prodigioso organismo, en el cual, allí donde cesa la incandescencia, da comienzo la vida; que es muy mezquino el concepto de los que pretenden ajustar todo el universo al tipo de nuestro pequeño mundo, cuando tanta es la variedad que presenciarnos en nuestro sistema, relativamente insignificante; que la vida llena el uni-

verso, y así como abundan seres inferiores á nosotros, pueden muy bien existir, en condiciones diversas, otros inmensamente superiores al hombre; y, por último, que aún no hemos llegado al fin de las maravillas, ni llegaremos en tanto se estudie. «¿Cuántas más maravillas, exclama, no habrá en la inmensidad del espacio, que no somos capaces de son-
dar? ¿Quién habría imaginado, pocos años há, los prodigios que nos había de revelar el espectroscopio?... Cada nuevo perfeccionamiento del arte lleva otro á la ciencia, y el astrónomo, aprovechándose del arte y de la ciencia, nos hace ver siempre, cada vez más, la grandeza de Dios.»

Por este rapidísimo bosquejo de las *Lecciones de física terrestre*, se adivina el mérito extraordinario de la obra del padre Secchi, á quien todavía llora el mundo científico. El ilustrado marino Sr. Montojo y Pasarón, que ha tenido la feliz idea de traducir las mencionadas *Lecciones* y que tan esmeradamente lo ha hecho, merece afectuosos plácemes por su trabajo.

R. ALVAREZ SEREIX.





NOTAS

TOMADAS

POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS,
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDÁN, AL SENEGAL (1)

(Continuación.)



NUESTRA marcha, hasta la una del día 15, fué por entre unas iguales á las del día anterior, llegando á aquella hora al sitio llamado *Erg-Iguidi*, en donde nos dijo el guía teníamos que proveernos de agua porque los veinte odres que habíamos sacado de Tinduf estaban completamente vacíos.

Grande fué nuestra sorpresa al ver que el guía nos ordenaba hacer alto con el objeto indicado, porque por más que mirábamos en todas direcciones, no veíamos agua ni sitio que la indicara, sino enormes montañas piramidales á cuyas puntas no llegaba nuestra vista; no obstante, obedeciendo su orden, descargamos los camellos y levantamos nuestras tiendas en el sitio que él nos señaló.

Por más confianza que en el guía tenía, no pude menos de preguntarle:—¿Dónde está el agua que dices, porque yo no veo ni pozo, ni arroyo, ni fuente, ni señal alguna que me la indi-

(1) Véase la pág. 613 del tomo LXIII.

que?—A lo cual, levantando las manos, señaló cuatro pirámides de arena de las muchas que nos rodeaban, y me dijo:—En el centro de esas cuatro montañas se encuentra el agua, ven conmigo y lo verás.—Efectivamente, salimos en su compañía el doctor Lenz y yo, y al descender uno de los montes, llegamos á una explanada de unos 50 metros en cuadro, en la que no había otra cosa que algunas matas de esparto.

Visto esto, le dije:—Veamos el agua, que no estamos para bromas;—y su contestación fué coger, y hacernos coger unos cuantos manojos de esparto que nosotros creíamos serían para hacer una cuerda con que sacar el agua, aunque había sobradas en nuestro equipaje; mas él nos disuadió bien pronto de nuestra creencia, señalando en la arena un círculo de un metro de diámetro, y diciéndonos:—Vamos á fabricar un pozo.—El guía estaba de buen humor, y nosotros no lo estábamos menos, lo que le salvó de una brusca acometida por nuestra parte, no concibiendo que, en medio del desierto, muertos de sed y sintener una gota de agua en nuestros odres, nos exigiera el fabricar un pozo, cuando nos faltaban fuerzas para levantar una azada, que no teníamos; mas, comprendiendo él nuestra perplejidad y nuestra duda, y para desvanecer la una y sacarnos de la otra, nos dijo:—Manos á la obra, que el trabajo no es grande ni de mucho tiempo.—Efectivamente, puestos los tres, rodillas en tierra, empezamos á retirar con las manos la arena que estaba dentro del círculo señalado, y la sujetábamos con los manojos de esparto que nos había hecho coger, para que los bordes no cayeran dentro del hoyo que estábamos formando; y cuál no sería nuestra sorpresa, al ver que aún no habíamos profundizado medio metro, cuando empezó á brotar agua tan pura y buena como jamás la he bebido.

Descubierta la fuente, y después de haber saciado la sed que nos devoraba, dímos de beber á nuestros camellos, que no habían bebido una gota desde que salimos de Tinduf, y llenamos nuestros odres para estar listos á continuar nuestro viaje.

Tiempo hacía que deseaba comprobar en el camello lo que el Sr. Mármol Carvajal nos cuenta de ellos en su descripción

del África, cuando refiere que dichos animales conservan en su vientre el agua limpia y pura como en un aljibe; y que, cuando los árabes tienen necesidad de ella, los matan y se la extraen para mitigar su sed.

Aunque desde mi infancia estoy acostumbrado á ver el camello, sin haber oído de árabe alguno el cuento del señor Mármol, no obstante deseaba comprobar su dicho, y ninguna ocasión se me presentaba más oportuna que este viaje; así que, mientras los camellos bebían, rodeados por los árabes que nos acompañaban, por el guía y por nosotros, pregunté: ¿Es cierto que los camellos conservan el agua en su vientre, y que cuando tienen VV. necesidad de ella se la extraen dándoles muerte?—Tú te burlas de nosotros—respondieron á una todos los árabes;—el camello bebe como cualquiera otro animal, sin que conserve el agua, como dices, y como tendrás ocasión de ver durante todo el camino; sólo sí que el camello resiste el hambre y la sed como ningún animal, y bebe y come de su jiba, que disminuye con las privaciones, hasta perderla por completo; y no creas que todos los camellos pueden atravesar el desierto y resistir tanto tiempo el hambre y la sed, no; el camello que sirve para estos viajes está educado desde pequeño y acostumbrado á la fatiga, sin que sus dueños les den de beber más que de seis en seis días lo más pronto, y lo alimentan con esparto y malas hierbas, que es la única comida que pueden encontrar á su paso por el desierto. Un camello educado de este modo, y que lo están todos los que tú llevas, cuesta mucho más dinero que los que has visto por Marruecos, como habrás tenido ocasión de comprobar; pero de que conserva el agua en su vientre y que el árabe se la extrae para beberla dándole muerte, es un error grandísimo; ni tiene tal agua, ni hay árabe capaz de matar á su camello por beber la que pudiera conducir, porque lo quiere más que á su persona, siendo por él considerado como su casa, su cama, sus riquezas y su familia, y porque es capaz de soportar el hambre y la sed tanto como el camello mismo.

Entre las muchas prevenciones que el guía nos hizo fué una de ellas que tuviéramos mucho cuidado con los camellos tan luego como apercibiéramos soplar algún viento un poco

fresco, y que, bajo ningún pretexto, nos apeáramos de ellos en aquel momento, á causa de que, cuando el camello ha pasado un día sin beber, y la sed comienza á fatigarle, empiezan á marchar con cuanta velocidad le es posible en la dirección que el viento sopla, atraído por su frescura, en la creencia de que marcha hacia el punto en donde puede encontrar agua que beber, y como esto daría lugar á separarse de la caravana, y separado de ella, nos perderíamos sin que nadie pudiera salvarnos, de aquí, el que el guía no cesara en sus recomendaciones para que le siguiéramos, y que por todo medio, obligáramos á nuestros camellos á seguir el suyo.

Este peligro cesaba tan pronto como soplaba el viento seco y caliente del desierto, porque entonces los camellos seguían obedientes al del guía sin acordarse del agua que por un momento creyeron encontrar cuando sentían alguna racha de viento fresco no muy común en el Sahara.

Después que bebimos, dimos de beber á los camellos, y llenamos de agua nuestros odres para tener la necesaria en los seis días siguientes en los que no habíamos de encontrar ni gota, y al regresar á nuestro campamento que quedaba á la espalda de una de las montañas de arena de las que dejo mencionadas, llamó mi atención un ruido que hasta entonces no había escuchado quizás por lo ocupados que estábamos al rededor del pozo; y, no sabiendo de dónde provenía, ni qué era, le pregunté al guía que qué era aquello, y él me contestó: «Aquello es el tambor de *Yguidi*.»

No quedé satisfecho con esta respuesta, porque estaba convencido no existía persona alguna en nuestros alrededores que pudiera batir un tambor á no ser los de nuestra caravana, y esos no lo tenían, por lo que volví á preguntarle qué tambor era ese; entonces me dijo: «Ese tambor no es tal tambor, ni hay persona que lo toque, sino que es el ruido que el viento produce en su paso constante por entre las cúspides de las montañas que ves y que nosotros los viajeros del desierto lo designamos con el nombre que te dejo dicho.»

De regreso á nuestro campo observamos otro fenómeno que hasta entonces había pasado desapercibido para nosotros

á causa de que no estábamos para ver ni oír nada sino, para beber y recoger el agua que nos había de dar la vida en los siguientes días, y consistía en una faja, al parecer de humo, que salía de las cúspides de cada una de las cuatro montañas; y como ni el terreno era volcánico, ni tenía conocimiento de la existencia de cuatro volcanes allí reunidos que estuvieran arrojando humo, le pregunté á nuestro guía de dónde procedía aquel humo, á lo que me contestó: «Fíjate bien, y verás cómo no es humo, sino una faja de esta arena impalpable que pisas que, arrastrada por el viento, forma esas fajas que á tus ojos parecen lo que no es.» Efectivamente, no bien me fijé un poco comprendí la verdad de cuanto me decía, y que mis ojos habían visto otra cosa diferente de la realidad.

Después de comer y recordando el pozo que habíamos fabricado, no pudo menos de llamar mi atención el por qué esas montañas de arena movediza que hoy están en un punto y mañana cubren otro distante, no cubrían nunca la planicie en la que habíamos fabricado nuestro pozo; interrogué de nuevo al guía para oír la explicación que de aquel fenómeno me daba, y me lo explicó diciéndome: «Ese sitio en donde has bebido, ha estado y estará siempre descubierto, porque la arena del desierto huye del agua, como tendrás ocasión de ver más adelante en cuantos pozos nos detengamos para reponer nuestros odres; y si no fuera porque la arena huye del agua, no estaría descubierto ningún depósito de ella desde hace muchos siglos.»

La respuesta no me satisfizo, ni al Dr. Lenz tampoco, explicándonosla de distinta manera que el árabe; aunque llegábamos á una incógnita que yo no podía resolver, y que dejo para mis lectores.

Antes de levantar nuestro campo tuvo lugar una escena que pudo ser desagradable si el que la promovió no hubiera comprendido mi resolución de darle un tiro si volvía á molestarnos; esta escena fué promovida por el Hach-Ali-Butaleb, insistiendo en las pretensiones que nos manifestó en el Draa, de ser el director y jefe de la caravana, y por tanto, dueño absoluto de cuanto llevábamos, y de que el doctor y yo fué-

ramos sus criados, si es que no se deshacía de nosotros tan luego como hubiera conseguido su intento.

Empezó su maniobra ordenándonos al doctor y á mí que antes de marchar, fuéramos á dadar de beber á los camellos como si estuviéramos á sus órdenes; este mandato me sorprendió, aunque esperaba algún mal proceder de su parte desde nuestra cuestión en el Draa, porque no podía comprender cómo se atrevía á tanto; así que le pregunté si estaba borracho ó si sabía lo que se decía; y oyendo su respuesta que él mandaba allí, y no quedándome duda de sus intenciones, y de que tenía que sujetar de una vez y para siempre á aquel canalla si quería que el viaje del doctor no fracasara, sin prevenirle de mi intención, tiré del revólver, y poniéndoselo al pecho, le dije:—Si te mueves ó repites lo que acabas de decir, te mato como á un perro.

Al ver el doctor que yo amenazaba de muerte al Butaleb, y comprendiendo por mis gestos que estaba resuelto á someterlo ó matarlo, se unió á mí; entonces, comprendiendo el riesgo en que se encontraba, empezó á disculparse con el doctor á fin de que desarmara mi brazo, lo que consiguió á condición de recoger todas las armas y que, de allí en adelante, habían de estar bajo mi custodia, y de este modo hicimos fracasar los planes que el Hach Ali venía elaborando.

Terminado este desagradable incidente y solos el doctor y yo en nuestra tienda, le dije á éste:—No crea V. que el paso del Butaleb no tiene consecuencia alguna, ni que es hijo de su necio orgullo, creyéndose jefe de nosotros, por más que él sabe muy bien que no pasa de la esfera de criado; no señor, el plan que ha querido desarrollar esta tarde lo tiene concebido desde hace días, y, para tener seguridad del éxito, ha ido atrayendo á sí á los criados Sid Mohamed el-hamri, el Hach Hassan y al negrito Farache, y si no ha conseguido que le secunde Kaddor, es por el cariño que me tiene, hasta el extremo de que él ha sido el que me ha dado á conocer las maquinaciones de aquel infame que, no he muerto hoy, por no pasar á los ojos de V. como un asesino, pero que ¡Dios quiera no tengamos que arrepentirnos mañana!

Esta nueva tentativa nos intranquilizó porque, además de

los peligros que constantemente nos rodeaban, podíamos ser asesinados durante nuestro sueño por el Butaleb y sus parciales estimulados por el deseo de apoderarse de lo poco que conducíamos, y que para ellos eran verdaderas riquezas, así que, para prevenir todo ataque, no volví á entregarme al sueño mientras el Dr. Lenz dormía, á fin de estar prevenido contra nuestros asesinos, y concluir fácilmente con ellos, teniéndoles, como los teníamos, desarmados.

Al amanecer del día 16 abandonamos á *Yguidi* y sus montañas, y descendimos á una llanua cubierta de gruesa arena, en la que vimos tres montañas cónicas sin ramificación alguna entre ellas; y, dudando fueran de arena á causa de la posición en que se encontraban, nos dirigimos á una para cerciorarnos de qué estaba formada, encontrándonos con un cono de granito, de veinticinco metros de altura, que no contenía arena más que en su base.

Después de repetidas tentativas para ascender á la cúspide del cono, tuvimos que renunciar á nuestros deseos por estar tan limpio y pendiente que nos era imposible subir más de tres metros sin que bajáramos rodando.

Poco después de haber pasado entre las citadas montañas nos apeamos en una inmensa planicie de arena gruesa, y descansamos aquella noche, sin que nos ocurriese accidente alguno más que alternar en la guardia el doctor Lenz y yo, para vigilar á nuestro compañero Butaleb y sobre todo, nuestras armas, temerosos que por cualquier descuido cayeran en poder de aquél.

El día 17 seguimos á través de la inmensa llanura en que habíamos acampado, deteniendo un poco nuestra marcha la riña que entre el Hach Hassan y Sir Mahomed-el-Hamri tuvo lugar, y en la que estuvo á punto de perder la vida éste último.

Esta pendencia atrajo á nuestro lado al Hach Hassan, que hasta entonces había estado de acuerdo con el Butaleb, aumentándose de este modo nuestras fuerzas y disminuyendo las de aquél; durante esta jornada no hemos sentido el calor sofocante del desierto á causa de la brisa fresca y suave que constantemente nos soplaba y estimulaba á nuestros came-

llos á marchar en dirección de ella, obligándonos á duras penas á hacerles seguir la dirección Sur que llevábamos soplando la brisa del Oeste, y acampamos en la misma llanura que recorriamos sin que á nuestra vista se descubriera monte, ni otro accidente del terreno, sino un mar inmenso de arena.

A las cinco de la mañana del día 18 seguimos nuestro viaje por aquellos interminables arenales; y, á las pocas horas de marcha, observamos trazas del paso de muchos camellos reunidos que, según el guía, eran de la caravana que en *Tinduf* se esperaba procedente de *Timbuctú*, y á la que no habíamos encontrado porque él había esquivado su encuentro, temeroso nos atacaran al vernos en tan corto número.

A las cuatro de la tarde hicimos alto por ser insoportable seguir caminando más tiempo á causa del calor. Serían las nueve de la noche cuando empezamos á sentir viento fresco y que nos visitaba algún que otro aguacero, precursores de la tempestad que pocos momentos después se desencadenó con una furia tropical, y que duró toda la noche hasta momentos antes de amanecer.

La jornada del día 19 fué á través de un terreno accidentado, humedecido por las lluvias de la pasada noche, y formado de fajas de sílice, granito, asperón rojo y pizarra, descubiertas de arena en su mayor parte, sin que viéramos alguna mata de esparto, ni vegetal de ninguna clase.

La región que recorrimos este día es conocida por el nombre de *Glab*, que no tiene significado alguno.

Serían las cuatro de la tarde cuando nos detuvimos para pasar la noche, que fué fría como en muchos puntos de Europa, llegando á descender el termómetro centígrado á cinco grados sobre cero. Después de descargar nuestros bagajes, levantar nuestras tiendas, y mientras nos preparaban el *cuz-cuz*, que era nuestra comida cotidiana, tomamos la altura del terreno donde nos encontrábamos, que resultó ser de 55 pies sobre el nivel del mar.

La jornada del día 20 fué más distraída que las anteriores, porque en el trayecto que recorrimos, encontramos algunas que otras mimosas y gran cantidad de hierbas en los cauces de los torrentes que atravesamos y de la que comieron nues-

tros camellos en gran abundancia. En este día se repitieron, con gran frecuencia los espejismos que, en unión de las mimosas y las hierbas de los arroyos, contribuían á desvanecer la monotonía del viaje haciéndolo más agradable, hasta hacernos dudar si habíamos salido del Sahara y nos encontrábamos en una hermosísima región poblada de frondosos árboles y cubierta de grandes lagos y abundantes hierbas.

Bajo esta impresión continuamos hasta las cuatro de la tarde, que era la hora señalada de antemano para hacer alto, como lo hicimos, en medio de aquellos fantásticos lagos, árboles y sembrados.

La región que recorrimos durante el día 21 varió de la anterior, pues no encontramos ni árboles, ni otras plantas, sino algunas que otras matas de esparto raquíptico, que, aunque servía de objeto al espejismo, no era este fenómeno ni de la intensidad ni tan hermoso y variado como el que ya habíamos tenido ocasión de admirar. Dejamos atrás varias fajas de granito y sílice antes de entrar de nuevo en la arena fina y movediza que, de cuando en cuando, dejaba el suelo al descubierto, presentándonos algunos ejemplares de conchas petrificadas, que movieron al Dr. Lenz á descender de su camello para recoger algunas y aumentar la colección que de ellas estaba formando.

Al echar pie á tierra el doctor, empezó á increparle el Hach Alí, que se había olvidado de la última escena que conmigo tuvo, poniéndole en la necesidad de refrenarle revolver en mano, porque de otro modo no era posible tratar á aquel miserable.

Este día debió ser el último de la vida del Butaleb y, á no dudar, lo hubiéramos sepultado en la arena, si el doctor Lenz, sereno ante el peligro y viendo que su muerte podía hacer fracasar su plan, no me hubiese dicho:—«Benítez, aún necesitamos á este canalla en *Timbuctú*, por lo que bueno es tenerle corto sin deshacernos de él; mas, si pasada aquella ciudad insiste en querer atropellarnos á cada momento, lo abandonaremos en el camino para que no vuelva á molestartos.» Esto contuvo mi brazo, pues no podía tolerar por más tiempo que á un hombre tan digno y respetable como el

Dr. Lenz, que nos trataba á todos con igual cariño que si fuéramos sus hijos y que él era siempre el último en todo todo menos en el peligro, fuera maltratado por el Butaleb, que por medio quería desprenderse de nosotros ó someternos á servirle como esclavos.

En este incidente hubo mucho de farsa, que para el *Butaleb* era verdad; farsa que yo ejecuté para que apareciera el doctor como mediador en mis contiendas con nuestro acompañante, y quedando reconocido á él le evitara los peligros y recayera la odiosidad sobre mí; así que, al ver al doctor revólver en mano, le quité éste, y, dirigiéndome al Butaleb para hacerle comprender iba á descargarle á quemaropa para no errar el tiro, dije:—Doctor, no manche V. sus manos en ese miserable; déjeme que yo le extermine para que no volvamos á tener cuestiones en lo que nos queda de viaje.

Penetrado el Dr. Lenz de esta farsa, de agresor se convirtió en mediador, interviniendo para que yo no asesinara al Butaleb, que, pidiéndole perdón de su falta y disculpándose de ella, le quedó, al parecer, agradecido.

Después de este lance continuamos en silencio nuestra marcha, sin cuidarme de otra cosa que de llevar delante de mí á el Butaleb, para impedirle cualquier acción que en nuestro perjuicio tratara de ejecutar, y á las cuatro de la tarde llegamos al pozo que había de servirnos para reponer nuestra provisión de agua, que se llama *Tagmenart*, á cuyos bordes descargamos nuestros camellos é instalamos nuestras tiendas para pernoctar y descansar todo el día siguiente, á fin de reponernos de la fatiga que nuestra penosa marcha nos había proporcionado, y que los camellos pudieran recuperar algún tanto sus perdidas fuerzas.

Los tres pozos que en aquel punto existen sólo tienen tres brazas de profundidad, y, más que pozos, son agujeros hechos en el suelo sin que sus paredes estén defendidas con obra alguna que evite el que se derrumben; sus bocas están al descubierto y al nivel del suelo, sin que por esta causa hayan sido cegados ni obstruídos por la finísima arena que el aire mueve constantemente.

Después de instaladas las tiendas, y al acercarme á los

tres pozos para examinar su construcción, me dijo el guía: «¿Te extraña que estos pozos no estén cubiertos de arena ó que sus paredes no se hayan derrumbado con el tiempo y les hayan hecho desaparecer?» Este dicho del moro me hizo examinar con alguna detención los citados pozos, que eran perforaciones de un terreno duro, al parecer arcilloso, cubierto con una capa de arena de un poco más de un palmo de espesor, y su agua de un sabor ferruginoso muy acentuado. Al ver el mencionado guía la detención con que yo observaba los pozos, volvió á decirme: «¿Te convences de que la arena huye del agua, como te dije días pasados, y que si así no fuera no existirían estos pozos?» A lo que le contesté: «Sí, estoy convencido de ello;» para evitar de este modo discusiones científicas con un hombre que no hubiera entendido nada de cuanto le dijera.

Para celebrar el día de reposo, aunque era sábado y ninguno de nosotros judío, nos permitimos aumentar nuestra comida con algunas latas de conservas y algunas botellas de vino, que causó gran placer á el Butaleb, porque no esperaba esa fineza de la parte del doctor, pero que como nos convenía atraerle, le dije: «Para que veas cuán bueno es el doctor contigo y cuánto te aprecia, que después del disgusto que le has dado, me encarga te dé esta botella y estas conservas para que las tomes á su salud.» Lo que al parecer agradeció dándole las gracias al doctor y demostrándole mucho cariño y predilección desde allí en adelante.

Pasado nuestro día de fiesta y repuestos un poco de las penalidades que habíamos sufrido, nos pusimos en marcha el día 23, á las cuatro de la mañana, por las inmensas dunas que forman la región llamada por los árabes *Erg shash*.

Estas dunas hacían que nuestro viaje fuera muy penoso, porque á cada instante, y al subir una montaña de impalpable arena, para descenderla, nos encontrábamos con un corte vertical de más de cuarenta metros, en el que teníamos que construir nuestro camino, no pudiendo salvarlo á saltos; pero que este camino, aunque pendiente en extremo, era abierto con facilidad por el guía, que con su camello del diestro, empezaba el descenso formando un ángulo agudo con la base de

la montaña; su paso y el de su camello abrían una pequeña senda, por la que todos descendíamos, y que al pasar el último, estaba convertida en un verdadero camino, que sólo duraba una media hora, pues el viento se encargaba de hacerlo desaparecer, dejando la montaña en el estado que la habíamos encontrado.

Increíble parece que un hombre marche por el desierto sin consultar brújula ni instrumento alguno que le demuestre el sitio en que se encuentra, y que no pierda su ruta en aquel laberinto de dunas que constantemente varían de sitio, perdiéndose en el horizonte sin presentar señal alguna por la que puedan ser conocidas; pero lo cierto es que el mejor navegante no dirige su buque con rumbo más fijo que un práctico del desierto guía á una caravana por aquel océano de arena.

En la tarde de este día hicimos alto en el sitio denominado Ain Mohamed (fuente de Mahoma), en el que encontramos alguna hierba que dar de comer á nuestros camellos.

Después de instaladas las tiendas, le pregunté al guía por qué llamaba á aquel sitio *Fuente de Mahoma*, cuando en él no existía agua ninguna, y me dijo: «Hoy no existe fuente; pero existía antiguamente, cuando los árabes habitaban esta comarca;» lo que no sé si será cierto, y si los árabes, aunque nómadas, pudieran tener por habitación aquellas regiones; para ver lo que me contestaba acerca de la arena que huía del agua, le pregunté: «¿Cómo es que dices que aquí ha habido una fuente y la arena la ha cegado, cuando no hace mucho me asegurabas que la arena huía de ella?» «Estaba escrito,» fué su única respuesta, sin que yo insistiera, porque, de lo contrario, hubiera desconfiado de mí, que, á sus ojos, pasaba como buen mahometano que no podía dudar de su fatalismo.

En esta jornada no fué tan largo nuestro reposo, porque tuvimos que empezar á marchar de noche en vez de hacerlo de día, como hasta aquí, porque el calor nos abrasaba y no nos dejaba continuar al paso que queríamos.

(Se continuará.)



EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN



volviendo al Mosén—dijo D. Robustiano,—¿no han oído VV. hablar nada de que S. M. pensara destituirle?

—Si algo hubiera—exclamó con orgullo D. Fidel,—antes que nadie lo sabría yo.

—Sin embargo—repuso D. Robustiano,—me consta que algo se ha dicho.

—Creo que no.

—Pues yo me alegraría. No perderíamos mucho.

—En la próxima reunión de Murguía...

—¿Va á haber reunión?

—Y muy pronto.

—¿Presidida...

—Por el Rey.

Callaron D. Robustiano y D. Andrés, con muestra del asombro más profundo.

—Son asuntos muy graves los que van á tratarse. Se acerca el momento en que las tropas pongan sitio á la villa de Carregui, y es necesario saber quién va á defender esta importante plaza.

(1) Véase el número anterior.

—¿Y dónde va á ser la reunión?

—En el convento de San Fermín de Murguía.

—¿En el subterráneo?

—Sí.

—Ahora que dicen VV. de convento. El otro día fueron á ver el de Mercenarias de Tolosa el Mosén, su hermana Paz y Sedini.

—¿Pero tratan de que María entre en él?

—Así parece.

—Pues es un disparate, porque esa chica está tísica ó anémica, ó no sé cómo...

—Sí—dijo D. Andrés,—he oído que está muy grave.

—¿Estará otra vez en estado interesante?

—¡Hombre!... Cuántas veces quería V. que...

—¡Toma!... Quien hace un cesto, hace ciento.

—Silencio, señores. Miren VV. quién viene por allí.

Y el notario enfiló su dedo índice hacia la puerta de la calle, señalando á Sedini, que venía en dirección del portal en que hablaban y refrescaban los tres amigos.

Al pasar por él y verlos juntos, se detuvo, y después de vacilar un momento, cerró el amplio quitasol, y entró.

Los tres amigos se pusieron en pie y cambiaron con el médico fuertes estrechones de manos.

—¿Quieren VV. algo para Madrid?—les dijo Sedini, aparentando naturalidad é indiferencia.

—¿Se va V.?—exclamó asombrado D. Fidel.

—Sí—continuó el doctor.—He tenido una mala noticia. Mi hermano Juan ha muerto y mi cuñada queda sola con los chicos. Me ha escrito que por Dios vaya, y esta tarde, si tengo corriente el pasaporte, saldré de Cristierna.

—Pero...—fué á objetar el notario.

—No tengo más remedio—prosiguió.—La casa de mi hermano era casa de muchos negocios y temo que si pronto no se pone alguien al frente, la gentuza de dependientes y cobradores dé al traste con todo.

—Hombre—le dijo D. Fidel,—crea V. que lo siento de todas veras. ¡Qué desgracia!

—Reciba V. mi pésame—añadió D. Robustiano.

—¿Era mayor que V.?—le preguntó D. Andrés.

Y el ambiente del portal se llenó de esa porción de frases huecas, frías y realmente hipócritas del dolor fingido, que se escuchan en todos los duelos del mundo.

Cuando se hubieron agotado los vocablos sentimentales, el doctor Sedini fué invitado á tomar refresco.

—Estoy sudando—replicó—y como no puedo esperar...

Luego se repitieron los apretones de manos: se oyeron de uno y otro lado promesas, encargos, ofrecimientos y demás zarandajas de una despedida, y Sedini se alejó del modesto bodegón.

Al poco rato el notario y sus dos amigos se marchaban también.

Y al poco dieron las doce.

Y el aire tibio y cálido que hacía columpiarse las secas ramas de los chopos que *la Berlia* desgajó, se preparó á arrullar con el rumor del siseo de sus hojas el sueño de la siesta que casi todos los vecinos de Cristierna iban, comodones, á dormir.

CAPÍTULO VII

UNO MENOS

En efecto, y como Sedini anunció verazmente á D. Fidel y su pandilla, aquella misma tarde saldría de Cristierna para Madrid.

La noche anterior tuvo una larga conferencia con el Mosén, en la que convinieron el modo y la manera cómo las cosas habían de quedar. Convencido el doctor de que nada conseguiría de Jaime por el momento, aplazó la resolución del pendiente problema hasta su vuelta; que según tenía pensado y en proyecto, sería de allí á un par de meses: tiempo, según él, más que suficiente y bastante para ordenar la casa de su difunto hermano.

Quedó pactado que María de la Paz fuese al convento de Mercenarias de Tolosa; no sin protestas y remilgos del médico, que sólo accedió á la expresada resolución, atendiendo á que la hermana del Mosén se iba á encontrar completamente sola y cercada de peligros que los muros del claustro guardarían, y harían hasta inofensivos; á más de que su estado enfermizo y débil exigía un continuo cuidado de su persona, que sólo entre monjas podría tener, dado que á Jaime con la guerra no le era posible estar mucho tiempo á su lado.

Y no hubo disputa sobre la conveniencia, y más que tal, necesidad imperiosa de ocultar á María la tentativa de robo que se llevó á cabo en casa de Sediní; tentativa que se frustró, gracias á la casualidad de no dormir el niño Jesús aquella noche con Brites; que ni para el médico ni para el Mosén cabía duda de que el objeto del asalto nocturno fué el robo del niño; así como de que el ladrón había sido Augusto.

Convenidos de esta suerte, después de agotar Sediní cuantos argumentos persuasivos é inclinativos de perdón le sugirió el desosegado magín, se despidieron, y el doctor hizo sus cortos preparativos de marcha.

Amparado por su quitasol, hizo sus visitas de ordenanza; despidióse de todo el mundo á fuer de fino, que era en alto grado, y ya eran las cinco y media de la tarde, cuando entró en la alcoba de María de la Paz, á darla el postrer adiós.

Estaba la huérfana echada sobre su lecho, describiendo las líneas de su cuerpo esbelto, sutil escorzo, cuyo vértice era la entreabierta boca que jadeaba anhelante y dificultosa, con sibilante respiración que hacía parecer que el aire, al salir, atravesaba una estrecha y tupida malla de áceros. Tenía el cabello mal peinado, y con las crenchas y los rizos prendidos al descuido, como si la frívola ocupación de su ordenamiento, no fuese para María ni ocupación siquiera. Y en su cuerpo todo se notaba un abandono, más de notar en quien fué siempre, si no peripuesta, pulcra en el vestir, y escrupulosísima en el tocado.

Cuando oyó los pasos de Sediní, se tiró de la cama y se puso en pie. Con ojos desencajados, el espíritu yerto y el alma transida de amargura, le dijo, mientras con las dos blan-

cas manos se apartaba los deshechos rizos de pelo que se le hincaban en los ojos como púas:

—¡Ya!...

—Ya, hija mía—la contestó Sedini, tratando en vano de ocultar que una secreta emoción le dominaba.

Y quedaron mirándose el uno al otro. María pestañeaba con frecuencia; tenía los párpados muy cargados, pero no lloraba. Porque la naturaleza fisiológica de las criaturas, parece que se complace, en los momentos más culminantes de la vida, en negar hasta el dulce consuelo que á las penas prestan las lágrimas.

—¡Se va V.?...—murmuró María, como si estas palabras le abrasaran los entonces pálidos labios.

Y como Sedini comprendiese el irónico reproche que con ellas le arrojaba á la cara la huérfana, la enderezó el siguiente discurso:

—¡Me voy, sí!... Y puedo añadir que me voy con harta pena de mi alma. No he de decirte más en comprobación de este aserto, sino que no amaba á nadie en el mundo como á mi difunto hermano Juan (que Dios tenga en santa gloria); que resultado de ser el único pariente que me restaba, tenía re-concentradas en él todas mis más caras afecciones..... Y que..... ¡me lo perdone Dios!... Hoy, más que su misma muerte, siento el que sea la causa de separarme de ti. ¿Que si es cierto? ¡Pluguiera el cielo que no lo fuese tanto! Quién sabe si en la otra vida, cuando todos nos veamos ante el que todo lo dispuso y lo ordenó, mi hermano Juan me pedirá estrechas cuentas de este criminal olvido en que, gracias á ti, le tengo; y me acuse, con razón, de posponer su amor al que te profeso á ti, Paz del alma... Porque es que tus desgracias me afligen de tal suerte; tu situación me preocupa tanto, que ¡créeme por sodos los Santos del cielo!... ¡ni una oración por Juan he podido concluir!... ¡porque tu recuerdo se ha interpuesto entre los dos!...

El pobre hombre lloraba como un niño.

María de la Paz sonreía como un ángel.

—¡Te ríes de mí!...—continuó el viejo médico.—¿Es ese el pago que das á mi cariño?...

Paz se levantó y le abrazó emocionada, diciéndole balbuciente y entrecortada:

—¿No se me consiente ni que tenga una pasajera alegría, al ver que hay alguien que me quiere, y me quiere mucho?...

—¿Pues no te lo he de consentir?... ¡No faltaba otra cosa!... Pero... ¿sientes tú que yo me vaya?...

María retrocedió, para ver si el que hacía la pregunta era el doctor Sedini.

—¡Y lo pregunta V., hombre!...—dijo, consiguiendo al fin que una lágrima se asomase indecisa á su párpado...

—Pues no debes sentirlo. ¿De qué te sirvo yo?...

—De mucho...

—La experiencia debe haberte enseñado que de nada. En mí, todo son buenos deseos: resultados, ningunos... La fatalidad se ha impuesto... Soy inútil... inútil completamente—decía rabioso contra sí mismo el cariñoso doctor.

—¡Oh!... No diga V. eso.

—Lo digo, y... lo repito.

—Pues yo lo niego.

—¿Lo niegas?...

María de la Paz se irguió: anublóse más el ceño de tristeza que entoldaba lúgubre su tersa frente, y acercándose al doctor y apoyando ambos manos en sus hombros, le dijo en tono de quien hace revelaciones:

—Lo niego... porque, mientras V. estaba conmigo, por muchas que fuesen las tinieblas que me rodeasen, vislumbraba en medio de ellas... una luz... así como un faro... A mi dolor, aparecía una esperanza de consuelo y de reparación. Hoy se va V.... y todo á mi lado queda oscuro, y... sucumbiré.

—No tanto, mujer... Quedas con tu hermano...

—¡Mi hermano!—dijo con sarcasmo María.

—¿Qué vas á decir?...

—¡Que Jaime no me quiere!... ¡Jaime me odia!... ¡Jaime me desprecia!...

—¡Mentira! ¡Mentira!—la interrumpió Sedini.

Paz se ofendió, y le dijo:

—¿Que es mentira?

—Sí.

—¿De suerte que... si V. fuera mi hermano, haría lo mismo que éste hace conmigo?...

—¡No!!

—Lo ve V.... como...

Y no se atrevió á concluir la frase. Pero Sedini comprendió al instante lo que había querido decir, y repuso:

—Nada hija mía. Es cuestión de esperar.

—¡He esperado ya tanto!... Y en vano...

—Puestos ya en el caso en que estamos, no hay más remedio que esperar. Yo te prometo que antes de un año (si Dios no lo impide) se ha resuelto el problema, y yo he vuelto, y tú sales del convento, y todo se arregla perfectamente. Ahora hay que dar paso á una tregua de tiempo que el cielo pone á tu felicidad, para que no venga forzosamente, sino de un modo natural y lógico. Si crees que tu hermano Jaime va á pensar siempre como piensa ahora, te engañas de medio á medio. El dolor y los sentimientos son como la materia; se desgastan; se consumen; se pierden; se reducen á la nada: y tu hermano, que hoy no aspira más que á vengarse de los agravios que una familia le ha inferido, acabará por olvidarlo todo. Ahora se niega á toda transacción; pero deja que recapacite, y que piense sobre la responsabilidad que su negativa le hace contraer: deja que vea mucho tiempo el cristal de su conciencia sólo empañado por este terco espíritu de venganza, y luego, con un beso tuyo, un ruego mío, y una súplica de perdón sincero *de quien* por ti es capaz de eso y de mucho más... todo acabará divinamente. Esto ha de suceder: por tanto, espera y ve al convento: allí estás segura; allí te cuidarán muy bien las madres... allí estarás con tu hijo... que *nadie* te podrá robar: allí te santificarás en piadosos ejercicios; y allí pensarás un poco más en Dios, que no todo ha de ser pensar en Augusto.

María tembló. Pero no por lo que acababa de decir Sedini, que gran motivo era el sentir el dedo sobre la llaga, sino porque escuchó que un caballo paraba á la puerta de la casa, y que Sedini al oírlo sacó su reloj, y al ver la hora que mostraba, hizo un movimiento brusco, y aun se inmutó.

Había llegado el momento terrible de la separación. Eran las siete de la tarde, y para coger la diligencia de Tolosa, era menester salir ya de Cristierna. Sedini sintió que un frío extraño le serpenteaba por el cuerpo, y miró á Paz con la misma fijeza con que se mira á una persona cuando un secreto presentimiento nos dice que es por la última vez.

María no sintió frío ni calor: sintió sencillamente que la muerte la tocaba en el hombro, y la decía: *prepárate*. Sintió también deseos de arrojarse á los pies del médico, y pedirle por la salvación de su alma que no se fuera: intentó hablar algo... llorar... Pero la faltaba aire en el pecho; palabras en la boca; lágrimas en los ojos; fuerzas para tenerse en pie... peso propio para derrumbarse en el suelo. Y no hizo nada. Siguió quieta, inmóvil, las acciones del doctor, que muy turbado é indeciso del modo como se despediría de Paz, daba vueltas y más vueltas como si estuviera tonto.

Y en uno de aquellos círculos que su perdido cuerpo describía, se encontró frente por frente de la estatua de María de la Paz. Recreóse por postrera vez en aquellos ojos que el dolor iba hundiendo como queriendo enterrarlos; vió la hinchada nariz ayudar la respiración fuerte que la boca era insuficiente á dejar salir, y el turbulento agitarse de su pecho que bajo del corpiño parecía en sus altos y bajos de continuo movimiento el rudo pelear de las olas del mar cuando hirviente tempestad las sacude con furia.

—Adiós, María—balbuceó al fin.

De la boca de María iba á salir otro *adiós*: pero no salió sino un grito aterrador, estridente, de agonía.

—¡María Paz!... hasta la vista...—repitió Sedini.

Y entonces aquel dolor comprimido que la huérfana sentía hervir en el fondo de su organismo: aquella pena que como monstruo roedor de sus entrañas la oprimía, se volcó en caliente catarata de lágrimas y de sollozos, que inundó abrasando las mejillas pálidas de la hermana del Mosén.

—¡No llores, mujer!...—fué á decir Sedini; pero al decirlo, prorrumpió también en llanto y en gemidos.

María se colgó materialmente del cuello del doctor, apoyando sobre su hombro la calenturienta frente.

Y en aquella situación, en que al suelo caían confundidas las frías y viejas lágrimas de un anciano, y las brillantes y ardientes de aquella madre desventurada, estuvieron unos minutos, que relámpagos parecieron á los dos.

—¡Gracias!... ¡Gracias por todo!—murmuraba muy por lo bajo al oído de Sedini la desconsolada madre.

Y el viejo, sin poder articular ni dos palabras, acometido de súbito temblor, comenzó á desasirse de María. Y como la joven yedra desgarrada y troncha sus tallos, cuando la fuerza le separa de la vetusta encina á cuyo sostén vivió amarrada largo tiempo, así á María la sonaban rotas las coyunturas, cada vez que Sedini la apartaba y la repelía, ansioso de marchar cuanto antes.

—Ya... no nos... veremos más—gimió María...

—Sí, mujer...

—¿Dónde?...

—Aquí... en Cristierna...

—¿Y si yo no estoy ya en el mundo?...

—Entonces... en el cielo.

—Pues hasta el cielo—suspiró María.

Y cogiendo convulsivamente la mano de Sedini la llevó á la boca, y estampó en ella un fuerte y apretado beso.

Después se apartó ella misma del doctor, y haciéndole con la trémula mano señas de que se fuera pronto, se hundió en el fondo de la alcoba, queriendo hablar y sin poderlo conseguir, dando pasos vacilantes, mientras el afligido Sedini volvía resueltamente la espalda, salía de la estancia, descendía apresurado la escalera, y atravesaba el portal, hasta dar con su desatentado cuerpo en medio de la calle, donde un espoli-que, teniendo las bridas á un manso caballejo, le aguardaba.

Sin cambiar con él ninguna frase, montó torpemente en la cabalgadura; acomodó la maleta que le había custodiado en el arzón de la montura, y gallardeándose cuanto le fué posible en la silla, apretó las piernas á los hijâres de la bestia, y fué á andar. Levantó la cabeza, y en la ventanuca de la casa estaba como escultura de bajo relieve la pálida silueta de María, que al parecer insensible, le sonreía tristemente:

tan sólo algunas lágrimas sueltas, no seguidas, como residuos de un pasado chubasco, la goteaban de los ojos.

Sedini se descubrió, y fingiendo tranquilidad, dijo dirigiéndose á María:

—Adiós... Y no olvides ni un momento, que así como para descansar se necesita estar cansado, y para morir haber vivido..., para ser feliz como tú lo serás, es menester antes sufrir mucho...

Agitó su sombrero de campo, que describió en el aire cortés saludó, y torciendo las riendas del caballo, empezó á caminar, seguido á pie por el espolique.

Traspuso la calle. Al pasar por la plaza, tuvo una verdadera ovación. Allí estaba reunido cuanto de notable encerraba la noble Cristierna. No faltaba ni Fray Salvador, ni don Fidel Barrera con toda su familia y toda su tertulia; D. Robustiano, D. Andrés, el boticario, el alcalde, el Padre Macario, rector de la Ermita de la Misericordia, el comandante de guardia y los practicantes del Hospital, con sus convalecientes enfermos... todos con el sombrero, ó las tejas, ó las boínas en la mano; agradecidos al hombre que sin retribución de ningún género, tan importantes servicios había prestado á la población en tan calamitosas circunstancias. Y por todos llevó la voz D. Fidel, que adelantándose entre todos, echó un discurso de despedida de que hago notoria gracia al lector, á quien no le interesa saber más sino que Sedini le contestó con otro tan fino, mucho mejor pensado y no menos bien dicho, que al concluirse puso en movimiento á todo el grupo de gente, que en los apretones de manos se invirtieron casi quince minutos; y que al fin el doctor volvió á estimular al caballejo con un par de amonestaciones pedestres en sus hijares, y salió de la plaza, aclamado hasta que se perdió de vista.

Mientras tanto, Paz, recostada los ebúrneos brazos en el alfeizar de la modesta ventana, desde donde siguió con los ojos á Sedini, cavilaba en sus amarguras, no viendo su imaginación más que fantasmas de muerte y tintas de sangre tan densas á veces, que oscurecían la vista como un velo encarnado á cuyo través todo se mirase rojo. Su postración

física sólo pudiera compararse á la moral: y era tal la balumba de ideas que sentía picotear en su cabeza, que la doblaba rendida al peso como si fuese de plomo.

Y así, al trasluz de su dolor, contemplaba la muerte del día, que iba á ser llorona y fresca.

Fueron coronándose las cimas de los cerros de blanquizcos vapores que, enrollados en torno de los picachos, parecían turbantes moros: luego, dedos invisibles fueron tirando de aquellas nieblas hacia la falda de las montañas, cual si quisiesen abrugarlas los pies; y como el viento ligero y fresco agitase sordamente las selvas bravías y aun los prados de maíz que aun no se habían segado, el cielo tomó el rumor del vaivén de los plantíos por instancias de fresco; y uniendo las mallas de la blanca gasa de vapores las trenzó y tejió hasta formar compacto toldo, que en breve empezó á deshincharse en flecos de agua, y que la sedienta tierra absorbía con deleitosa fruición y complacencia. Y la luz iba siendo escasa; el sol marchaba ya á esconderse tras de las últimas sierras que las nubes confundían; pero antes de hacerlo, abrió una grieta en la densa niebla, y asomando por allí sus mofletes de carmín, no pudo hundirse en el ocaso, sin enviar el beso de su luz á la espaciosa frente de María de la Paz, que entornó la vista deslumbrada por el resplandor de su lumbre.

Y desapareció el sol; y la lluvia se hizo más fuerte; y fueron ocultándose los límites del horizonte; y todos los objetos tomaron plúmbeo tinte de tristeza al ser devorados por las osadas sombras que todo lo invadían y tapaban.

El negro, se hizo cada vez más negro en el paisaje; y llegó la triste noche, sin acallar con el terror de su aspecto lúgubre, el chispeo menudo del agua que azotaba ya descaradamente, lo mismo las enramadas que los aleros de las casas.

María de la Paz se quitó de la ventana: la lluvia llegaba á ella: al volverse, como despertando de un profundo sueño, ¡había adivinado al decir á Sedini cual quedaría á su marcha! Las tinieblas la envolvían por completo.

No había una luz por ningún lado.

CAPÍTULO VIII

EL CONVENTO

Brincaba la desvencijada carreta sobre los pedriscos del estrecho sendero; se hundía lenta en los baches, y crugía, cada vez que una desviación hacía tocar las ruedas chillonas en los ribazos floridos del camino. Llevaba toldo de cañas y lona, y la cerradera flotaba suelta al viento; mientras en el interior sendos colchones habían convertido la carreta en cómodo diván, donde sentadas se zarandeaban con el movimiento tres personas.

Que no eran otras que la pobre María, enferma y alelada ante todo cuanto veía y escuchaba; el sombrío Mosén, de continuo caviloso y ceñudo, y la ex-ama de llaves de Sediní, Brites, con el pequeñuelo Jesús en el regazo. Jaime miraba alternativamente á su hermana y á Jesús, y nuevas sombras le teñían de negro la frente, como si aquel ver le trajese dolientes memorias al recuerdo.

E iban los tres en silencio, dejándose sólo escuchar, de cuando en cuando, el silbo estridente del boyero, excitando á los mansos novillos; y al escurrirse de sus herraduras en las carrascas del piso de aquel descuidado sendero, que á no ser porque ahorraba más de una hora de viaje á Tolosa, nadie seguiría.

Traspuso la carreta la última cima de donde se divisaba el blanco caserío de Cristierna, y se hundió en otro valle cerrado por todos lados de cerrillos de espesas mimosas, sustituidas en los altos por olmos enanos y gigantes chopos. Allí el aire era perfumoso, pues las mismas hierbas que las ruedas pisaban, castigando su intrusión en el camino, alreventar sus tallos, dejaban escapar lechosas esencias que embriagaban el olfato. Y el prado estaba sembrado de margaritas que no

obstante su significación política entonces, se dejaban devorar á las voraces reses que unas tumbadas y otras en pie, miraban sosegadamente la paciencia de sus congéneres al arrastrar valientes la carreta.

En la hondonada, la convergencia de los rayos solares hacía sentir con exceso el calor; pero cuando luego de la cuesta se halló el vehículo en otra altura, allí donde los aires abofeteaban el rostro con bocanadas de fresca brisa, era la temperatura deliciosa. Y atravesaron otro valle más reducido que el anterior, pero con más arboleda; siempre bajando, y conociéndose hasta en las lavadas piedrecitas que la vega estaba próxima.

Cruzaron luego unos maizales y unas huertas: ganaron los tapiales de un pintoresco caserío; y al fin carraspeó la carreta al escurrirse sobre los cantos rodados de la cañada.

El *Oria* estaba allí brincador y rumoroso, deslizándose jugueteón entre las guijas y las peñas, lamiendo ya el carcomido tronco de un podrido arbolucho, ya la frondosa enramada de un sano junco.

Entonces encaminó el boyero á su ganado hacia el punto en que la margen del río fuese menos escurridiza y expuesta: y encontrado que lo hubo, dejó su vara en el suelo, y encomendando la guía de los bueyes á sus propias manos, los arrimó al agua, conteniendo prudente la impaciencia de los animales por beber. Bajaron los testuces, desnivelando toda la carreta, y sumergieron sus espumosos hocicos en la alborotada y fresca corriente. Hartáronse de sorber, y cuando aún les babeaba la boca, ellos mismos, al sentir saciada la sed, retrocedieron, sacando las manos del agua y volviendo orilla arriba hasta tomar de nuevo el abandonado camino de Tolsa.

Conforme iban ganando más terreno y aproximándose á la ciudad, iban ya encontrándose con centinelas y grupos de carlistas, en quienes era muy de admirar, tanto el duro preguntar al boyero de quién iba en la carreta, cuanto el respetuoso saludo que hacían en cuanto oían que era el Mosén.

Crecía además la animación y la vida: á un lado y otro del camino se encontraban varias casas: el río *Oria* parecía una

escalera de cristal, tantas presas le impedían el libre curso; y no bien salvaba echando espumarajos de coraje, las bovinas de una fábrica de papel ó las ruedas de una de harina, ya estaba de nuevo encauzado por impensado ladrón que le llevaba quieras ó no quieras á nuevas compuertas, nuevas bovinas y nuevos estorbos que á la conclusión y postre abandonaba, para entregarse libre al propio placer de espumajear entre los guijarros, arrastrar mimbres, y aun en reflejar en los remansos de los pozos el verdor de las cercanas arboledas, y el terso azul del claro cielo.

Tolosa se vió al fin con sus torres de piedra y sus casas dadas de cal. La carreta enfiló por la carretera, y al poco entraba á atravesar uno de los dos grandes puentes de piedra, por bajo de cuyos cinco arcos, el Oria convertido ya en un río muy formal, se desliza ancho y majestuoso, como si el desarreglo del campo lo abandonase para ser serio delante de la ciudad.

Recorrieron varias calles, y pararon ante la fachada principal de un convento, cuyo jardín salía de Tolosa, internándose en el campo.

Paró el boyero sus bestias, y bajó primero de la carreta el Mosén; luego Brites con Jesús, y la última María de la Paz.

Era el convento de Nuestra Señora de las Mercedes un antiquísimo edificio, remendado por todas partes y ruinoso por otras muchas; estado de decadencia de que se exceptuaba la iglesia, que á más de conservarse muy bien, era toda de piedra; estilo gótico, si no puro, de los menos adulterados por la manía de los adornos; y cuya solidez y buena construcción eran el único arrimo que el despeado convento tenía para no hundirse y aplastar á las veinte y ocho monjas que aquel año tenía en sus celdas.

La portería estaba á la derecha de la puerta de la iglesia; y á ella llamó el Mosén tirando del sobado cordón de la campana. Vibró ésta, y luego de una breve pausa, escucháronse pasos al otro lado del torno; oyóse descorrer una cadena, y tras del hueco cilindro de madera, sonó gangosa y atiplada la voz de la portera, que dijo:

—Ave María.

Contestó Jaime, expresando que venía á hablar con la superiora, á cuyo fin suplicaba se abriese el locutorio. Petición que fué atendida en el momento.

Consistía el locutorio en un amplio salón, apestando á humedad, en cuyo fondo se veía la aspillada reja, secundada en su objeto de negar á los ojos el poder ver las monjas por una rejilla de madera, que á su vez tenía detrás una cortina de negro paño, que todo lo ocultaba. Por las paredes había repartidos cuadros místicos, representativos de diversos pasajes de la Sagrada Escritura: allí estaba la edificante escena de la Burra de Balaam; el cambio de las lentejas por la primogenitura; la capa de José... etc. Y en las rinconeras, que debieron ser construídas para algún músico, tal era el número de liras y de arpas que tenían talladas, había un Nazareno, infamemente cincelado y más infamemente vestido aún, cuya milagrera fama era por todos conocida: que es común en la piedad del vulgo elegir para patronos y protectores á los santos más feos, y á los que á ser el autor Obispo, mandaría quemar por bien de la misma religión: un Divino Pastor menos malo que el Nazareno, y una Virgen de las Mercedes, no falta de carácter. El cuarto rincón lo llenaba un alto reloj de columna, figurando en conjunto un culebrón, cuyos ojos se movían á un lado y á otro, acompasando su movimiento con el tric-trac de la péndola.

ANTONIO VASCÁNO.

(Se continuará.)





REVISTA DE TEATROS

Si fuéramos á enumerar todas las piezas en un acto que se han estrenado en los teatros de segundo orden, durante la última quincena del mes pasado y la primera del entrante, nos faltaría espacio para cumplir nuestro objeto, aun excluyendo las no pocas que han fracasado en el mismo día de su estreno; así es que sólo daremos cuenta de las que todavía figuran en los carteles, cuales son: «Juanita la cacharrera,» y «Deuda de Sangre,» estrenadas en el Teatro de la Comedia, y originales, respectivamente, de D. Constantino Gil y de los Sres. Velázquez y Sánchez. «Los dos cataclismos,» del Sr. Granés, y «El indiano,» del Sr. Segovia Rocaberti, que hemos visto en Lara; «El figón de las desdichas,» y «Las criadas de Madrid,» originales, la letra de los Sres. Hernández y Blázquez, y la música de los maestros Chapí y de D. Ricardo Monasterio, en el de Eslava.

Todas ellas han obtenido éxito lisonjero, y si bien respecto á su mérito literario no han hecho más que aumentar el número de las que se escriben del mismo género, han entretenido agradablemente al público y han proporcionado merecidos aplausos á los actores de las respectivas compañías. En Variedades, «Madrid en el año dos mil,» se ha reducido á una exhibición de bonitas decoraciones pintadas por Busa-

to y Bonardi, y un precioso vals coreado escrito por los señores Rubio y Nieto, autores de la música, que es agradable; no así el libro de los Sres. Perrín y Palacios, que no puede ser peor; la interpretación, tan atinada como es de costumbre en ese teatro.

*
* *

El popular Teatro de Novedades ha adquirido nueva vida y ser con haber venido á formar parte de la compañía el distinguido primer actor D. Pedro Delgado; en el «Otelo,» drama del Sr. Retes, y en el de Zorrilla titulado «Traidor, inconfeso y mártir,» estuvo á grande altura y trajo á nuestra memoria la gloriosa campaña que hizo en este mismo teatro y en el Español.

Continuador entonces de una escuela, que implantada por Latorre, han seguido y siguen los principales actores de la actualidad, resucitó, digámoslo así, aquellos dramas heróicos que casi habían caído en el olvido, y en «Sancho García» y en el «Tenorio,» adquirió un envidiable nombre.

No es esto decir que no carezca de defectos; los tiene y grandes, tales como un constante amaneramiento en el hacer y en el decir; pero apesar de esto, sabe hacer y sabe sentir, y hay momentos en los que, verdaderamente inspirado, produce el entusiasmo del público.

No debemos olvidar tampoco que se identifica con el personaje que representa, le comprende y le hace, como lo ha demostrado en el «Otelo» y en el «Traidor, inconfeso y mártir,» dando más á la acción que á la frase, cosa que van olvidando nuestros más principales actores.

Con una concurrencia inusitada y que excede á toda ponderación, se estrenó la noche del martes último en dicho teatro un drama original que, con el título de «La Encubridora,» han escrito D. Francisco Rodríguez y el malogrado señor García Vao.

Nuevos los dos en las lides dramáticas, se resiente su primera producción de una acción exuberante y mal desarrollada, por lo que resulta lánguida y monótona, no muy bien

trazados los caracteres de los personajes, confusión en los hechos é inexperiencia en la totalidad de la obra; pero no tanta que impida el entrever verdaderas condiciones de autores dramáticos en ambos escritores, las que no desaprovechará indudablemente D. Francisco Rodríguez, ya que el Sr. García Vao no puede seguir desgraciadamente por tan glorioso camino.

En la interpretación se distinguió solamente la Sra. Torrecilla.

*
*
*

En la imposibilidad de dar cuenta en esta quincena del drama del Sr. Cano y Masa, que se estrenará en el Teatro Español, cumple á nuestro deber decir algunas palabras de la representación que hemos visto en el mismo teatro, de la bonita comedia del Sr. Blasco, titulada «El anzuelo,» y de la conocida comedia en un acto que lleva por título «A un cobarde otro mayor.»

Interpretado el protagonista de las dos por el primer actor D. Ricardo Calvo, experimentó nuestro ánimo una extraordinaria complacencia al ver que la olvidada comedia de costumbres, que tan preferente lugar ha ocupado siempre en nuestro teatro, podía volver á él dignamente interpretada por D. Ricardo Calvo, llamado á perpetuar los nombres de Romeo y Catalina.

Hoy, que á primera vista parece se extingue la raza de buenos actores, Ricardo Calvo puede ocupar ya un lugar distinguido en nuestra escena. Sabe unir lo cómico á lo dramático, y sin dejarse llevar de exageraciones ridículas en el drama, ni descender en la comedia á lo ridículo y chavacano, interpretó en las producciones antes citadas dos tipos diametralmente opuestos con mucha inteligencia y tino.

Mucho nos alegraríamos verler estrenar alguna producción nueva por él dirigida, seguros de que no desmerecería de la opinión que el público ha formado de él.

Como el placer y el sentimiento van unidos, grande fué el que nosotros experimentamos al convencernos de que el

veterano actor Mariano Fernández, digno émulo de Cubas y de Guzmán, va decreciendo notablemente, y la edad imprime sus hondas huellas en sus facultades intelectuales y artísticas; ya no es actor, es una máquina, recuerdo histórico de las glorias escénicas; debe respetarlas para que lo respeten, y puesto que ha sabido, y en honra suya lo decimos, realizar el grande problema de la economía y del trabajo, retirarse con gloria antes que el público olvide la gloria que legítimamente adquirió y lo retire con justicia.

Bueno sería que fuera pensando en esto la Sra. Revilla.

Triste y severa ley del mundo, unos nacen y otros mueren.

En el Teatro de la Princesa se ha puesto en escena por vez primera la traducción de la obra francesa que lleva por título el *Diputado por Bombignac*: poco podemos decir de una obra que, aunque correctamente traducida por D. Luis Valdés, ha llegado á nosotros, á excepción del lenguaje, tal y como la concibió la mente del fecundo poeta francés; así es que como su principal mérito estriba en el diálogo, y éste no ha podido llegar á nosotros, así como tampoco los tipos genuinos de aquella localidad, resulta pálida, incolora, falta de acción, y echándose de menos esa vis cómica, hubiera podido suplirse haciendo un buen arreglo, adaptado á nuestra escena, en vez de una traducción literal, que no llena las condiciones que exige nuestro teatro.

Si D. Luis Valdés, á más de ser tan buen prosista, fuera autor dramático de la talla de Ventura de la Vega, Larra y otros que aún figuran hoy en el campo de la literatura contemporánea, hubiera hecho una bonita comedia, que no dudamos hubiera quedado de repertorio.

Los honores de la representación, así como los de la dirección de escena, fueron para el Sr. Mario, que en unión de la señorita Mendoza Tenorio y los Sres. Sánchez de León, Rossell y todos los que tomaron parte, interpretaron á maravilla.

*
**

Cansado, sin duda, parte del público que asiste á los teatros de obras traspirenaicas, ó deseosos de armar alguna *juerga*, tan en moda hoy en día como impropia de un pueblo culto y civilizado, recibió con injusto desagrado y grosera impaciencia en el popular y bullanguero Circo de Price, el estreno de la obra del maestro Audrán, titulada *Serment d'amour*, traducida con el título de *Juramento de amor*.

Separado el compositor francés de la senda que hasta ahora ha seguido, su última producción carece de los tintes peculiares que hasta ahora ha impreso en sus obras; sin embargo, no merece la acogida ni la lucha que se entabló entre el público, porque la música es aceptable, por más que, á decir verdad, el libro es malo y la traducción peor que el libro.

La interpretación, encomendada á la regular compañía que actúa en dicho teatro, fué muy admisible, distinguiéndose notablemente el maestro Catalá, que dirigió la orquesta á la perfección; la Sra. Méndez y los Sres. Guerra, Bueso y López, que hicieron lo que pudieron.

*
*
*

En Apolo ha dado un gran estirón *La Gran Vía*; algunos números de música muy bonitos, por cierto, de los señores Chueca y Valverde; una escena crítica de teatros y una bonita decoración del acreditado pintor escenógrafo Muriel han inspirado aliento vital para unos cuantos meses.

*
*
*

El Teatro Martín cerró sus puertas por consunción; la Zarzuela por falta de autores y público.

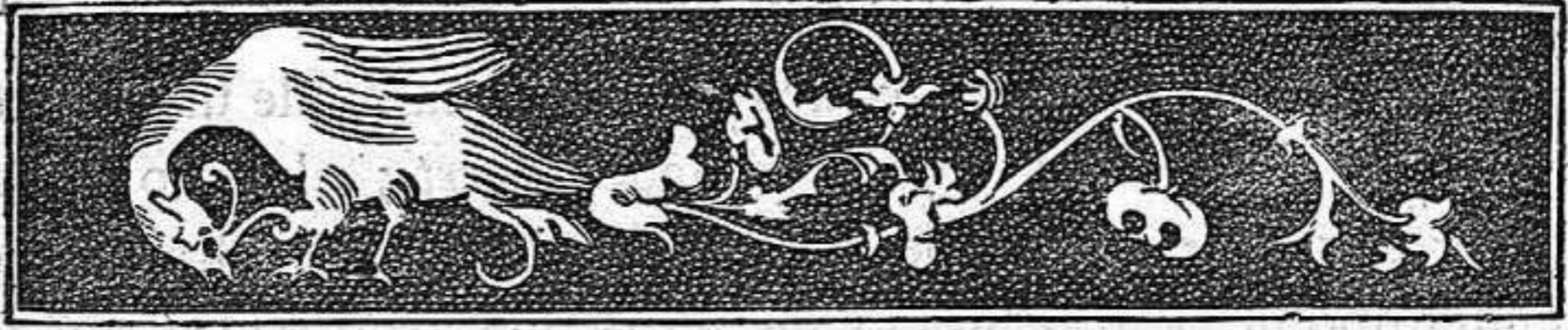
En el número próximo nos ocuparemos exclusivamente del nuevo drama original del Sr. D. Leopoldo Cano y Masas, estrenado en el Teatro Español con el título de *Trata de blancos*.

*
*
*

Ha llegado á nuestras manos el primer canto de un precioso poema dividido en cinco, titulado *Muerte*; el autor, que indudablemente es un poeta de altos vuelos, se oculta bajo el seudónimo de Pedro Recio de Tirteafuera; grandes imágenes, sublimes pensamientos y una versificación elevada, fácil y sonora, se advierte en todo el primer canto, y como en el prólogo indica que su *entusiasta afición le lleva por otra senda, en la que ha sido vencido con insuperables dificultades*, esperamos del público imparcial le haga más justicia que le han hecho hasta ahora las empresas teatrales más dadas á la esclavitud del favoritismo que á la libertad del arte.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

La política en casa.—Los discrepantes.—Tiroteo reformista.—Escaramuzas parlamentarias, patriotismo de los conservadores y paciencia de todos.—El Sr. Conde Toreno y la política colonial.—Puntos más negros.



MIENTRAS que complicaciones gravísimas han venido á perturbar de una manera inesperada el sosiego de los capitalistas interesados en Europa en el alza ó baja de los valores públicos, España, menos interesada que otras potencias en los grandes asuntos internacionales que se ventilan, se fija particularmente en las vicisitudes que atraviesa el primer Gabinete de la Regencia.

Trascurrieron los tiempos en que España era llamada y tenía un primer puesto en los Consejos de Europa. Todas nuestras aspiraciones se limitan hoy, en medio de nuestra humildad, á pasar casi desapercibidos, renunciando á toda ingerencia en los propósitos ajenos, con tal de que se nos deje tranquilos y nadie trate de inmiscuirse en nuestros asuntos propios, que iremos poco á poco resolviendo de la mejor manera posible, Dios mediante, y gracias á la singularísima y favorable situación geográfica que ocupamos.

Bastante, muchísimo tenemos que hacer en casa, antes de poder intervenir en la de otros.

Desaciertos, complicaciones y disgustos no nos faltan ciertamente.

Han seguido las tareas parlamentarias su curso natural, sin más novedad que los actos de independencia, ó si se quiere, los obligados desprendimientos, de antemano muy previstos, dentro de una mayoría heterogénea por la disparidad de opiniones y divergencias de miras de los inconciliables elementos que la componen. Es, en efecto, cosa curiosa que no se levante un orador de los que forman el grupo de los llamados ministeriales, sin manifestar una disidencia solamente velada por la forma, pero siempre muy evidente y clara en el fondo. ¿Podrá el Gobierno ver convertidos en leyes todos sus propósitos solemnemente contraídos ante la opinión, y todos sus planes de reforma, con esa mayoría que trajo y con la que incondicionalmente contaba á raíz de las elecciones? Cabe, desde luego, asegurar lo contrario, si atendemos al número de los que hoy se llaman únicamente *discrepantes* y al de los muchos que no acudieron en tiempo oportuno al son de la campanilla de las votaciones fusionistas.

La minoría que ha tomado el nombre de reformista, á las órdenes del General López Domínguez y del Sr. Romero Robledo, rompe también un fuego graneado, siempre que la ocasión se presenta, y desde sus bien elegidas emboscadas.

En medio de todas las diversas escaramuzas habidas, aparece palmaria, ejemplar y patriótica la conducta que desde luego se propuso seguir la minoría conservadora. No es que se calle ante los frecuentes desaciertos; pero ha sabido hasta ahora posponer la conveniencia de partido al interés de la patria; y este interés le ordena ser en alto grado circunspecta, y no oponerse con extemporáneas intransigencias al desarrollo natural de la política que representa el Gabinete fusionista.

No es decir que quiera llevar las actuales consideraciones más allá de lo justo; pues ocasión próxima pudiera llegar en que el mismo patriotismo que hasta aquí contuvo sus amarguras ante sucesos, atrevimientos y errores deplorables, le obligase también á cambiar de actitud y de tono. Toda prudencia tiene sus límites en la esfera particular como en la política.

* * *

Una pregunta dirigida por el Sr. Conde de Toreno al Gobierno hace pocos días, tiene indudable gravedad é importancia.

Se encuentra, según es público, sobre el tapete una nueva demarcación de fronteras en las posesiones que tienen los franceses en la costa africana. Se trata, al parecer, de un ensanche del territorio colonial de la Argelia á expensas del Imperio de Marruecos.

Conocidos son nuestros intereses actuales, nuestra historia y hasta nuestro porvenir en el Estrecho de Gibraltar, en sus inmediaciones y aun, generalmente hablando, en Berbería. Somos pequeños; tenemos la convicción íntima de la pobreza de nuestros medios materiales; pero nos consta también que nadie puede aventajarnos en apego á lo que de derecho nos pertenece, siendo tradicional que este amor nuestro resulta fácilmente convertible en amargas susceptibilidades, cuando nos creemos víctimas de alguna osadía, ó sospechamos siquiera alguna amenaza más ó menos franca ó encubierta.

Sabida es, por otra parte, y es muy notoria, la preocupación que distingue á los Gobiernos de la República, y les ha hecho desear el ensanche, por todos los medios posibles, de sus dominios coloniales; preocupaciones y deseos, que lo mismo se han manifestado en la Regencia de Túnez que en el extremo Oriente, y hasta en la insignificante y pobre República de Andorra, que tan tranquila había vivido hasta que pasó por la imaginación de alguno convertirla en otro Monte-Carlo y explotarla.

Debemos vivir prevenidos, pues tiene grandísima fuerza la razón y el derecho cuando son defendidos con energía.

De todas maneras aparece que la previsión del Sr. Conde de Toreno y sus advertencias al Sr. Moret, no pudieron ser más patrióticas ni oportunas.

No solamente aparecen antagonismos y graves cuestiones personales dentro de la situación política que dirige el Sr. Sagasta. Hay además cierta anarquía latente que se vislumbra cada día con mayor claridad y con caracteres más alarmantes.

No hay necesidad de fijarnos en los desabrimientos parciales que ahondan ciertas distancias; no es menester fijarnos en las desuniones que produce cada debate acerca de reformas económicas ó políticas; no hay que anotar todas las censuras, quejas y enmiendas que parten, no ya de la oposición, sino de la mayoría misma. Basta una ojeada general y algo de sentido común, para conocer á primera vista cierta enfermedad crónica que sin duda padece el Gobierno, enfermedad evidenciada de continuo y de especialísima manera, con esas tristes debilidades que fomentan la alarma y mantienen vivas las más descabelladas aspiraciones revolucionarias, y hasta cierto punto las fomentan.

La parte más lacerada del cuerpo ministerial, no es la que ha recibido ya sensibles heridas en las Cortes; el mal agudo que á todo trance convendría atajar, se manifiesta por deplorables complacencias, fuera del recinto de la representación nacional, y por tolerancias incomprensibles, impasibilidades que no tienen razón de ser ni pueden sufrirse más tiempo.

No nos referimos precisamente á las misteriosas idas y venidas del ex brigadier Villacampa; no nos referimos á las explicaciones poco acordes, á las rectificaciones y variantes con que quiere convencerse al público de que lo blanco es negro. Existen contradicciones de por sí confusas, y no hay entonces posibilidad de que ningún sofisma las aclare.

Nuestra indicación se encamina en este momento á lamentar desórdenes de mucho mayor alcance y de mayor trascendencia.

Las manifestaciones ilegales han seguido á la orden del día. No sólo se conmemora con una libertad de que no hay ejemplo la fecha de la proclamación de la República el 11 de Febrero—precisamente cuando se nos anuncian grandes supremos preparativos para derrocar lo existente y manchar de nuevo con sangre la bandera de Ruiz Zorrilla—sino que la policía monárquica autoriza brindis y discursos inconvenientísimos, tolera una propaganda que raya en el escándalo, y también vivas y mueras que caen inmediatamente bajo la acción del Código, desacatos, desafueros y escenas tan tumultuosas y degradantes como las que el correo nos viene contando de Andalucía.

Por este camino empeorará fatalmente y de día en día el estado político y social de España, llegando quizás los males á no tener remedio.

Por este camino no se puede ir á parte alguna, sino es á la repetición de aquellas sensibles tragedias, de aquellos lamentables desastres que todas las personas sensatas creyeron definitivamente conjurados ya para siempre.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Alarmistas y optimistas.—No llegó la hora del conflicto.—Situación idéntica á la de seis meses atrás.—La cuestión de Oriente y la *revancha*.—Sofía y Londres.—Los gremios de mercaderes.—El septenado es la paz.—El Ministro Boulanger, sus biógrafos y admiradores.—Francia quiere paz.—El Rhin es hoy invadible.—Política de transacciones.—Elocuente memorial de un francés.—Tendremos *statu quo*, por ahora.

LAMÁS aparecieron más contradictorias las noticias diplomáticas que comunica la prensa de Europa, dando alternativamente razón á los alarmistas y á los optimistas, haciendo que la ansiedad cunda, y autorizando esos bruscos y frecuentes cambios de impresiones, que mantienen la perplejidad en los ánimos é influyen de una manera fatal en la política y en el desenvolvimiento de muchos intereses. La preocupación grave que de repente ha nacido consiste en saber si habrá paz en Europa ó tendremos guerra.

Sobre la paz ó la guerra discurren todos los que de asuntos internacionales entienden. Y lo extraño es que los temores se hayan manifestado de súbito, cayendo la alarma como una bomba en el campo de la controversia, cuando menos se pensaba en la guerra, cuando las naciones parecían todas comprender la necesidad de reposo en los momentos actuales, la necesidad de consolidarse, rehacerse y prosperar en

medio de las ventajas de una paz que imperiosamente se impone del Norte al Mediodía.

¿Tendremos paz ó habrá guerra?

El problema merece que se estudie y que se traigan todos los encontrados síntomas y antecedentes al debate. Por nuestra parte, nos resistimos á creer en la posibilidad de una guerra *inmediata*—ya lo saben nuestros lectores—y creemos la intranquilidad y la alarma hijas de manejos más ó menos legítimos de los que suele prescindirse demasiado.

Nos explicaremos.

*
**

Nadie puede decir que la situación de las grandes potencias europeas no sea hoy exactamente la misma que hace seis meses, es decir, cuando nadie soñaba todavía, ni hacía cálculos, sino en hipótesis, acerca de esas grandes conmociones que parecen amenazar de una manera inmediata el momentáneo sosiego de los campos y ciudades de nuestro viejo continente.

Dos cuestiones gravísimas están sobre el tapete. Es la una aquella hidra de siete cabezas que sin cesar renacen. Es la otra el espíritu que alienta á un pueblo herido en sus sentimientos más hondos, pueblo que fué un día humillado y no cesa de ansiar el instante de volver por su honor y su antigua fortuna guerrera. Hay, pues, la cuestión de Oriente, siempre viva y ahora más que nunca palpitante en los Balkanes, y hay también la otra cuestión que los franceses llaman de la *revancha*.

La cuestión de Oriente ha venido á complicarse con la temeraria tenacidad de los gobernantes de Sofía, alentados por Inglaterra, empeñada en conservar entre los búlgaros aquella influencia omnímoda de que disponía durante el fatal reinado de Alejandro de Battenberg. Pero bien puede decirse que este punto negro no ha desaparecido todavía del horizonte, por culpa de la marcada y reconocida caballerosidad y prudente actitud del Emperador de Rusia. La cuestión francesa ha recibido también sus mayores estímulos de los manejos

del Gobierno inglés, que al verse acosado por Constantinopla y por los diplomáticos que alientan las fundadas reivindicaciones de la Sublime Puerta en Egipto, procura distraer la atención de todos y recurre á su tradicional política de malquistar unas potencias con otras, á fin de seguir viviendo entre los recelos y malquerencias generales. ¿Qué le importa á la poco escrupulosa Inglaterra—hablamos de sus gremios de mercaderes—que arda el continente y se hundan el comercio, la industria y todos los elementos de prosperidad ajena, cuando sabe que, en tal desbarjauste, todas las ventajas resultan siempre para ella?

Todas estas razones son antiguas y existían hace ya muchos meses. ¿De dónde ha nacido, pues, la actual alarma? Dícese que el Canciller Bismark exige diputados para su Reichstag que le den el septenado que pide, habiendo para ello disuelto el antiguo Parlamento alemán, y se añade que el septenado significa que el Imperio de la fuerza ha de continuar en más vigor que nunca en Alemania.

Tampoco tiene ninguna novedad esta noticia, y conocida es de antiguo la política del gran Canciller. Quiere la absoluta preponderancia de la ley militar, porque así se lo aconsejan razones de seguridad exterior y también circunstancias de la situación interior del Imperio. Si el ejército alemán queda libre durante siete años de toda modificación en sus grandes fuerzas, es evidente que el Imperio de Alemania puede afirmar sus conquistas, y no es de extrañar que se trabaje por obtener una fuerte mayoría en el Reichstag, mayoría que, aun en el caso eventual y muy posible de un nuevo reinado, pueda dar al Canciller aquella continuidad que es la fuerza de todo sistema gubernamental. Hasta los pronósticos de guerra que circulan por la prensa de Alemania, pueden ser efectivamente poderosos resortes electorales, puestos con habilidad en juego para la consecución de un plan que nada de extraordinario tiene para los que con imparcialidad y sangre fría lo miren.

Rumores de otra índole se han propalado también respecto de los intentos del Ministro de la Guerra de Francia, señor Boulanger. Se han supuesto en este General de la República

francesa planes guerreros, ciertas propensiones á arriesgadas aventuras, y aun instintos que en caso oportuno pudieran inclinarle á una dictadura. ¿Será cierto que por este lado estén fundadas las sospechas? No podemos creerlo, en primer lugar, porque los golpes de Estado suelen verificarse siempre sin previo anuncio.

Los que parecen mejor enterados nos dicen que el Sr. Boulanger es un hombre de apariencia simpática y sin pretensiones, valiente, amigo del ruido y de la vida, pero de ideas poco fijas. Tiene ambición natural, aunque sin determinados planes. Su afán de hacerse visible le ha proporcionado á intervalos una popularidad muy accidentada y poco escrupulosa, que entrega generalmente á los caprichos del acaso. Algunas de sus disposiciones, como Ministro de la Guerra, pueden calificarse de buenas, y las más de medianas, malas y hasta ridículas. Su proyecto de ley militar está lleno de deficiencias, y no tiene carácter alguno de concepción personal, sino de trabajo colectivo. Es hombre que suele emprender con ahinco y apasionadamente ciertas reformas para dejarlas sin ultimar á los pocos días. Sus partidarios le aclaman, como á un General de aspecto brillante, personificación de la bravura y del buen humor que tanto seduce á los franceses; pero está Boulanger muy lejos de haber conquistado toda la confianza que necesita un hombre de temple para realizar ciertos intentos que se le han atribuído en París mismo. No parece, en una palabra, el héroe cortado en la madera de que se fabricó un Bonaparte.

Por otra parte, Francia está ya aleccionada por sus largas desventuras, por reveses sangrientos, por sus largas crisis industriales y económicas, por sus sacrificios inmensos y realmente prodigiosos, siendo imposible deslumbrarla ya como en pasados días. Francia reconoce que las circunstancias le imponen una paz forzosa como condición de vida, y bien claro manifiestan todos sus órganos las tendencias pacíficas y la resolución firmísima de no emplear los poderosísimos medios de que indudablemente dispone, sino en caso de defensa propia, y de ningún modo para aventuras guerreras, sobre todo, contra su rival implacable.

¿Ha de partir de Alemania la iniciativa de la guerra que se anuncia? La lógica de los hechos lo niega igualmente. Alemania vivirá, sí, arma al brazo; pero su poder inmenso necesita aún tiempo y espacio para consolidarse de la manera que quiere, y aunque sería difícil negar que acaricie nuevos proyectos para el afianzamiento definitivo del Imperio y de su hegemonía en Europa, no es esta la ocasión de debilitar con empresas del momento las grandes fuerzas que cada día acumula, con las que cada día se afirma y que pueden llegar y hacerla en plazo breve invulnerable. No es el carácter alemán de aquellos que se dejan cegar por el orgullo de las prosperidades y se precipitan á ojos cerrados á una eventualidad arriesgada que pudiese llamarse suicidio.

Debe confesarse la existencia de gérmenes muy vivos, que pueden traernos en el porvenir una guerra franco-alemana. Lo contrario sería negar la evidencia. Pero los gérmenes necesitan vigorizarse antes de brotar con empuje, y el Rhin es hoy invadible por los enemigos ejércitos que separa.

*
*
*

Existe, sin embargo, la siempre complicadísima cuestión de Oriente. ¿Vendrá la tormenta por el lado de los Balkanes?

Tampoco, en concepto nuestro. Que Inglaterra mire con disgusto y viva inquietud sus aspiraciones amenazadas en el Canal de Suez y en Egipto, así como los progresos de la tradicional política rusa en el Afghanistan, no es motivo bastante para que los manejos de su astuta diplomacia triunfen en la tierra firme, donde son impotentes sus naves. No es posible que Austria, muy conocedora de sus propias fuerzas, se preste á secundar planes ajenos. Hasta Italia entró con ciertas miras en alianza con los tres Imperios; y aquella alianza, dígase lo que se quiera, subsiste todavía á despecho de las muchas maquinaciones y enfriamientos, habilidosamente puestos en juego para quebrantarla en su espíritu y en sus fines.

Existen, es cierto, antiguos rencores, intereses de larga

fecha conculcados, y quizás rivalidades mal encubiertas; pero la razón de Estado lo disimula ahora y encubre todo, y la política impone hoy transacciones que están á la vista de todos y no pueden juiciosamente negarse.

Se observa que para muchos políticos rusos no merece benevolencia la invasora política de Bismarck. Es cierto y también natural que encuentra en Rusia quien cree que el hombre que dirige la política alemana prestaría mejor servicio á su país y aseguraría de un modo más cabal la paz de Europa, procurando no alentar jamás la política agresiva de Austria en Oriente. Pero está por probar que Alemania se haya colocado solapadamente al lado del Emperador Francisco José contra la política de Alejandro III, y es muy problemático que el Canciller intente romper el curso natural de esta época de transacciones, época que por el momento opone gravísimos obstáculos á que la dictadura de Bismarck sea un hecho incontrovertible en el mundo entero.

Es cierto, sin embargo, que la paz y la guerra están hoy en manos del poderosísimo Canciller. Estamos conformes con Mr. Jules Simón, que hace pocos días le decía en su pintoresco y original estilo: «Podéis dar al mundo la paz. Sí, por misericordia de Dios, podéis dársela. Augusto se vanagloria, en la obra de Corneille, de ser dueño del universo, y lo era solamente por sus legiones. Á vos os basta una palabra para tener todas las voluntades y todos los corazones. Sí, podéis dar la paz. ¿Quién hubiera creído que tal beneficio podía depender de un hombre? Y sin embargo, todos lo ven, grandes y pequeños, los más profundos políticos y el más ignorante de los vagabundos, saben que de vos depende la paz. Cuando lo reflexionéis y en vuestro interior digáis: De mí depende, no con gran esfuerzo, sino diciendo simplemente una palabra, el asegurar la paz, ¿podréis menos de experimentar un inmenso orgullo? ¿Y no sentís, con este pensamiento, una especie de alegría con la que ninguna alegría humana podrá jamás compararse? Es grande tener uno dentro de sí tal torrente de dicha y de riqueza y poderlo derramar sobre el mundo. Dar la paz, no es sólo abstenerse de empezar la guerra. En la hora actual pocos creen en la guerra inmediata, y

nadie se atrevería tampoco á decir que el estado en que nos encontramos es el estado de paz.

«El estado de ahora es el de la guerra, sin los disparos; pero con todos los otros males de la guerra: la acumulación enorme de los hombres en los cuarteles, la fiebre tifoidea, la carencia de brazos para la agricultura y la industria, los gastos espantosos para municiones de todas clases y para el mantenimiento de las tropas; millones y más millones arrojados á la nada, sin contar las alarmas periódicas que se trasforman en desastres y la ausencia de seguridad que paraliza el comercio y la industria. ¡Oh! el mundo no os pide la paz eterna y universal; porque es ya viejo, tiene experiencia y no cree ya en las églogas. No podéis asegurar la paz por veinte años, porque después de todo y por mucha que sea vuestra grandeza, no sois más que un hombre. Muy difícil sería aún concederla por diez años. Probadlo, no obstante, y si no queréis otorgar más que siete años, dadnos, pues, los siete años. ¡El septenado! Siete años de paz asegurada bastarán para salvar al mundo.»—Estas elocuentes palabras están seguramente en la conciencia de todos los políticos de ambos hemisferios.

Tal es la verdad que se impone, y ya hemos visto que Bismark no quiere, no puede querer, en estos momentos, alentar los manejos de los que en la guerra esperan.

*
* *

Los rumores de próximos é inevitables trastornos van cal-mándose; pero sería temerario afirmar que nuevos pronósticos y nuevas sacudidas no han de venir de nuevo, y en éstos días, á perturbar la marcha tranquila de los negocios en el público mercado.

Hoy vemos las inadmisibles proposiciones de Inglaterra y sus incesantes tanteos para prolongar la ocupación de Egipto. Ayer tuvimos el voto de la Cámara francesa otorgando muy extemporáneamente, extraordinarios créditos al Ministro de la Guerra. Mañana aparecerá algún incidente impre-

visto quizás en Sofía, ó algún hecho torcidamente interpretado en cualquier parte. Todo es posible mientras no se conozca la constitución definitiva del Reichstag, y no conste que cuenta con una mayoría numerosa á favor del septenario, triunfo en el que tendrá también su parte la laudable y transigente política del gran Papa León XIII.

Pero es sabido que las situaciones violentas nunca fueron duraderas, y pasado el 18 de Febrero, renacerá indudablemente una tranquilidad relativa, que podremos llamar el *statu quo*, por ahora.

Nadie debe olvidar, antes ni después de aquella fecha, que Europa permanece arma al brazo. Pero hay todavía alguna tregua para discurrir y profetizar acerca de una actitud tan imponente.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Las grandes capitales.—*Monografías descriptivas y artísticas de las más famosas y monumentales ciudades del mundo moderno.*—Barcelona, Daniel Cortezo y compañía, editores, 1887.

Siempre han sido consideradas las grandes capitales como vastísimo museo donde se conserva cuanto el esfuerzo de los pueblos ha producido, y cuanto deben á su gloria y triunfos. Convertidas además con el trascurso de los años en grandes centros de población, en ellas progresa rápidamente la cultura y se perfeccionan cuantos organismos satisfacen las necesidades de la vida material.

Fundándose en estas consideraciones, se le ha ocurrido á la acreditadísima casa editorial de Daniel Cortezo y compañía, publicar obras lujosamente impresas y con excelentes grabados, en las cuales se descri-

ban esos grandes centros, no en la forma árida y abstracta de la ciencia política y social, sino en la mucho más pintoresca y agradable de la vida de todo un pueblo, sorprendiéndole, por decirlo así, en movimiento y acción, y reseñando sus templos como sus teatros, sus talleres como sus museos, sus costumbres y su administración local.

Prueba el interés que encierra este espectáculo el crecido número de viajeros que se apresuran á recorrer dichas poblaciones.

La obra con tan feliz acuerdo concebida por el Sr. Cortezo, se titula *Las grandes capitales*, colección de monografías de las ciudades más notables del mundo civilizado, resumen y estudio de la vida de éstas con la reproducción plástica de sus principales bellezas.

La primera serie consta de las cua-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

tro ciudades que son más célebres en Europa; *Roma*, que representa la antigüedad y el arte; *Berlín*, solio del moderno poderío militar y político; *Londres*, mercado del mundo, y *París*, centro de la vida y de las artes modernas. La religión, la ciencia, la política y el arte, vuelven la mirada á esos poderosos iniciadores del progreso. Nadie hay que no sienta su imaginación ávida de espaciarse por los grandes monumentos y ruinas de la Ciudad Eterna; que no admire los encantos de la capital de Francia; que no se sienta atraído por el emporio de la industria ó por la cátedra universal de la ciencia y el trono de hierro del poder.

En la serie que ya ha empezado á salir á luz, se reparten las obras siguientes:

París, por Dulaure, Drumont, Cousin, P. L. Jacob, Pelletán, Renán, Littré, Texier, Ducamp, Sainte-Beuve, Michelet, Gautier, Saint-Victor, Taine, Dumas y otros, con un prefacio de Víctor Hugo.—Edición ilustrada con más de 400 grabados.

Roma, por Francisco Wey.—Ilustración de P. Baudry, Delaunay, Neuville, Regnault, Viollet-le-Duc, etcétera.—Primera edición española, con 320 grabados.

Londres, por P. Villars.—Edición con 600 grabados de Boudier, Deroy, Danger, Dosso, Lebonis, etc.

Berlín, por Max-Ring.—Edición con más de 300 grabados.

Las grandes capitales se publican en pliegos de á ocho páginas en folio; cada cuatro pliegos forman un cuaderno de 32 páginas, al precio de cuatro reales en toda España.

Por el interés grandísimo que esta obra entraña, por su misma novedad, puesto que en nuestro país no se ha

publicado nada parecido, por las excelentes condiciones tipográficas y hermosos grabados, y por la baratura de la misma, nos parece que el público sabrá premiar los afanes de la activa casa editorial de Barcelona.

* * *

Idilio lúgubre, novela original de JOSÉ ORTEGA MUNILLA.—Barcelona, Daniel Cortezo y compañía, editores. Calle de Pallars (Salón de San Juan), 1887.—Un tomo en 8.º de 317 páginas. Precios, 10 reales por suscripción y 12 sueltos.

Recordarán nuestros lectores que la «Biblioteca de novelistas españoles contemporáneos» la inauguró la casa editorial de Daniel Cortezo con la preciosa novela de Emilia Pardo Bazán titulada *Los Pazos de Ulloa*. Todavía habrá muchos que saboreen las bellezas del trabajo de la insigne escritora gallega, y ya se reparte otro libro del cual es autor un literato que goza de merecido renombre, el señor Ortega Munilla.

Idilio lúgubre es un trabajo notable por la corrección y elegancia del estilo, la verdad de las descripciones y de los caracteres, el interés de la trama y el espíritu de fina observación que demuestra en todo él su joven autor. Estas sencillas notas bibliográficas no permiten que nos detengamos á dar idea del argumento, ni á señalar los trozos más bellos del libro—para lo cual experimentaríamos *l'embarras du choix*.—Baste saber á todos cuantos sean amigos de leer las obras bien escritas y profundamente pensadas, que deben apresurarse á devorar las 317 páginas de la novela *Idilio lúgubre*, la cual ha de acrecer la fama de su autor D. José Ortega Munilla.

Nuestros placemes á éste y al señor Cortezo, que cada día da á luz más y mejores obras.

* * *

Les phénomènes affectifs et les lois de leur apparition, por FR. PAULHAN.—*París, Félix Alcán, editor, 1887.*—*Un tomo en 8.º de 164 páginas. Precio, 10 reales.*

Este libro pertenece á la «Biblioteca de filosofía contemporánea» que publica en París Mr. Félix Alcán, uno de los editores más acreditados en la gran capital.

La cuestión que en aquél se trata es de las que han sido menos estudiadas por los psicólogos que se han dedicado principalmente al examen de los fenómenos intelectuales. Las leyes de los sentimientos presentan, sin embargo, excepcional interés. Mr. Paulhan empieza dicho estudio determinando las leyes de su aparición; investiga las condiciones y caracteres generales de estos fenómenos y sus modificaciones particulares, dando origen á cada uno de los principales grupos de los fenómenos afectivos, *pasiones, sentimientos, impulsos, sensaciones, afecciones y emociones.* Según él, todo fenómeno afectivo es señal de una alteración que puede llegar á una sistematización del organismo, pero es siempre señal de una imperfección ó desorden de la actividad.

A.

* * *

El Ausenteísmo en España.—*Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en el concurso ordinario de 1885, escrita por JOAQUÍN G. GÓMEZ PIZARRO.*

Verdaderamente dudamos pueda encontrarse vocablo tan propio del concepto que se quiere expresar, como el puesto á la *Memoria*, por más sea oscuro para la mayor parte de los lectores. Alguno agradecerá que, omitiendo alardes gramaticales, les digamos que su significado es: manía de estar *ausente*, aplicándose á los propietarios de campos y fincas rústicas en España, por la oposición que tienen á residir en ellos.

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha obrado con acierto al escoger el tema; el autor de la *Memoria* ha elevado un monumento impercedero á su nombre, colocándole al par de los estadistas que ya en tiempo de los Reyes de la dinastía austriaca, con tanta exactitud exponían los males de nuestra nación, como en el siglo pasado y al comenzar el presente, los expusieron Macanaz, Gándara, Jovellanos y D. Javier de Burgos.

El Sr. Gómez Pizarro ha dado muestras de conocer á fondo el asunto que trataba, ha expuesto los males uno por uno en toda su intensidad, en lenguaje sencillo las más veces, galano y hasta sublime cuando el caso lo requería, filosófico y convincente siempre; mas todo ello nos causa el efecto que nos causaría el parecer de un sabio médico que á la cabecera del enfermo indicase los remedios más oportunos de combatir la enfermedad, si bien desconfiando que en la naturaleza del individuo, viciada por excesos anteriores, causase efecto la medicina.

Es tan antiguo el ausenteísmo en España, se explica tan perfectamente, conocido su remoto origen, son tan poco eficaces los medios que se han empleado para combatirlo, que sólo

el tiempo remoto, la cultura general, la paz, el orden, podrán neutralizarle al cabo de largo plazo.

No es posible señalar, ni aun aproximadamente, cuándo llegará éste, en una tierra donde lo sorprendente es que haya quedado hierba en los campos, cuanto más quien viva en ellos sin necesidad absoluta, después de una guerra civil de siete siglos, pues al cabo los oriundos árabes y africanos en España habían nacido; y apenas terminada la discordia, por consecuencia de la cual provincias enteras aún permanecen yermas, viene á despoblarlas la emigración al Nuevo Mundo, ó las guerras interminables en las diversas regiones del antiguo.

Cálmase un tanto la furia de pelear, y como por ensalmo, cuadrillas de bandidos pululan por todas partes, imponiendo tributos, entrando á saco las habitaciones aisladas, y gracias que con esto se contentaran. Y como si de acuerdo se hubiera puesto la opinión vulgar, en vez de mover á las gentes á reunirse en *somatén* contra los malhechores, los poetiza en relaciones y coplas, ilustradas con grabados, ponderando su generosidad, bizarría y esfuerzo, faltando poco para tenerlos en olor de santidad, como efectivamente se dijo de alguno, á más de la fama de valientes y gallardos que nadie negó á los niños de Écija, Jaime el Barbudo, José María, y hasta nuestro universal tipo D. Juan Tenorio, imposible creación, donde la justicia contare con agentes activos y los presidios con buenas puertas.

Sabido esto, dígameles á los propietarios que vayan á residir en los campos, aun cuando hubiesen perdido la memoria de las hazañas de los secuestradores, Mano Negra y marru-

llerías de los labriegos de la Huerta de Valencia, no hace muchos años, para no pagar los arrendamientos; á fe que si en obsequio de la ilustración de los campesinos se les dijese lo hicieran, de las relaciones y buena armonía que deben existir entre pobres y ricos, puede que á su vez preguntaran, por qué olvidando tales consideraciones, y sin tener en cuenta los perjuicios que puede ocasionar olvidarlas, se ha edificado en Madrid de manera, en lo general, que los bien acomodados viven en separación completa de los menos dichosos, y hasta se ha pensado en relegarlos en barrios aparte.

Apresurémonos á decir que mucho se ha remediado con la institución de la Guardia civil, y no poco con las vías de comunicación que se han abierto, pero dura y durará en algunos de nuestros campos la ojeriza contra el arbolado y la impunidad de sus taladores; se ha procurado inculcar en el ánimo de los campesinos que ellos son víctimas de los propietarios, que les roban lo que les pertenece en este mundo, al que vinieron á gozar ó padecer, saliendo del cual nada tienen que esperar en otro, y por fin, nunca como ahora domina el caciquismo en los pueblos rurales, prevenido en contra de la persona que por su educación ó conocimientos temen les haga competencia.

En las provincias donde puede vivir en el campo siempre ha sucedido así, más ó menos, por circunstancias de carácter, situación, mayor tránsito, etc.; pero en la mayoría, algunas fértiles y bellísimas, continúan siendo un peligro, ó por lo menos un sacrificio, la vivienda en el campo para quien no se identifique en cuerpo y alma con sus naturales, y casi segu-

ro el mal éxito del que trate de erigirse en reformador.

Hágase lo que propone el Sr. Gómez Pizarro; no hay duda que la constancia y buena intención obran milagros; ponga cada uno de su parte lo que pueda, y dado ya el plan por iniciativa de la Real Academia, podrá llegarse á esa especie de reconquista moral, mucho más difícil que la verificada con las armas.

* *

Tesis doctoral.—*La filosofía de los poetas clásicos latinos*, por PEDRO GÓMEZ CHAIX.

Roma no fué un pueblo de filósofos como los griegos. ¿Pero tuvo filosofía propia? Es indudable. ¿Se conoce su alcance y extensión? De ningún modo. Esto se propone conseguir el autor del escrito que anunciamos.

Para definir el alcance y sentido de la filosofía romana, por lo que de su examen en los poetas resulta, bastaría establecer que no viene á ser otra cosa la misma sino una continuación, en el lugar y en el tiempo, de la filosofía griega, ó, si se quiere, y más universalmente hablando, un momento intermedio entre la filosofía ática y la filosofía alejandrina; momento en que el espíritu humano, agotadas sus energías de producción intelectual, las restaura en estado de quietismo absoluto y de reposo completo, convirtiendo su atención refleja á su vida anterior, para espaciarse después con más ímpetu por los nuevos y vastísimos horizontes que le había de brindar el cristianismo.

* *

Cancionero popular gallego y en particular de la provincia de la Coruña, por JOSÉ PÉREZ BALLESTEROS,

con un prólogo del ilustre mitógrafo portugués THEÓPHILO BRAGA y concordancias por ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.—Tomos I, II y III. Precio de cada uno, tres pesetas.

Laudable y trabajoso es el propósito del Sr. Ballesteros al coleccionar las preciosas muestras del habla gallega, casi desconocida fuera de su propio terreno.

Sus obras vivirán como testimonio de un dialecto que fué un tiempo idioma casi general en la España cristiana, especialmente en la corona de Castilla, dulce y expresivo como solo pueden comprender los que á fondo le poseen, para quienes los tres tomos del cancionero popular son un verdadero hallazgo.

Juzgada se halla la obra por la autorizada opinión del Jurado de la *Sociedad de Fuegos florales de Pontevedra*, que otorgó el primer accésit á los tomos primero y segundo que le fueron presentados en Julio de 1884.

* *

Colección de escritores castellanos.—*Críticos.*—Menéndez y Pelayo.—*Obras completas.*—*Historia de las ideas estéticas en España.*—Tomo III (volumen II), siglo XVIII.—En octavo. Precio, 5 pesetas.

Admira por cierto la profunda crítica encerrada en las 600 páginas que á la vista tenemos. Muchas son en número, pero escasas parecen para la historia literaria durante la mitad del siglo XVIII y primera mitad del XIX, en que tan radicales cambios se verificaron, tan activa fué la controversia, tan diversas las escuelas y tan empeñada la polémica, cual nunca lo fué, acerca del mejor estilo. Nada se olvida, todo se atiende y

nada queda por averiguar, no sólo al curioso lector, sino al erudito más descontentadizo. Salen á plaza desde la tertulia de la Fonda de San Sebastián, la guerra contra los Autos Sacramentales y el drama calderoniano, hasta los defensores de la tradición española. Viene á terciar en la contienda la escuela sevillana: hay quien pretende escribir con crítica independiente, buscando en el helénismo rumbos desconocidos, y en América el doctor Espejo escribe su obra inédita *El Nuevo Lucinio de Quito*.

En los tratadistas de las obras del diseño no fué menor la agitación. Palomino, Mayans, la Academia de San Fernando, no descansan en su propósito de buscar un punto fijo en que marcar el término de lo bello. Mengs se creyó haberlo encontrado, y su influencia fué grande, mas nunca decisiva. Pasemos de largo ante los viajes artísticos de Ponz y Bosarte. Inútil fuera considerar á Jovellanos y Capmany como críticos de Bellas Artes, así como investigadores históricos á Llaguno y Cean Bermúdez; aunque entonces de aceptación general, hoy nadie los entendiera y á muchos asombrarían sus juicios.

En música, los tratadistas, durante el siglo XVIII, fueron buenos, comenzando por Fr. Pablo Nasarre, el organista Francisco Valls, el P. Feijóo y los jesuitas españoles desterrados á Italia.

En las artes secundarias tomaron nuevas formas la danza, la pantomima y la declamación.

Tales son los puntos esclarecidos por el Sr. Menéndez y Pelayo en su obra, sin otros muchos que fuera largo enumerar.

* * *

Colección de escritores castellanos.—Críticos.—A. F. Schack.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España, traducida directamente del alemán al castellano, por EDUARDO DE MIER.—Tomo II.—Precio, 5 pesetas.*

Comienza el libro por Cervantes y su tiempo; síguete Lupercio Leonardo Argensola; actores y poetas dramáticos del último decenio del siglo XVI; escrúpulos teológicos sobre las representaciones dramáticas; autorización legal para la representación de comedias, y ojeada general sobre el drama español anterior á Lope de Vega.

El segundo período del teatro español, ó mejor dicho, su edad de oro, comprende desde 1590 hasta principios del siglo XVIII. Como es natural, descuella Lope de Vega desde luego en primer término. La importancia política de España en este período, las ciencias y letras españolas, las ideas políticas predominantes, las ideas religiosas, la Inquisición y sus relaciones con la literatura y principalmente con la dramática, se consideran bajo el punto de vista de sus relaciones con el arte dramático.

De esta manera discurriendo, viénesse á tratar de las decoraciones y tramoyas de los teatros, trajes, aparato escénico en la representación de autos, hasta la prohibición de espectáculos en 1598 y su derogación en 1600, con noticias particulares de los teatros de esta época.

Útil es la obra, al par que de crítica juiciosa y concienzuda.

* * *

Colección de escritores castellanos.—Líricos.—A. Ros de Olano.—*Poesías, con un prólogo de D. Pe-*

*dro de Alarcón.—Precio, 4 pesetas.—
Un tomo en 8.º*

Los juicios acerca de composiciones poéticas siempre son deficientes si no los acompañan muestras de su

índole y expresión. He aquí, pues, una de las más características del Sr. Ros de Olano, por la cual puede formarse idea de las otras, mejor que á vuelta de las disertaciones más estudiadas:

Yo, para sacudir la pesadumbre
que el corazón del bueno despedaza,
trepé á caballo á la escarpada cumbre,
ó á pie en el monte fatigué la caza.

Ví nacer, ví morir del sol la lumbre,
solo en la soledad... mas hoy rechaza
mi edad cansada fustigar caballos,
y para cazador me sobran callos.

De otra índole, aunque de igual mérito, son las comprendidas en las secciones siguientes, que forman el tomo: Sonetos.—La Pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La Gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.

* * *

Colección de escritores castellanos.—Historiadores.—Obras de D. VICENTE DE LA FUENTE.—Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón. (Tercera serie).—Un tomo en 8.º—Precio, 5 pesetas.

Ninguna de las series anteriores ofrece, en nuestro concepto, el interés que la presente; no porque los orígenes del reino de Aragón carezcan de grandísima importancia, que aumentan cuando tan perfecto crítico como el Sr. la Fuente combate las patrañas que afean los fundamentos de los diversos reinos en que se dividió España después de la invasión agarena, sino porque en el tomo actual se ponen en claro acontecimientos conocidos apenas de otro modo que como asunto para dramas ó novelas, aun por sujetos respetables en la república de las letras.

¡Cuántas imaginaciones no se han lanzado por los espacios aéreos ejercitando maravillas de ingenio, inventando á su sabor recreativos cuadros al tratar de la formación de la liga aristocrática aragonesa, Vísperas sici-
lianias, revoluciones desastrosas y saludable reacción por D. Jaime II, reaparición de la Unión, las libertades de Aragón en tiempo de don Pedro IV, los reyes llamados enfermizos, influencia de los Cerdanes y el Compromiso de Caspe, nunca ponderado bastante, como calumniado por ligereza; porque no han servido sólo á los desahogos imaginarios tan importantes novedades, que también los partidos políticos han aprovechado los errores para dejarse arrastrar, y arrastrar á sus adeptos á tristes preocupaciones, que fueran ridículas ante la verdad manifiesta.

El Sr. la Fuente la manifiesta sin excusa; cuanto dice lo confirma con documentos fehacientes, coetáneos ó autorizados, y apoyándose en ellos, demuestra la realidad en todas sus fases, sin dejar á la incertidumbre lugar, y de ningún modo sombra ó lunar en que la suposición pueda ocultarse.

Trátase también de la dinastía castellana, del falseamiento de la historia y el derecho de Aragón en el siglo XV, de D. Fernando el *Católico*, sepulcros reales, serie de los *Justicias* de Aragón, y concluye el autor con una mirada retrospectiva, declarando la idea dominante en estos *Estudios* y causas determinantes, necesidad de rehacer la historia de Aragón y tener una cierta en su parte interna y bella en su forma.

* * *

Bocetos de brocha gorda, por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN.—
Un tomo en 8.º—Precio, 1 peseta.

Es una colección de varias historietas y cuentecillos, compuestos y

publicados en periódicos y revistas en diferentes ocasiones, y que en compañía de otros trabajos inéditos salen hoy de nuevo á luz, sin otra pretensión que la de servir de honesto solaz al que los leyere.

Así lo declara el autor, cuyo nombre, si bien garantiza, cual de maestro el mérito literario del libro, ofrece en las obras que recomienda ejemplos de moral y generosos sentimientos, haciendo suyas aquellas hermosas palabras del príncipe de nuestros ingenios: «Si pues de algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyere á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas al público.»

D. CH.



MADRID, 1887.—IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.

Libertad, 16 duplicado

AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS

Magnífica obra con hermosos grabados en acero; estudios críticos por Balart, Cañete, Fernández Guerra, Valmar, M. Pelayo, Rosell, Valera, etc., y los dramas más célebres.

Dos tomos en folio de 600 páginas, á 50 pesetas uno.

Se admiten suscripciones por cuadernos.
Almirante, 9, principal.

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(FUY-DE-DOMBE)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON

PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la DIGESTION

12 años de éxito

contra las

DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS

MALES DEL ESTOMAGO,

DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,

PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS

ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,

CONVALESCENCIAS LENTAS,

VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.

En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés hygiéniques, apéritives et digestives, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :



LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.831)

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

Y

SUCURSAL DE ESPAÑA

MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL

(Se dan informes y prospectos.)